

# I&L

## IDEOLOGIES & LITERATURE

Volume 1

Number 4

Sept.-Oct. 1977

### ESSAYS

José Antonio Maravall

«Relaciones de dependencia e integración social: criados, graciosos y pícaros»

Alejandro Losada

«La literatura urbana como praxis social en América latina»

### CLUES AND SOURCES

Edmond Cros

«Foundations of a Sociocriticism (Part II). Methodological Proposals and an Application to the Case of the *Buscón*»

*Ideologies and Literature*, a bi-monthly journal, is published under the auspices of the Institute for the Study of Ideologies and Literature, a nonprofit organization incorporated in the state of Minnesota and devoted to the promotion of socio-historical approaches to Hispanic and Luso-Brazilian literatures.

EDITORIAL BOARD

Edward Baker  
Larry Grimes  
Russell G. Hamilton  
Arturo Madrid  
Antonio Ramos-Gascón  
Ileana Rodríguez

Ronald W. Sousa  
Nicholas Spadaccini  
Constance Sullivan  
Hernán Vidal  
Anthony N. Zahareas

*Executive Secretary*  
Patricia Burg

CORRESPONSAL EN ESPAÑA Y DISTRIBUCION:

*Editorial Castalia*  
Zurbano, 39  
Madrid-10

*Ideologies and Literature* welcomes articles written in English, Spanish, Portuguese and, in some cases, French. Manuscripts submitted for the *Essays* section can be either of a theoretical or an applied nature, concerning problems and issues arising from a socio-historical study of literature in general and Hispanic and Luso-Brazilian literatures in particular and should normally not exceed 60 pages. Material for *Clues and Sources*, not to exceed 15 pages, should offer new perspectives on already established critical issues. *Review Articles* should address themselves to the discussion of general problematic issues within the objectives of the journal, as suggested by the book or ensemble of books under review. Manuscripts submitted should adhere in format to the second edition of the *MLA Style Sheet*. Authors of unsolicited articles must include a self-addressed, stamped envelope. Opinions expressed by contributors to *Ideologies and Literature* are their own, and do not necessarily represent the views of the Board of Directors, the Advisory Board of the Institute for the Study of Ideologies and Literature, or those of the Editorial Board of the journal. Third class postage paid at Minneapolis, Minnesota.

*Editorial and Business Address*

Patricia Burg, Executive Secretary  
Institute for the Study of Ideologies and Literature  
4 Folwell Hall  
9 Pleasant Street S.E.  
University of Minnesota  
Minneapolis, Minnesota 55455

.....  
*Ideologies and Literature*  
Subscription Rates:

USA:

Student: \$9.00 per year  
Library/Institutional: \$15.00 per year  
Regular: \$12.00 per year  
Patron: \$25.00 per year (Patron's name and address will be published in the Patron's List)  
Price per Issue: \$3.00

ESPAÑA:

Número suelto: 125 ptas.  
Suscripción anual: 550 ptas.

# I&L

## IDEOLOGIES & LITERATURE

Volume 1

Number 4

Sept.-Oct. 1977

### Contents

#### ESSAYS

José Antonio Maravall, «Relaciones de dependencia e integración social: criados, graciosos y pícaros» ... .. 3

Alejandro Losada, «La literatura urbana como praxis social en América latina» ... .. 33

#### CLUES AND SOURCES

Edmond Cros, «Foundations of a Sociocriticism. Methodological Proposals and an Application to the Case of the *Buscón*» ... .. 63

*Ideologies and Literature* is supported in part with grants from the following sources at the University of Minnesota:

College of Liberal Arts

Alumni Association of the  
University of Minnesota

College of Liberal Arts  
and University College

Graduate School

Research Development

Patrons:

John Beverley  
604 South Linden Avenue  
Pittsburgh  
Pennsylvania 15208

Tom Conley  
Dept of French and Italian  
200 Folwell, 9 Pleasant St. SE  
University of Minnesota  
Minneapolis, Minnesota 55455

Alan Francis  
198, Rt. 112, Apt. 1104  
Coram, New York 11727

Cheryl Francis  
1998, Rt. 112, Apt. 1104  
Coram, New York 11727

# Relaciones de dependencia e integración social

## CRIADOS, GRACIOSOS Y PICAROS

José Antonio Maravall  
*Universidad de Madrid*

Entre los cambios sociales que trajo consigo la crisis del Renacimiento en España, hay uno, entre otros muchos, que obliga al historiador a considerarlo de cerca y muy particularmente, por las repercusiones de largo plazo que tuvo después. Se trata de los modos de relacionarse los hombres de diferentes grupos dentro de la colectividad global, modos en los cuales, durante las últimas décadas del siglo xvi y en el ámbito de la subsiguiente cultura del Barroco, surgieron alteraciones que inciden en el proceso de transformación de la sociedad tradicional o de estamentos. Hay que preguntarse, en consecuencia, cómo vinieron a constituirse y cómo pueden comprenderse, desde los supuestos de la época —no ya sólo en España, sino en gran parte de Europa—, nuevas formas de relacionarse los individuos, quebrantando en alguna medida los patrones recibidos. Esas formas interindividuales de relación —sobre todo aquellas que se refieren a los vínculos de subordinación—, se convierten en un verdadero tejido social y configuran ciertos tipos humanos en cada época. Así aconteció en el período que hemos acotado, en el que tales vínculos llegan a solidificarse en formas estereotipadas. Tiene interés considerar el tema, por de pronto, en cuanto que, en su aspecto histórico, la formación de los lazos de dependencia, dentro de una sociedad, constituye un elemento caracterizador de la misma; en segundo lugar, porque, en el caso que se va a analizar, representa una fase problemática y decisiva en la aparición de la sociedad moderna, más o menos lograda en unos o en otros casos, en unos o en otros países, lo cual depende en gran parte, de cómo evolucionó la transformación de ese sistema de relaciones.

Aunque centrándome en el análisis de datos tomados del terreno literario e ideológico, me permitiré dar por aceptado que desde su nivel se divisa la vida real. Es en esa línea de coincidencia donde se descubre la síntesis que integra la mentalidad de una sociedad: en este caso, de la compleja y conflictiva sociedad española del Barroco.

Esto no quiere decir que para mí la literatura nos dé el retrato de una sociedad. Ni en este ni en ningún aspecto, la comedia antigua española ni la novela picaresca, son documentos realistas. Y querer identi-

car a sus personajes con individuos que, acompañando a sus amos, se comprueba documentalmente su presencia en la Universidad de Alcalá —al modo como con los graciosos intentó M. Herrero<sup>1</sup>— o con gentes de mal vivir en cárceles de Madrid o de Sevilla —como hizo R. Salillas con el pícaro<sup>2</sup>—, me parece insostenible. El gracioso y el pícaro, eso sí, son interpretaciones, elaboraciones mentales de datos que aquellos medios proporcionaban. De lo que sí podemos estar seguros también es de que los documentos del tiempo que nos hablan de la vida real, de algún criado en las aulas complutenses o de algún ladrón en la cárcel sevillana —por ejemplo, los que nos dejó, en tan curioso texto de esa época, el abogado sevillano Chaves— nos transmiten ya unas visiones que van fuertemente teñidas por lo que coetáneamente se veía en un gracioso o en un pícaro, según la información de la «literatura». La obra literaria, de esta manera, venía a ser un elemento integrado en el real modo de ser social de tales individuos.

La literatura —superlativamente, el teatro y la novela barroca— no son retrato, [mas sí testimonio en el que se refleja un estado de espíritu de la sociedad:] podrá no tener siempre un correlato físico, pero no por eso es menos real. Nos refleja el conjunto de creencias, de valoraciones, de aspiraciones, de pretensiones que reconocía la sociedad en esa esfera de relación entre individuos de estratos diferentes; por tanto, en alguna medida, lo que aquéllas venían a significar en la vida de la sociedad.

Dicho lo anterior, tengamos en cuenta que en las grandes poblaciones peninsulares —Madrid, Valencia, Sevilla, etc.— tanto volumen desplazaba en la vida local la asistencia de numerosas gentes a las representaciones teatrales y tanto se expandían los tipos de noveles conocidas (*Lazarillo*, *Guzmán*, *Justina*) que esos géneros literarios se convirtieron en vehículo de eficaz, de operante configuración ideológica. También, a las ciudades más pequeñas, ambos vehículos de ideología afectaban no menos, y aún tal vez más, si contamos con el grado de irradiación sobre ellas de las influencias llegadas de las grandes capitales; en consecuencia, el tipo de relación amos-criados que se desarrollaba ante tales públicos, había de acabar por ejercer una indudable influencia (tal vez, parcial y lenta, pero indudable), acerca de la manera de constituirse ese tipo de relación entre unos y otros, en el plano de la convivencia cotidiana.

La relación amos-criados pertenece a los aspectos más significativos en la historia de una mentalidad social. Es, incluso, un factor de cambio en la misma. En definitiva, nos dice cómo es visto todo un complejo de vida conjunta, en el sector de los lazos de dependencia entre los hombres (lo cual constituye —insisto en ello— una parte esencial en la historia de cualquier sociedad). Nos hace comprender una parte del repertorio de figuras humanas que los individuos de esa sociedad —de un nivel y de otro— estaban dispuestos a asumir. La elaboración en imágenes interpretadas —para su transmisión literaria— de la relación amos y criados, se basa sobre una red de intrincados y tensísimos enfrentamientos de intereses. Se revela ahí una de las hondas, extensas y fuertes tensiones de la sociedad del siglo xvii.

Al difundir, en las múltiples creaciones de un género, como el teatro, o de otro, como la novela, esas imágenes ideológicamente elaboradas, cabe que nos preguntemos: ¿se trataba de generalizar y socializar esos tipos humanos explotando sus posibilidades integradoras?, ¿se trataba de poner de manifiesto la amenaza que entrañaba contra la clase o grupo dominante, alguno de esos tipos, sirviéndose de él para hacer explícito el insostenible régimen en que esa sociedad del siglo barroco se apoyaba? Quizá, en nuestro planteamiento, tengamos que contar con las dos cosas: por un lado, se pretendió poner en circulación las posibilidades integradoras que el tipo del «gracioso» ofrece en el teatro; por otro lado, se intentó descubrir los peligros de una situación en la que germina y se va extendiendo, en su acción desintegradora, un nuevo tipo, el del «pícaro»; en éste, las circunstancias de la sociedad precapitalista habían hecho evolucionar el caso, siempre conocido, del criado infiel, mas no como una cuestión singular, sino como un problema social. Sin embargo, aun en el segundo planteamiento —esto es, en el del pícaro— tengamos presente la observación de Simmel: la oposición y lucha entre individuos no presenta sólo necesariamente aspectos escisionistas, separadores, de estimación generalmente negativa, sino que también puede llegarse a resultados de instauración o de renovación (valorables positivamente), «a pesar de los destrozos que haya podido ocasionar en la esfera de las relaciones individuales»<sup>3</sup>. (Es así cómo, seguramente, a pesar de su acre conflictividad, la novela picaresca pudo prolongar su influencia hasta la novela burguesa y patriótica de Dickens o de Galdós.)

No voy a negar jamás la legitimidad de enfocar nuestra materia desde otros ángulos visuales distintos del que aquí propongo. Nos apartaremos aquí, sin embargo, de caminos psicológicos, y, más aún, caracterológicos, para continuar por el de una interpretación histórico-social, en el que nos hallamos situados. Al hablar de la pareja «gracioso y señor» como de las dos caras, realista una y sublimada otra, de toda alma, como tantas veces se ha dicho o al ver en esa dualidad «un coté essentiel de l'âme espagnole» —almo de Martinenche<sup>4</sup>—, se pierde de vista el horizonte de la situación histórica concreta de la sociedad barroca en que surgió aquélla, y en el que surgió también la complementaria figura del «pícaro», ese pícaro que aparece para rechazar la solución del gracioso. Y es a esa conexión con una etapa histórica de la sociedad, a la que propongo ligar nuestro análisis.

#### A) *La figura del criado en la sociedad tradicional y su erosión posterior*

Tres conceptos cambian radicalmente en la evolución que va del régimen feudal o de dependencia interindividual, según el modo germánico, al régimen de la sociedad precapitalista. Se trata de una evolución en la que se reflejan distintas fases en el proceso de erosión del régimen de la sociedad estamental o jerárquica, desde sus orígenes en la Edad

Media a los primeros siglos de la modernidad. Nos referimos a los que expresan las palabras «criado», «señor», «trabajo». Como consecuencia de ello, veremos aparecer finalmente la imagen del «pícaro». Los desplazamientos semánticos que estos términos subrayados sufren, están en la base de la formación de los tipos sociales que pretendemos estudiar.

«Criado» quiere decir en la alta Edad Media aquel cuya crianza ha sido asegurada por otro de quien se reconoce dependiente el primero. Es el hijo de una familia noble con no abundantes riquezas, pero cuyos miembros pertenecen por sangre al grupo de los socialmente distinguidos. A ese hijo se le envía en tierna edad (diez o doce años) a casa de un señor rico y poderoso, al cual y a cuyos familiares rendirá algunos servicios personales. A cambio de ello será alimentado y educado (una educación que supone principalmente ejercitarse en montar a caballo y en manejar las armas —tal vez también, en aprender cortamente a leer y a escribir—). De esta manera, el criado debe al señor su subsistencia, toda su formación y se encuentra ligado a él por un lazo personal de gratitud y fidelidad. Por eso, originariamente, tanto quiere decir criado como alimentado. En el latín alto-medieval se le llama *nutritus* (con un amplio concepto de «alimentación» que equivale al que los Códigos civiles de nuestros días emplean todavía para designar lo que se debe en la relación entre padres e hijos): comprende alimentos físicos y, no menos, morales (educación, disciplina en la virtud y —en aquel momento— ejercicio militar). En la primera línea de la *Vita Caroli Magni Imperatoris* de Eguinaldo<sup>5</sup> éste se reconoce con tal vinculación respecto al Emperador Carlomagno. Guilhiermoz<sup>6</sup> nos informa de que en antiguo francés *nourri* tiene tal significado.

Dado que el más importante grupo de los criados lo integraban los escuderos, los cuales, en definitiva, pertenecían al último escalón noble, se comprende que en francés medieval «valet» equivalga a «jeune noble, écuyer au service d'un seigneur» (Bloch-Wartburg). La línea de evolución la marcaba muy precisamente Etienne Pasquier, cuando, en el siglo XVI, escribía: «valet anciennement s'adoptoit fort souvent a titre d'honneur près des rois... et maintenant le mot de valet se donne dans nos familles a ceux que entre nos serviteurs sont de moindre condition»<sup>7</sup>.

En el primer Renacimiento, L. B. Alberti nos dice (precisamente en su libro *Del governo della famiglia*) que el numeroso acompañamiento de criados de un señor, formaban una *clientela*, cuyos miembros, con la entrada en la casa del señor, pretendían una solución económica (asegurar su alimentación) y una ulterior solución social (alcanzar final acceso a niveles iniciales de grupos distinguidos).

En don Juan Manuel y en otros escritores de nuestra baja Edad Media, la imagen es la misma. Todavía en nuestro siglo XVII se encuentran ecos de esta concepción. Es precisamente un gracioso quien la enuncia, aceptando todo el régimen de obligaciones y derechos que de ellos deriva: un personaje de tal condición, en Lope (*Los mártires de Alcalá*), reconoce de su amo:

«Heme criado en tu casa  
recibiendo en ella el ser»

(no olvidemos que no se trata de ningún ser íntimo, de ningún personal modo de ser, sino de un ser social; la posición que en la escala de los estamentos le corresponde asumir)<sup>8</sup>

Pero es en el xvii cuando la transformación mayor se produce. Ya el *Thesoro* de S. de Covarrubias (1611) dirá: «criado — el que sirve amo y le mantiene y da de comer». Y aunque, sin duda, los conceptos que Covarrubias maneja en esa frase —por ejemplo, ese de «mantenimiento»— es más amplio en su sentido que pueda serlo hoy y guarda mucho de su valor tradicional, no cabe duda tampoco de que se ha producido un grave descenso en el nivel de las relaciones a que nos referimos.

Ese descenso a que aludimos se puede resumir en una observación que hacía Montesinos: insistía éste en la diferencia de «sangre» entre amos y criados<sup>9</sup>, y como la sangre es fundamento de todas las diferencias de calidad que en la sociedad tradicional se estiman, venía a resultar que a los señores se les estimaba situados en la zona de los altos valores (que al ser patrimonializados por los nobles habían de servir de paradigma a los demás) y, en cambio, a los criados en la parte más baja de la misma escala. De ahí el fundamental error de Ch. D. Ley al sostener que «el pícaro, como el gracioso, tiene el mismo afán de pasar por hidalgo». Nada de eso: en este punto, como veremos luego, está la diferencia fundamental de las dos figuras del pícaro y del gracioso, en la historia social de nuestro xvii, generalizable incluso desde el punto de vista de la sociología histórica. «Al gracioso, insiste Ley, no le faltan aspiraciones nobiliarias», y añade, «en el fondo es el lacayo que oculta una cierta ambición de llegar a hacer como su señor». Todo esto, lo afirma respecto al gracioso lopesco de *La Francesilla* que, como es sabido, constituye el primer ejemplo definido de «figura del donaire». Aunque Ley no deja de advertir que estas cosas suceden de manera muy distinta en la novela picaresca, titula, sin embargo, uno de los artículos de su libro sobre el gracioso de esta manera: «Aspiraciones a hidalguía» y, en apoyo de su tesis que aproxima a gracioso y pícaro en la misma aspiración, cita dos comedias. Pues bien, en la primera, *Obras son amores*, el gracioso ríe de su inconfesable y bajo origen y se compara a las monas; en la segunda, si una princesa ofrece al lacayo ennoblecerlo con la condición de que le ayude a alcanzar sus amores —un caso singular de desviación—, éste se conforma con un corte de tela de Bretaña, tejido especial para hacerse una camisa, símbolo modesto de quienes han salido del más mísero nivel<sup>10</sup>. Recordemos que si hay ocasiones en que, a sabiendas de que para todos es falso, un gracioso presume de hidalgo (acto III de *La moza del cántaro*) lo hace en términos que el público de la época podía comprender en seguida que, para el propio sujeto, eran una pura mofa. De la misma manera, en Francisco de Rojas (*Del rey abajo, ninguno*, acto II), cuando a un gracioso se le pregunta si es gentilhomme, la ocurrencia de hacerle responder

«... Decis verdad,  
que soy antiguo, aunque no rico,  
pues vengo de un villancico  
del día de Navidad»

quiere decir que, dado que se llama Blas, nombre plebeyo, propio de pastores y aldeanos en canciones navideñas, puede afirmar que es antiguo de linaje, sin duda, pero al modo como lo es un villancico popular y con ello hace derivar hacia ese aspecto humorístico la referencia a la antigüedad de linaje de los hidalgos.

(Del mismo modo, la aseveración que el gracioso en alguna ocasión hace de poseer una cierta cultura no es una seria pretensión de hacer creer al público coetáneo que pertenece al grupo de los distinguidos por el saber: ese «poco de latín» que tal vez se atribuye [*El acero de Madrid*, acto I] o el empleo de unos latinajos disparatados, así como citas de Avicena y del doctor Laguna, al paso que responden a una banal sátira antimédica, son resortes técnicos precisamente para hacer resaltar su inferioridad, poniendo de manifiesto cómicamente la impropiedad de su proceder.)

El origen de los criados, había sido, pues, otro, como llevamos dicho, y otro su papel del que se reflejaba en la comedia española (o francesa) del XVII. De ahí que, a pesar de las alteraciones experimentadas, se escuchan a veces ecos que proceden de la comedia latina o de la literatura de «espejos morales» del Medievo. En la tercera parte de *La Santa Juana* de Tirso encontramos una apelación al gracioso como buen consejero, por parte del padre atribulado de un joven noble disoluto. En *La verdad sospechosa* (acto I) de Ruiz de Alarcón, un padre dice a su hijo:

«No es criado el que te doy  
más consejero y amigo»

y en *Mudarse por mejorarse* (acto II), se nos asegura que

«... el consejero mejor  
es un criado discreto.»

Mas hay que atenerse a lo que unos y otros dicen cuando son conscientes de su posición, cuando se afirman en ser lo que socialmente son. Unos personajes lopescos de *El acero de Madrid* (acto II) tendrán este diálogo:

CRIADO

«Yo, señor, no te aconsejo.»

AMO

«Ni es oficio de criado.  
Eso ha de hacer el amigo,  
El superior y el que es viejo.»

No es admisible, sin más, la tesis de Miguel Herrero según el cual el criado, el gracioso en particular, como acompañante de su señor, le presta la ayuda de un verdadero amigo, aconsejándole. La literatura política y moral de la época discutió el caso de que si era posible la amistad entre los socialmente desiguales, aplicándolo, incluso, a la relación rey-privado, y concluyó que no, dados sus cerrados supuestos jerárquicos. Se trataba, a lo sumo, de un deber de advertencia (que le exponía a severas represalias por parte de su joven amo iracundo, las cuales tenía que sufrir), en virtud de un vínculo de apego y dependencia, constituido y legitimado por naturaleza. Por eso Ch. D. Ley se extrañaba de que el joven amo no se preocupara nunca amistosamente de la suerte de su criado (lo que no obsta para que pueda reconocerse alguna rara excepción —ejemplo, en escenas iniciales de *El burlador de Sevilla*—, explicables porque el roce frecuente puede engendrar una afección natural, pero ésta resulta siempre contradicha y vencida por la apelación al puesto social de cada uno).

#### B) *Las transformaciones socioeconómicas del concepto de trabajo.*

Suspendamos ahora, de momento, el tema de la transformación del tipo de criado, para pasar a ocuparnos, en un peréntesis, de la que sufre paralelamente el concepto de «trabajo». Derivado, según una etimología aceptada en general de la voz latina *tripallium* (nombre de una especie de cepo de castigo), lleva consigo una connotación de sufrimiento, de dolor. *Tripallium, tripalliare* = trabajo, trabajar, equivalen a soportar un esfuerzo penoso. Y como en la concepción bélica de la vida que rige en el medievo caballeresco, trabajos son, por antonomasia, los que acomete animosamente aquel que tiene por función combatir en el campo. Es, por tanto, una palabra que pertenece al vocabulario de la vida noble. Y así se emplea por Juan de Lucena, cuando pondera la dureza del esfuerzo del caballero en el campo<sup>11</sup>. En esa acepción se hace corriente emplear la palabra en castellano, cuando se habla de los «trabajos de Hércules», sobre los que, con tal título, escribe una obra a comienzos del xv, Enrique de Villena.

Pero en el siglo xvi se inicia una transformación semántica profunda, en doble sentido, o mejor dicho, en un sentido de doble valoración. Hasta entonces, más o menos estimados o despreciados, se ha hablado de oficiales, menestrales, braceros. Ahora va a desenvolverse, en amplio uso, una voz que comprende a todos ellos y a muchos más: desde los que aplican su esfuerzo a las artes u oficios mecánicos, socialmente descalificados, a los que se emplean en actividades esforzadas que, aunque lleguen a un resultado de producción material, o, por lo menos, de obtención de recursos económicos, requieren estudio y arte, como sucede con los que ejercen profesiones liberales: todos ellos tienen de común dedicarse a un esfuerzo, que se define como trabajo. Todavía quedarán incluso ejemplos de un uso tradicional del término, como cuan-

do Cervantes escribe *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. En el sentido de esta evolución, se tiende a conservar una estimación enaltecida de la voz trabajo, que se encuentra en Luis Vives, equiparándola a la capacidad operativa y creadora del hombre, en los artistas y artesanos de mayor elevación en sus obras (como hace también Pérez de Oliva). Ese sentido es el que manejan los pintores que a fines del xvi y primeros del xvii pretenden ser reconocidos como miembros de un grupo estamental distinguido, lo que equivale a estar exentos de tributación<sup>12</sup>. Atendiendo, sobre todo, a la desfavorable situación económica de la Península, con objeto de reanimar la producción y abastecer los mercados, una serie de economistas y otros escritores (Luis Ortiz, Calvete de Estrella, Pedro de Valencia, Gutiérrez de los Ríos) pretenden incitar al trabajo y piden que se favorezca a los oficiales mecánicos y se les privilegie en su estado<sup>13</sup>.

Cada vez más la voz «trabajo», sin dejar de aplicarse a otros campos, predominantemente se irá reduciendo al terreno de las actividades manuales productoras. Esto sucede desde que aparece y se difunde, junto con ella, la voz derivada «trabajador», bien se use como adjetivo (en *El Crotalón*, mal atribuido a Cristóbal de Villalón, leemos: procura «ser tú bueno, limosnero, devoto y trabajador»)<sup>14</sup>; bien cuando se generalice ya como sustantivo, para designar a aquel que tiene por profesión vivir del trabajo de sus manos, que es, casi por exclusión, propiamente a lo que se va llamar trabajar y trabajo.

En las «Relaciones de los pueblos de España», ordenadas por Felipe II, se contienen materiales interesantes respecto a este proceso. En la «Relación» de Ajalvir, por ejemplo, leemos: «los vecinos de esta villa son labradores y de trabajo»; en la de Fuentidueña de Tajo, se les llama «labradores y gentes de trabajo». Más exclusivamente, de la villa de Meco se nos dice que sus vecinos «son trabaxadores los más dellos». Introduciendo una interesante matización social, en la de Torrejón de Ardoz leemos que son sus moradores: «labradores y trabajadores, la mayor parte labradores y los demás trabajadores de oficio de labradores»; esto es, se consideran trabajadores, por separado, a los que se ocupan labrando campos ajenos, a los que se alquilan. Esto que aquí se sugiere, resulta explícito en la «Relación» de Villalvilla: «la tercera parte de los vecinos son labradores que labran por pan y vino y aceite y ganados menudos y mayores, y las otras dos partes de vecinos son trabajadores que ganan de comer por el trabajo de sus manos al azadón». El Carabanchel de Arriba, en Rejas, en tantos otros lugares, aldeas y villas, se insiste en llamar trabajadores a los que viven de su trabajo, lo que hemos de entender en el sentido de que no tienen otros recursos que sus brazos. De aquí que en la «Relación» de San Sebastián de los Reyes se dé un paso más, que resulta muy clarificador de esta situación: sus vecinos «son labradores y jornaleros»<sup>15</sup>. Pues bien, todas estas respuestas a la tan sorprendente como admirable encuesta de Felipe II, son de 1575-1578. Ya hemos dicho antes que de 1611 era el diccionario

o *Thesoro de la lengua castallana* de Sebastián de Covarrubias; en él leemos esta definición: «trabajador, el jornalero».

Como este cambio se produce en coyuntura no sólo de conservación, sino de severo endurecimiento de la sociedad jerárquica (que en adelante llamaré estamental), con su sistema de reservas y monopolios a favor de los diferentes grupos privilegiados (de aquellas actividades o valores o dignidades más elevadas en la estimación social), la condición de «trabajador» quedará degradada al último nivel, siguiendo con ello la íntima estimación que se asigna al trabajo manual.

Se le llamará con frecuencia trabajo mecánico, adjetivándolo de esa manera, puesto que los otros quehaceres esforzados todavía se considerará que son también trabajo; pero cada vez más esto último será tan solo la actividad del que manualmente se ocupa en una sufrida actividad productora de bienes de la que saca su sustento. Para los escritores de temas económicos de la primera mitad del XVII, trabajo es el esfuerzo físico penoso que, además —de ordinario en una relación de subordinación— se presta para ganar el jornal, en la agricultura, en las minas, en las pesquerías, en los talleres. A estos casos se refieren, cuando hablan de los que trabajan, los economistas de la época —P. de Valencia, Cellorigo, S. de Moncada, Martínez de Mata, etc.

No es una característica diferencial española, sino un elemento constitutivo de toda sociedad estamental. Aunque en España puede haber sido más extenso, el hecho es de que todos los países europeos —en unos menos, como en Inglaterra; en otros más, como en Prusia; en algunos medianamente, como en Francia (pero siempre en grado considerable)—. En todos ellos, la nobleza ha despreciado el trabajo manual y no ha estimado en mucho las actividades industriales y mercantiles hasta el siglo XVIII<sup>16</sup>. Los caballeros y damas, en el siglo XVII, se sienten horrorizados, en toda Europa, de aproximarse en algún aspecto a las gentes que se ocupan en quehaceres mecánicos, reputados viles, y procuran con el mayor cuidado huir del empleo de palabras que puedan hacer alusión a esta clase de ocupaciones. La literatura recoge de la reglamentación vigente en la vida social, estas limitaciones que no estaban en sus modelos clásicos. Y hay escritores (el abate Perrault, en Francia; lord Chesterfield, en Inglaterra) que echan en cara a la respetada Antigüedad haber desconocido este régimen de exclusión<sup>17</sup>. Recogemos de un escritor estamentalista francés del siglo XVII, Loyseau, continuador en muchos aspectos de J. Bodin, cuyas posición es extrema, unas palabras bien claras: «les artisans... sont ceux que exercent les arts mécaniques. El de faict, nous appellons communement mécanique ce qui est vil et abjecte...»; comenta, por eso, «combien les artisans soient propement mécaniques et reputez viles personnes»<sup>18</sup>. Al llegar el siglo XVIII, mientras otros aspectos de discriminación estamental se fueron extinguiendo poco a poco<sup>19</sup>, este otro que nos ocupa conoció enconada polémica en torno a su supresión o debilitación, manteniendo enérgicamente su posición de defensores del régimen social de la tacha de deshonor legal con-

tra los oficios<sup>20</sup>. En 1781, todavía Pérez y López tendrá que discutir con todo vigor el tema en su obra *Discurso sobre honra y deshonor legal*.

Lo curioso —quizá no se ha destacado nunca bastante por este lado la cuestión— es que los que vinieron a resultar más fervorosamente partidarios de mantener esa discriminación de deshonor sobre los trabajos mecánicos, fue el grupo de los poderosos y distinguidos, y no —al modo de lo que de ordinario se observa en la sociedad tradicional—, el de los sectores más próximos en la escala social a aquéllos. Cabe pensar que fue así, no tanto para distinguirse de los que ejecutaban menesteres bajos —que harta diferencia creaban ya entre unas y otras capas el nivel de riqueza, las diferencias de educación, la exclusión o inclusión en el régimen de tributación fiscal, las reservas de tipo sunuario a favor de los altos que legal o prácticamente se hallaban establecidas, etc. Más que todas estas razones, les movía el interés por disponer de servidores en las más bajas condiciones económicas posibles de empleo. Porque la odiosidad y el repudio que las convenciones nobiliarias vinieron a crear contra los trabajadores-jornaleros, se tradujo en una oferta grande de servicios para las casas de los ricos, equiparados socialmente a casas de señores.

### C) *Amos y criados. La relación de servicio.*

Si la figura del criado y la del trabajador se habían alterado también habíase transformado hondamente hasta desnaturalizarse, la figura del señor. Aunque sea brevemente, hay que tomar en cuenta este aspecto. Como es bien sabido, todo el sistema de reserva de derechos y privilegios a favor del estamento más elevado, nobiliario o señorial, se había basado en la atribución monopolística de la función social más arriesgada, más trabajosa —en la acepción tradicional de esta palabra—, a saber, la de defender a los demás por medio de las armas. Su superioridad tenía objetivamente como pretendido fundamento, la dedicación a la vida militar. Pero a través de un proceso que en el siglo XVI está ya muy avanzado y en el XVII ya en fase de pleno desarrollo, la guerra se ha alejado de la cotidianidad de la existencia. Las guerras interestatales se desenvuelven entre cuerpos profesionales que se reclutan a través de todas las clases, no sólo de señores. Y conocemos casos repetidos de negarse a cumplir sus obligaciones militares por parte de los poderosos, sobre lo que Domínguez Ortiz recogió unos datos que lo comprueban<sup>21</sup>. Yo he añadido muchos testimonios de protesta en nombre de los estamentos bajos<sup>22</sup>.

Estos señores, sobre los que ha desaparecido, como motivo para ser conocidos y estimados, el brillo de la hazaña militar, buscan desde el siglo XV y se acentúa en los siguientes, continuar en la cúspide de la pirámide social, a base de asumir e imponer las condiciones de un grupo social ocioso. Como por vía hereditaria, o por donación de los reyes o por insolente acción depredatoria, han acumulado las más grandes

riquezas, van ahora a explorar su superioridad económica y, basándose en ella a demostrar su alta condición: la base será poner de público manifiesto, no su capacidad de dirigir y vencer hombres en la batalla —nada que recuerde el tipo de *bellator* de los textos altomedievales—, sino su capacidad de disposición sobre gran número de personas dependientes, de servidores, y sobre bienes propios, en virtud de la acumulación de riqueza que en tan alto grado han alcanzado. La economía señorial se rige por una «economía del gasto de ostentación», en la que prima la atención a la posición social y no a los ingresos<sup>23</sup>. Es así como la vida social de los señores europeos, desde el siglo xv se ve dominada por la «ley del consumo ostensible» y la «ley del gasto ostensible»<sup>24</sup>. Hay que insistir en que esto no es una peculiar condición de la sociedad española, sino un aspecto general de los grupos señoriales en las sociedades occidentales europeas, dadas las condiciones en que los señores, los antiguos milites, los monopolizadores de las armas, quedaron socialmente colocados, al transformarse la naturaleza de los conflictos bélicos en el Renacimiento. La Popelinière escribió en su momento sobre lo que sucedía en Francia: lejos, dice, de seguir el ejemplo de los antiguos galos, «tant une vaine et lourde paresse d'entreprendre choses hautes tient les esprits des françois engourdis qu'ignorants ou peu courieux de la solide vertu des toutes choses, ils ne font estat que de l'apparence exterieure»<sup>25</sup>.

No es necesario repetir en que forma se dio en España un despilfarro de lujo y ostentación (fenómeno muy bien encuadrado por Domínguez Ortiz)<sup>26</sup>. Un economista de la época, Cellerigo, nos dirá que «la holgura y el paseo» se han convertido en las señales públicas imprescindibles para alcanzar el respeto<sup>27</sup>. Y en algún pasaje de Mateo Alemán se condena este papel de la «ostentación».

Dos condiciones permiten mostrar públicamente una inmensa o muy alta riqueza: la primera, abstenerse, todo aquel que pretenda ser reconocido como poseedor de un gran poder económico (que ha venido a sustituir al militar), de todo trabajo productivo; la segunda, tener bajo su disposición un gran número de gentes a las que sustentar, sin emplearlas en actividades lucrativas. De ahí que, necesariamente, según la naturaleza de la sociedad ociosa, en la Europa de los siglos xvi y xvii, y más acentuadamente en España, el señor tenga que permanecer ocioso y haya de tener a su alrededor una legión de criados para las más inverosímiles atenciones.

Tengamos en cuenta ahora lo que dijimos atrás: mientras los señores se encuentran en esta nueva posición (sustituir la demostración de valor guerrero por la ostentación de linaje y riqueza), el trabajo se ha convertido en una actividad fatigosa, manual y socialmente poco estimada que deja en posición de deshonor a quien lo ejerce profesionalmente. Se explica entonces que muchos jóvenes, al tener que ocuparse en algún oficio lucrativo para ganar su existencia, prefiriesen el «servicio» al «trabajo». Algunos escritores claman contra esto, desde el autor de *El Crotalón* hasta Pedro de Valencia o M. de Mata y tantos otros en medio; pero la presión de las circunstancias fue mayor. Es más, desde

mediados del xvi las posibilidades de hallar trabajo disminuyeron. Las actividades productivas —y ahora hay que referirse a España— aunque mantuvieron sus altos salarios, no pudieron absorber los contingentes de una expansión demográfica. Y aunque éste se iba a cortar pronto (sobre 1570) y, es más, iba a producirse una recesión de la población del país, la demanda de trabajo aún cayó más. Esta situación dejó, sobre, dramáticamente, unos sobrantes humanos que no hallaron otro camino que el de entrar al servicio de los ricos señores. Es así como el tema del desempleo se convierte en el problema central de la reflexión de cuantos escriben sobre la situación económica.

La situación fue un tanto similar en muchas partes. Recordemos ese pasaje de *La lozana andaluza* que en Roma, ante el espectáculo de un enjambre de gentes rodeando a uno, explica a su acompañante: «son mozos que buscan amos»<sup>28</sup>. Y el personaje de Torres Naharro se lamenta:

«No sabéis adonde ir,  
todo el mundo está perdido;  
no halláis a quien servir,  
ni siquiera un mal partido.»<sup>29</sup>

lamentación muy parecida a la del escudero del Lazarillo. En Francia, en fechas más avanzadas y a resultas de una situación coyuntural desfavorable, Lescarbot (1609), atribuyéndolo —con una falta de perspectiva general en su tiempo— a un carácter de los franceses, advierte que «la France est remplie de gueux et de medians de toutes espèces»<sup>30</sup>. En todas partes, pues, los señores disponían de nutridos planteles de mozos para procurarse amplias clientelas de servidores.

En 1559, ya las Cortes de Toledo se creen en la necesidad de intervenir en la cuestión: el desorden de grandes y de caballeros en tener muchos lacayos da lugar a que se multiplique la gente holgazana, «porque por andar en este hábito (de lacayos) mayormente quando les dan libreas, muchos dexan sus officios y otros las labores del campo, lo cual ha venido a tanto que ya no se hallan peones para cavar y segar ni hazer las otras cosas del campo, sino a muy excesivos precios, y lo peor es que los tales hombres puestos en hábitos de lacayos dexan sus mujeres e hijos perdidos en sus tierras y son rufianes y biven vida libre harto lexos de parescer christianos».

Los economistas —tal, ese M. de Cellorigo que hemos citado— claman contra el mal: los muchos criados sustraen brazos al trabajo e incrementan el gasto y las deudas de los distinguidos. Cortes, pragmáticas, juntas de expertos, tratan de cortar el mal. Algunos economistas, más perspicaces, se dan cuenta de toda la gravedad del caso: cómo van a trabajar, si no encuentran en qué (Caxa de Leruela), si no hay en qué ganar de comer (S. de Moncada)<sup>31</sup>. Pero, una y otra vez, se repite la denuncia del hecho, sin buscar en causas estructurales las raíces del mismo. Alguno llega a señalar una específica derivación del mal en cuya consideración ahora nos interesa ocuparnos: C. Pérez de Herrera pide

que se limite el número de criados «pues mientras más hay, son peores servidos los amos y tienen mayor número de enemigos domésticos»<sup>32</sup>.

Advirtamos también cómo el puro hecho que comentamos se refleja en el teatro: hasta el propio Lope de Vega (*El villano en su rincón*, acto III), dirá:

«Si no hubieran los señores,  
los clérigos y los soldados  
menester tantos criados,  
hubiera más labradores.»

y en la novela picaresca, un Castillo Solórzano (*Aventuras del Bachiller Trapaza*) advierte que las condiciones legales y las creencias sociales, favorecedoras, unas y otras, de la ostentación caballeresca, hacen imposible de desarraigarse el mal, «que la puntualidad de los intrusos a la caballería apetece esto».

Cualquiera que haya manejado un número de cierta consideración, de obras de la literatura española de los siglos XVI y XVII —más concretamente de *La Celestina* al teatro de Calderón—, se habrá visto sorprendido por el gran volumen que en esa caudalosa producción literaria ocupa el tema de la relación que venimos estudiando: amos y criados. Seguramente, lo primero que llama la atención es el gran número de criados que aparecen y esto se pone de manifiesto sobre todo en dos géneros muy representativos del momento, la comedia y la novela. Pero no se trata tan sólo de señalar el gran número de criados, cosa que hasta siglos mucho más próximos se ha visto en sociedades que se han mantenido en una línea tradicional, aun después de las fechas de la revolución industrial. Lo más llamativo y sugerente en esas manifestaciones se encuentra en el peculiar aspecto que tal lazo asume, en los matices que en el modo de relacionarse unos y otros se dan.

Hemos visto que, históricamente, la figura del criado en casa del amo surge como una vía de ascensión de aquél que, a través de determinados escalones, puede subir a niveles más altos, ya que él, originariamente procede de familias de baja nobleza. Ahora no es así. Ahora proceden de medios plebeyos y son gentes que huyen de su condición de pecheros, de trabajadores manuales, que rechazan las ocupaciones mecánicas, los trabajos artesanales o rústicos (se ha señalado cómo muchos graciosos de Lope, Tirso, Moreto, proceden de la población rural común). Sin embargo, dado su origen, no tienen posibilidad (sino por caso de excepción fuera de todo orden) de subir a mejor estado: su pretensión se reduce a una aspiración económica, logrando un ventajoso acomodo, casando, por ejemplo, con la sirvienta de la doncella noble protagonista.

Precisamente, cuando la sociedad ha adquirido un índice de movilidad mayor que en siglos anteriores, se ha petrificado la concepción estamental que cierra los pasos de acceso a los niveles superiores. Villari ha estudiado el caso, respecto a la sociedad tradicional, en Nápoles;

Mousnier lo ha investigado en Francia; Domínguez Ortiz ha llegado a los mismos resultados en España. El teatro de Lope repite una y otra vez los trastornadores efectos de la aspiración de subir a estratos superiores: nada destruye más las repúblicas que los desplazamientos de «estados», se declara en *Los Tellos de Meneses*; hay como un límite objetivamente dado, insisto en la naturaleza misma de las cosas:

«que la mudanza de estado  
no puede el alma mudar»

nos dice en *Los prados de León* (acto III), lo que quiere significar que, aunque aparentemente se crea que se ha subido a más, como la nobleza va unida a la virtud (virtud caballeresca que tan alejada queda de la virtud cristiana) y esta virtud nobiliaria no amenta desde fuera del linaje y del nacimiento (si se acrecentara por dentro no tendría por qué proyectarse en consecuencias sociales), resulta que, a fin de cuentas, se es personal y socialmente lo que se era.

En otro lugar he explicado lo que significa la aspiración social de «medro» en la novela picaresca. Es, no menos, el impulso básico en la relación amo-criado que proyecta la comedia. Lo era en la vida real. Dice el economista Sancho de Moncada: «que aun los criados quieren amo con quien medren»<sup>33</sup>. Un informe anónimo a Felipe IV, en los comienzos de su reinado (1621) redactado o inspirado por Cellorigo, enuncia como fin de su política que «el mediano e ínfimo pueblo medrase»<sup>34</sup>. El ímpetu —el desmesurado ímpetu, para una valoración tradicional— con que ese afán impulsó la acción de los criados, se revela en unos agrios versos de un criado de Torres Naharro, en la *Comedia Tinelaría*:

«Nunca medre el hi de ruin  
que pudiendo no lo hace.»

A diferencia del criado o *nutritus* de la tradición caballeresca, este criado de ahora no puede llegar ni siquiera al grado de escudero (a pesar de lo que también ha caído paralelamente la estimación de éste). Todo su afán se ha de colocar en un medro, material, económico. Como caricatura del *aurea fames* de los grandes burgueses renacentistas —de los Fugger, los Simón Ruiz, los J. Coeur—, estos criados aspiran a conseguir las mayores riquezas posibles.

Pero, hijo de su tiempo, el criado enuncia esa riqueza a la que aspira, bajo la forma que —ya en muy elevado índice de generalización— la simboliza en la época: el dinero. Ya cuando estudié *La Celestina* relacioné muchos de los aspectos que en ella se dan, con las formas de mentalidad que venía generando una difusión cada vez mayor de la economía dineraria. En *La Celestina* las referencias al dinero tienen un papel clave; lo tienen igualmente, en mayor grado todavía, en *La lozana andaluza*<sup>35</sup>, y aún crece más y se muestra con más dureza y acritud en

el abigarrado mundo de los criados de las comedias de Torres Naharro. En la *Comedia Himenea* se hace mención de la moneda como medio de pago de los servidores. Nos reduciremos a recordar que en el teatro del xvii se encuentran referencias frecuentísimas, tales como la que consta en la comedia *Los mártires de Madrid*: todo se da hoy «a precio de dinero»; o en *Querer la propia desdicha*:

«... no hay más sustancia  
ni calidad que el dinero»

etcétera, etc. Un criado-gracioso, en *Los terceros de San Francisco*, dirá que su aspiración se centra en esto: «hartura y dinero».

Todavía debemos citar al paso dos equiparaciones que derivan del nuevo régimen de la economía monetaria y que pueden comprobarse con bastante frecuencia en textos como los que hemos citado. En primer lugar, la equiparación «como pobre y sin dinero» (Torres Naharro, *Comedia soldadesca*). En segundo lugar, el uso del dinero —o por lo menos de su estimación reducida a dinero —en la remuneración del servidor, como vemos en pasajes que acabamos de citar.

Pero la remuneración en dinero, directa o indirectamente, trae consigo la reducción del servidor —en fin de cuentas, considerándolo como un trabajador y como un familiar— a la condición de asalariado. De la introducción de la novedad léxica de la voz «salario» en las lenguas románicas, de la aparición de este nuevo tipo de remuneración de trabajo y de las consecuencias sociales que entrañaba su difusión, no podemos hacer aquí más que una alusión: con ese neologismo que se difunde en el siglo xv, coincide la transformación del concepto de trabajo ya expuesta, se hace posible poner a éste un límite respecto al esfuerzo que se exige a cambio de un estipendio determinado (por lo menos, en principio) y se desencadena un rápido proceso de erosión de las virtudes personales —de orden tradicional— que amos y criados debían poner en su trato, convirtiendo a éste en una prestación y contraprestación mecánicas: «aquí, a peso de dineros, daca y toma», dice *La lozana andaluza*, y lo que ella observa en Roma se va haciendo cada vez más general. Como la cosa más natural del mundo, en *Lazarillo de Manzanares*, una criada, para explicar a Lázaro la desconfianza hacia ella de sus amos, le dice «porque como servía por mi salario»<sup>36</sup>.

Este y otros textos que quedan citados más atrás, revelan el deterioro de la figura tradicional del criado. Este ya no obtendrá sino su salario, poco más o menos —y ello en el caso de que el señor pague regularmente—. Hay exhortaciones de escritores políticos y moralistas (un Suárez de Figueroa, etc.)<sup>37</sup> a que se obre con mayor liberalidad. Hay denuncias de moralistas y costumbristas (entre otros, Francisco Santos)<sup>38</sup> sobre el gusto de los amos por agasajar con caprichos a las sirvientas. Las despegadas aspiraciones a la obtención de ventajas materiales que en ese nuevo régimen crecen cada día más —como creyó apreciarse desde una visión tradicional de tal «desorden»— suscitó un

estereotipo sobre el comportamiento de los criados: su deseo es comer hasta hartarse, trabajar lo menos posible, obtener las ventajas que de una situación favorable, egoístamente explotada, se pueden presentar (regalo de un traje, calzado, alguna joya, etc.). Comentando las palabras del gracioso lopesco antes citado, escribe Montesinos: «la figura del donaire sólo se mueve a instancia de sus propias necesidades físicas».

Por otra parte, «los espíritus selectos, añade Montesinos, se mantienen lejos de todo contacto con la vida práctica; aquellos que obran atentos al modo de ser de las cosas reales, están subordinadas jerárquicamente a los primeros»<sup>39</sup>. Aunque ante un examen real resulte incomprendible, en una apreciación semejante incurren cuantos al tratar del gracioso han hablado de los criados en la comedia o en la novela.

¿Cómo podemos imaginarlos a esos señores dotados de sublime espiritualidad (así se dice), desafectos a las riquezas, poco atentos a la propiedad de toda clase de bienes codiciados, ajenos a todo afán de procurarse la mayor suma posible de consumo? Son los miembros de un grupo que, en sus diferentes grados, poseía las cuatro quintas partes de la tierra, que vivían de apropiarse, por el mecanismo social de dominación establecido, de cuanto producían los individuos de los otros grupos, los trabajadores o criados, reduciéndolos a mal vivir de algunas migajas de sus sobrantes, dispuestos, cuando en alguna situación de tensión podía verse amenazado su dominio, a servirse de las armas, cuyo monopolio trataban celosamente de guardar para mantener el régimen de distribución privilegiada de la riqueza. La entrega a la comida, en cantidad y complicación hoy inverosímiles, cunde entre los ricos y poderosos, es un aspecto de su ostentación, y de ahí el obsequio con ella a las damas que se cortejan y a sus acompañantes. La diferencia está, en sublimizar o no la comida, a fuerza de poder gastar en ello, en su sofisticación; pero esto responde al principio de distribución espacial de los estamentos: quiero decir, que los individuos de un estamento, cuanto más elevados se ven, más alejados se hallan de un comportamiento natural o espontáneo, más acusada colectivamente su tendencia a hacer difíciles los modos de comportamiento, y esto se establece convencionalmente así a fin de diferenciarse en la mayor medida posible de los no distinguidos.

Estos últimos no saben comer, no saben amar, no saben hablar, no saben pelear, a menos que hayan recibido una cierta comunicación de estos saberes, por su proximidad a los señores, procedente de efluvio carismático recibido de la superioridad de éstos (la sociedad estamental conserva un buen fondo de pensamiento mágico).

Pues bien, la vigencia de este sistema de distribución es lo que la nueva naturaleza económica de la relación amo-criado ha venido a eliminar, produciendo un tajo en la posición de los amos y sus dependientes, provocando en éstos actividades de despego y en aquéllos de desprecio, engendradoras de hostilidad, o cuando menos de agrio apartamiento. Salas Barbadillo dice de un personaje de sus novelas: «fingiose caballero y valiose de gente echadiza y pagada»<sup>40</sup>. Sin perjuicio de que amplios sectores de la población se conservarán bajo el patrón de rela-

ciones tradicionales heredadas, las nuevas formas sociales llevaban la evolución que señalamos. De aquí que esos criados alquiladizos, asalariados, desprovistos de razones de apego familiar, reducidos a trato y remuneración mezquinos, tuvieran agrias quejas que hacer de los amos. Ya tuve ocasión de analizarlo en pasajes decisivos de *La Celestina*. En la *Comedia Himenea* dice uno de ellos:

«Y aun porque son tan tiranos  
que de nuestro largo afán  
se retienen la moneda,  
debemos con dambas manos  
recebir lo que nos dan  
y aun pedir lo que les queda.»

En esa misma obra, cuando uno de los criados más benévolos despida al señor con un «Ve con Dios», el otro rezonga: «más vaya con el diablo». En *La lozana andaluza* se critica la manera de tratar las amas a las sirvientas: las regañan, las echan a toda hora en cara que no saben hacer las cosas, las reprochan «¿qué hacéis con los mozos?», las exigen que gasten poco, que trabajen mucho, que empleen poco tiempo en comer, desconfían por todo. Por eso, la lozana aconseja a todo servidor: «no seáis fiel a quien piensa que sois ladrón». En la novela (desde su primer arranque en *Lazarillo de Tormes* a las novelas del pleno Barroco —por ejemplo, *El donado hablador* o *Alonso, mozo de muchos amos*) se insertan quejas por los modos de tratar a las personas dependientes. En *Lazarillo de Manzanares*, sí parece extremarse el celo de éstos a sus amos, recomendándoseles que, aunque sean éstos de costumbres viciosas, no se les repruebe nunca, sino que por el contrario «deve un buen criado, en fee de lealtad, procurar que, con razón o sin ella, vivan los suyos quanto mejor», se puede ver que se trata irónicamente de facilitarles quebrantar la moral: el escrúpulo no es nunca un reducto del criado, respondiendo así a la conducta inamistosa de los amos. En el *Guzmán* apócrifo, en el *Guzmán* de Mateo Luján, el protagonista refiere que algunos se hacen servir de sus criados de rodillas y aun de esta forma les hacen permanecer si han de hablarles: «cosa que siempre tuve por abominable y desatinada costumbre»<sup>41</sup>. De momento, dejemos constancia, frente a lo dicho, de que en el teatro barroco es caso raro que se den tensiones y lamentaciones semejantes, las cuales siempre vienen paliadas por lo que veremos.

Por el reverso de la cuestión, los señores lanzan duras acusaciones sobre el comportamiento de los servidores, lo que revela el corte y el alejamiento respectivo que en el orden moral se ha producido entre ambos grupos y el sordo planteamiento de una lucha social que tiene mucho de la dicotomía irreconciliable de la ulterior lucha clasista. Y este sí que hasta en el teatro se observa. Lope dice que los criados son gente de poco precio, están que se mueren «unos de hambre, y otros de esperanzas y no pocos de envidia» (*El perro del hortelano*, III). Gaspar

de Aguilar (*La fuerza del interés*, introduce una frase que, por su más o menos parecida reiteración, podemos estimarla general:

«porque el que criado es,  
es un hombre que se cría  
para enemigo después.»

En las novelas quasi-picarescas de María de Zayas los ejemplos son frecuentes, constituyen una obsesión: de una criada propia, protesta su ama de que es «espía fiera y astuta perseguidora de mi honor»; en todas sus novelas hay criados y criadas dispuestos a traicionar y hacer perder el honor y la vida, a aquellos otros personajes que, según las convenciones a que se atiene la autora, son reputados más nobles; en fin de cuentas, criados desordenadamente llevados del interés: «criados sobornados son descubridores de lo más oculto que sus amos hacen»; «los criados, como su ejercicio es murmurar de los amos, que les parece que sólo para eso les sustentan»; «los criados y criadas son animales caseros y enemigos no excusados, que les estamos regalando y gastando con ellos nuestra paciencia y hacienda... y al cabo matan a sus amos, diciendo lo que saben de ellos y diciendo lo que no saben, sin cansarse de murmurar de su vida y costumbres»<sup>42</sup>. He aquí un pasaje de la apócrifa «Tercera parte» del *Guzmán* que creo no ha sido nunca tomado en cuenta: «Ay criados, águilas en el entendimiento y agilidad, que no ai más que pedirles, en quanto menos se piensa agarran y vuelan. Otros ay de valor y fuerzas, espadachines, valientes, pendencieros, indómitos, incorregibles, habladores, arrogantes, glotonos, presumidos, en tanto que hasta a sus mismos amos se atreven, perdiéndoles el respeto y cortesía. Estos nacieron más para ser servidores que para servirse de ellos, más para mandar que obedecer. Son éstos los que imitan los leones. Los otros que sirven de carro y arado, son los boyes, han menester la aguijada y que los asista el amo a todo lo que hazen; son pereçosos, lerdos, comedores, amigos del ocio, rumian de noche lo que tragan de día»<sup>43</sup>.

En una pieza de Mira de Amescua (*La Fénix de Salamanca*, II, 90), reconociendo que el hecho es tan común, un lacayo hace esta reflexión sobre los señores:

«y son postres de sus cenas  
decir mal de los criados.»

#### D) *La invención de la figura del gracioso como factor de integración.*

En estas circunstancias, contando con ellas y precisamente para contener tal desviación, va a tener lugar en el teatro, respondiendo al programa social general de éste, una novedad. Sin embargo de lo dicho hasta aquí, en el teatro barroco el lacayo, y con mucha más seguridad, el lacayo en papel de gracioso, sigue siempre a su amo con la mayor

lealtad y a través del miedo y del hambre, del abandono y de los malos tratos; aunque sea delante de sí el futuro de una elevación de puesto que le compense, no estará nunca contra aquél. Esta es la gran diferencia que los criados y graciosos de Lope, de Guillén de Castro, de Rojas, de Calderón, presentaron respecto a los del primitivo teatro renacentista de Torres Naharro. Estos últimos o están más cerca del «bobo» y del rústico de las farsas precedentes o manifiestan, desde sus puestos, motivaciones que caracterizan al pícaro. Los criados de *La Celestina* o de las comedias de Torres parecerán, más bien, parientes del pícaro —un personaje, como veremos, que rompe ya con el servicio, que se rebela contra la domesticidad—. Aquéllos y éstos tendrán su procedimiento de protesta en la infidelidad, el robo, la traición, es decir, acciones que entrañen un mal para sus malos amos. Los criados de Lope y sus continuadores, aunque se quejen de no ser pagados como deben, no rompen nunca su lazo de fiel dependencia respecto al señor. Se ha señalado algún caso de infidelidad por parte de un gracioso en *A secreto agravio, secreta venganza*. Pero lo que en el pícaro es general, en el ámbito y alcance de su modo de conducta, en el gracioso es excepcional, rarísimo y sumamente corto. Montesinos, advirtiendo este último patrón de sumisión fiel en el gracioso —sin compararlo con ningún otro caso— llegó a escribir: «en muchas ocasiones no se echa de ver el motivo mismo de esta lealtad suya»<sup>44</sup>. Y también Ley, refiriéndose al mismo tipo de personaje en Guillén de Castro, observaba: «no se pierde nunca esta lealtad esencial del gracioso a su amo»<sup>45</sup>.

Y es que no puede haber motivo personal porque lo personal, en la sociedad jerárquica, por definición no cuenta, y en el plano social, por sus propios supuestos se excluye. Haber motivo personal sería negar todo el pensamiento social a que la figura del gracioso responde: necesita no resolverse ésta en la motivación singular de una actitud personal. El gracioso —como representación más plena del tipo de criado a que se orientaba el teatro barroco— no tiene personalidad; tiene un puesto social (que es lo que hay que reforzar), tiene un rol o un papel social que cumplir objetivamente. Actúa, no por motivos psicológicos, sino por determinaciones sociales (en cuya fuerza y eficacia está, eso sí, suscitar luego en cada uno de sus motivaciones internas). Pueden darse algunas cualidades diferenciadas de unos a otros: unos personajes son más listos, otros más tontos; unos más cobardes, otros más decididos; unos más rigurosos en su fidelidad, otros se permiten obtener pequeños aprovechamientos; unos son más sumisos, otros comprenden por lo menos que no todos soportan las mismas cargas; etcétera, etc.; pero todo ello, dentro de una corta escala de diferencias de carácter, siempre secuencias, que no rompen la objetividad de la función social.

Cuando Lope, en el prólogo-dedicatoria al también comediógrafo Juan Pérez de Montalbán, de su comedia *La Francesilla*, escrita sobre 1597, le dice, al publicarla más tarde, que es ésta la primera obra en la que se introduce la novedad del «gracioso», de la «figura del donaire» sabía muy bien lo que quería decir. Luego habrán podido venir los

M. Pelayo y otros eruditos a tratar de limitar lo que en ello había de invención, buscando antecedentes del tipo. Es incuestionable que los hay: siempre se opera sobre datos previos, sobre antecedentes. Pero Lope veía más claro que ellos y entendió bien cuál era su objetivo y que había una diferencia de aspectos en la nueva figura teatral: comprendía que cualquiera que fuese el parecido, el gracioso era un tipo de significación diferente a la de sus predecesores; era otro su papel y otra la sociedad en la que tenía que desenvolverlo. A mi modo de ver, responde a la finalidad de integración social que inspira todo el teatro barroco. Como con otros grupos sociales, había que asegurar el mantenimiento en el orden establecido del extenso grupo de los criados entre los que, en la crisis de novedad, de movilidad, de insatisfacción, que sacude al Renacimiento, no dejó de iniciarse una nueva actitud hostil, a resultas de los cambios operados en la mentalidad de la época (cambios a los que empezamos refiriéndonos). Se trataba de una actitud tanto más peligrosa, cuanto mayor era la proximidad al grupo de los privilegiados, esto es, la domesticidad de ese otro sector de población subordinada.

Cuando yo hablo de que en la comedia hay un propósito integrador, quitando los pocos casos en que efectivamente en ella se les ofrece a ciertos sectores sociales la contemplación de unas posibilidades reales de incorporación —a ricos labradores, a muy ricos mercaderes—, no puede entenderse que, en general, yo venga a sostener que la comedia ofreciera un aparticipación, en el mundo superior de la nobleza, a todos los estados y profesiones, en el sentido de elevarlos hasta ella. Debe tomarse en el sentido hacerles ver que pertenecen a un orden en el que ese plano superior se da, con cuantos valores y beneficios disfruta en exclusiva, porque se supone que irradian en beneficio para los demás. «En realidad, el *programa de incorporación* que cumple la comedia se dirige a conseguir que los muy variados componentes del público que asiste a la representación se sienten empujados, por vías extrarracionales de psicología social, a adherirse con la mayor fuerza al sistema de valores que se les presenta; en consecuencia, que cada uno está dispuesto, desde su emplazamiento recibido, a defender que el rey sea rey, que el señor sea señor, y que, en general, el rico, el poderoso, el criado, el religioso, el lacayo, el labrador, el rústico, el pobre, etc., posean cada cual lo que la sociedad estamental les asigna: no una personalidad, sino un puesto social bien enmarcado»<sup>46</sup>.

Lope, cabeza de lo que en otra ocasión he calificado de campaña de propaganda y consolidación de los intereses monárquico-señoriales en la sociedad barroca, al modo como lo hacen también Rojas, Mira de Amescua, Guillén de Castro, e incluso Ruiz de Alarcón o Calderón, cumple con el propósito, enunciado al mismo tiempo, por consejos y juntas en sus informes a los gobernantes, también por escritores moralistas o de temas económicos, así como por algunos novelistas y aun poetas: ese propósito consiste en ampliar el marco de la integración social a otros grupos de población que no sean los estrictamente privilegiados. En la situación conflictiva del siglo XVII hacen falta todas las

fuerzas posibles para defender el complejo de intereses con los que se identifica el régimen de la monarquía absoluta. De ahí esas obras teatrales —el teatro constituye el más eficaz medio de acción sobre los diferentes grupos— que se dirigen, haciéndoles ver que constituyen una importante pieza articulada con el sistema, a los labradores ricos (recordemos *Los Tellos de Meneses* o *García del Castañar*), o, aunque sea en menor medida, a los mercaderes ricos (como *El anzuelo de Fenisa* o *La fuerza del interés*) o al pueblo artesanal (como *Santo y sastre* o *El tejedor de Segovia*), etc., etc. Pero, como hemos dicho antes, entre la población de las ciudades había crecido relativamente en número, en términos alarmantes y estaba visto que crecía sin fácil remedio, la masa de los criados. Su aproximación doméstica a los ricos, su introducción en el ámbito de convivencia privada con los señores, la asimilación que esto les permitía de ciertos modos de comportamiento social, su familiarización con el estado interno de la sociedad, la constante excitación de sus aspiraciones por la comparación inmediata con otras gentes, el permanente contacto entre ellos —en plazas, calles, casas, espectáculos—, a la vez que su fácil concentración en el espacio urbano y su posible utilización en una situación de conflicto, les daban una fuerza que no era desdeñable, dentro del escenario urbano en que los enfrentamientos podían tener lugar. No olvidemos el número considerable de tumultos callejeros, en el Madrid del xvii y en otras capitales peninsulares —Barcelona, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Córdoba, etc.—. Tengamos presente el carácter amenazador que podrían llegar a revestir. Recordemos el alzamiento popular que forzó la expulsión de Lerma y la extrema ocasión de la ejecución de un ministro, don Rodrigo Calderón, aparte de tantos otros casos como el «Corpus de Sangre» en Barcelona o las «alteraciones» andaluzas.

Pues bien, una buena parte de los asistentes a los espectáculos de comedia, pertenecía al mundo de los criados. Lope conoce bien la inquietud que el estado de ánimo popular despierta; sabe también de los íntimos sinsabores que tiene que soportar aquel que sirve a otro, odiado por el señor y por cuantos le rodean, todos movidos de unos y otros motivos de medro y aprovechamiento: tal es

«la bárbara naturaleza del servicio»

que denunciará en *La desdicha por la honra*, una de sus novelas a Marta Leonarda. Es cosa sabida la del mal sabor que deja el «servicio», coincidiendo con el disparatado incremento cuantitativo de este tipo de relación que las circunstancias de la economía española —coyunturales y estructurales a un tiempo— produjeron. Ello despierta la aversión de la conciencia postrenacentista, una conciencia de muy considerable nivel de desarrollo individualista —dígase lo que se quiera— que, en alguno de sus aspectos, nos revela la sociedad barroca. Mira de Amescua introducirá este pasaje, en el diálogo de dos de sus personajes, revelando la interna humillación que lleva consigo el «servicio»:

«—Mal estás con el servir.  
Pues ¿no quieres que esté mal?»

Para encajar adecuadamente esta situación, dándole un giro positivo, Lope tiene una de sus geniales ocurrencias: la invención del «gracioso». Tendrá esta novedad literaria, resonancias de muchos tipos precedentes, pero es un papel nuevo. Se trata de utilizar la fuerza social de la comicidad a favor de la integración en la sociedad, que el teatro defiende, por parte de grupos estamentales que pueden ser tratados cómicamente. Lope, mucho más aristotélico de lo que se cree, piensa cerradamente que los recursos de lo cómico sólo se pueden emplear con el estamento bajo, y a su vez, los individuos de éste sólo pueden protagonizar comedias<sup>47</sup>. Entonces cabe utilizar esos recursos, con cierta novedad, con renovada eficacia, a fin de promover la solidaridad de los individuos de la esfera de los servidores con el régimen social de privilegio que soportan a diario.

Bergson observaba que la risa es un fenómeno social: es siempre la risa de un grupo (incluso, en un ejemplo mínimo, nos hace observar Bergson, cómo alguien que escucha un chiste fuera del grupo en que se cuenta, no reirá de él). El ámbito propio de la risa es la sociedad y, dentro de ésta, responde a ciertas exigencias de la vida en común<sup>48</sup>. Inversamente, podemos decir que, si el que no está dentro no ríe, el que ríe es porque está dentro. En consecuencia, el factor integrador de la risa es fuerte. A diferencia del bobo y del rústico, del cual ríen todos los demás y él no se entera, en el gracioso éste tiene conciencia de sus facultades de donaire y de su posición, ríen los demás y él con ellos. En cierta medida, esto lo aproxima al bufón, como en algún lugar reconoce Lope (*Los nobles cómo han de ser*).

El gracioso tiene un parentesco con el bufón, esto resulta incuestionable (también el papel que el disfraz puede tener en uno y otro los aproxima). Ambos pertenecen a las formas trivializadas, o, por lo menos, mansas y domesticadas (que son, en realidad, nada más que aparentes) de la locura: una locura capaz de convivencia, y hasta de favorecer esta convivencia, y, por ende, de actuar como remedio para la enfermedad «melancólica» que los modos anormales, insanos, insuficientes de convivir con los demás pueden engendrar. Por eso, dado que la terapéutica renacentista consideraba la alegría un eficaz remedio para las enfermedades, especialmente las producidas por la soledad y otras semejantes, el gracioso, con su comunicable alegría, al modo del loco pacífico y, más aún, del loco simulado, es un remedio que los ricos llevan al lado para liberarles de males que hoy llamaríamos psicossomáticos. El gracioso tiene una razón de ser similar a la del bufón y es, como éste, un «doméstico».

—En esa misma línea está la aproximación del gracioso y el loco. Este es un tema que alguna vez ha sido estudiado, aunque sin relacionarlo debidamente con el carácter de la locura y la apelación a la función social de la misma en el Renacimiento<sup>49</sup>. Lope, en *Los comedadores de*

Córdoba, en *El poder vencido y amor premiado*, en *La Nina de Plata*, se sirve de esa aproximación. En *La sortija del olvido* es el propio gracioso quien reivindica su «libertad y locura». Hasta en *El pintor de su deshonor* de Calderón se observa esa conexión. Sin embargo, no olvidemos que, frente al carácter caricaturesco que algunos críticos, con manifiesta desnaturalización del tipo han querido señalar, otros han hecho de él la figura del *bon sens*, del «buen sentido» como «sentido común»: «il est le bons sens qui corrige les folies et les enthousiasmes, il rapelle la verité humaine en présence des excès et des monstruosités»<sup>50</sup>.

Recordemos, en relación con esto, un pasaje de Lope en *La dama boba* (acto III):

«—Pocas veces de los necios  
se hacen los locos, señor.

—Pues ¿de quién?

De los discretos;  
porque de diversas causas  
nacen efectos diversos.

Es más, Montesinos sostuvo con mucha razón que de entre los graciosos «una gran parte de los caracteres señalados no son en sí cómicos. La figura del donaire resume una psicología que sólo algunas veces, al prolongar caricaturescamente los rasgos, puede hacer reír»; normalmente, incluso, «la figura del donaire no es exclusivamente donairoso»<sup>51</sup>. Esto nos hace ver que los elementos bufonescos, si los hay, los resortes de locura que se hacen resaltar, se utilizan como recursos de comicidad y ésta se mantiene siempre dentro de unos límites que, de sobrepasarse en el caso del gracioso, no sólo perturbaría la figura del mismo, sino que impedirían su papel social. También Freud señaló que el placer cómico requiere la comunicación social<sup>52</sup>. Pero para esto hace falta una medida que lo haga asimilable por los demás. Tal aspecto se ve mucho más acusado en el caso del gracioso, porque forzosamente se ha de mantener en la medida del carácter social de lo cómico, a fin de poder hacer servir a éste, con la mayor eficacia posible, precisamente para incrementar la solidaridad a través de los diferentes, o más aún, de los opuestos intereses sociales.

El gracioso es cobarde, pero en un momento dado saca las armas en defensa de su señor; el gracioso es avariento, pero en un momento dado, emplea sus monedas dándolas a su amo; el gracioso es glotón, pero pasa hambre para buen resultado de algún deseo de quien le manda; él puede parecer loco, pero si rompe con ello la barrera social de incomunicación entre estamentos altos y bajos, puede poner a favor del joven rico al que acompaña la sabiduría popular que se le ha comunicado, a modo de una posesión innata, por la tradición de su pertenencia al pueblo (desde ella, puede, en un momento extremo, calificar, inversa y correlativamente, de locura el comportamiento de su amo —ejemplo, en *Porfiar hasta morir*).

¿Qué resulta de ello? Recordemos unos versos del gracioso en la comedia lopesca *El poder vencido y amor premiado* (acto III):

—«Pobre nació y he de ser  
pobre hasta dar el tributo  
que da el nacer al morir.»

Ya que se encuentra uno en un mundo cuyas condiciones, para las gentes del bajo pueblo, no son nada favorables; ya que el trabajo mecánico no es fácil de hallar y además está tan mal considerado; ya que la única salida que en buena razón queda es el «servicio», con todos sus aspectos poco gratos, sin que en ningún caso haya que contar con cauces de movilidad social, estancados sin razonable esperanza de que fluyan, lo más conveniente es aceptar entrar a servir a un señor. Y dentro de esto, la fórmula más gozosa, más ventajosa, es asumir el papel de gracioso, esto es el de servir con buen humor, con gentil donaire (obsérvese el valor positivo de la expresión que empleara Lope, para definir por primera vez el papel del «gracioso»). También lo dice más tarde *Estebanillo González*, que entre los pícaros es el tipo más adulterado, tal vez el único que con gusto asume en más de una ocasión, desde el marco de la novela picaresca, los papeles de gracioso y aun de bufón: «No hay ley ni razón que obligue a ser grave a quien ha menester servir y agradar para no morir de hambre»<sup>53</sup>. Al reír y hacer reír, al servir asumiendo la figura del donaire, se integra en una sociedad de la que saca las máximas ventajas posibles, dentro de los límites inamovibles de su estado.

Si se echa la suma total de ventajas y sinsabores, el gracioso se asegura la inclinación cuasi-amistosa de su amo, despierta una actitud de simpatía por parte de esa sociedad a la que pertenecen los espectadores de la comedia, con los que ríe a un tiempo, estableciendo una favorable interrelación social. Y, por su parte, sabe que siempre obtendrá mayores posibilidades de comer, de saciarse más de una vez, de recibir la generosa dádiva de un jubón, unas calzas, unas botas, de disponer de más confortable alojamiento, etc., etc., mientras goza —así lo aprecian los espíritus bien instalados en el siglo barroco— del maravilloso placer de contemplar las elevadas maneras de vida de los poderosos (acerca de la estimación de esto último en la sociedad del XVII, podríamos recurrir hasta a algunos textos de La Bruyère).

Ricardo del Arco escribió que, junto a las funciones que ejerce en relación con su amo —y con el público<sup>54</sup>—, el gracioso tiene también la de presentar en el teatro una crítica social: una crítica social en general, en la cual el sentido práctico —acaso picante— del criado a quien se le encomienda, viene a ser una especie de *vox populi*. Esta crítica podría ser interesante, porque merced a ella, el poeta nos presenta como en revista los tipos, los defectos y los vicios sociales; pero no acaba de serlo, porque tiene demasiado cuidado de presentarla como, en general de su tiempo y todos los tiempos<sup>55</sup>. Es decir, de nadie. Esa

crítica se encuentra más cerca de la sátira medieval de las *Danzas de la muerte* que de la crítica rebelde, cabe llamarla incluso revolucionaria, de grupos e individuos discrepantes del siglo xvii. (Aparte queda la crítica educativa, señalada por la doctora Scharer, orientada a la reforma de la persona, como la que pueda ejercer el padre, el maestro, el confesor, el amigo. No tiene relación ninguna con la crítica de protesta contra la sociedad, que tantos han estudiado hoy en el xvii, con la que por algunos se busca, llegado el caso, cambiar el orden, o, por lo menos, desde la posición de cínico aprovechamiento y vencida resignación del pícaro, hacer constar su inconformidad)<sup>56</sup>.

Esa crítica social, sin intención de cambiar las cosas, que ejerce con frecuencia el gracioso, tiene un valor estabilizador; al hacerla impersonal, al generalizarla, se niega que tenga razón de ser la discrepancia de algunos. Insatisfacción hay en todas partes, nos dice Lope; descontento se siente en todos los estados y dignidades; pero por eso no se puede ni hay porqué querer cambiar las cosas. Siempre el mundo quedaría igual:

—«¿Qué novedad ha de haber»

se pregunta un personaje lopesco, en *La primera información*, y la respuesta se la da acudiendo, en su versión más conservadora, a la imagen cíclica típica de la mentalidad arcaica de las sociedades tradicionales:

—«Si alguna cosa se ve,  
pensar es justo consuelo  
que da sus vueltas el cielo  
y vuelve a ser lo que fue»

La respuesta es, pues, plenamente inmovilista<sup>57</sup>. Por eso, en total congruencia con tal solución, Lope equipara las críticas contra los necios, los chismosos, los curiosos, los embaucadores, los que gastan en lujo sin tener para ello, los que irreflexivamente se casan siendo pobres, etcétera, etc., cuyos defectos podrán ser palmarios, tal vez, pero carecen de relevancia junto a los de la estructura social, bien visibles, para otros, en el «estado» de los nobles o de los ricos, reflejados en las condiciones que se dan en su tiempo. Lope equipara su crítica en todos aquellos casos, y junto a ella lanza aparte su condena más severa (*La ley ejecutada*) contra otras gentes: precisamente,

«contra los que no respetan  
a los poderosos y altos.»

E) *El pícaro como factor de desintegración en el precapitalismo barroco.*

Comparamos ahora, aunque sea muy brevemente, el perfil socio-literario del «gracioso» con el del «pícaro». En esa época que abre el

Renacimiento y en la que se descubre el valor de la risa (máximo exponente, Rabelais), se engendra otro tipo de personaje, cuyo pleno desarrollo se alcanzará, muy explícitamente, cuando llegue el período restrictivo, represivo, duro, del Barroco: me refiero al «pícaro». El pícaro ríe también, pero no ríe en comunicación integradora, sino al revés; ríe, desde su radical soledad. No ríe de chanzas, chistes, agudezas, etc.; ríe, vengativamente, de la crueldad, del engaño, del mal, y consiguientemente, del dolor que a otros ha producido, en contestación al hostigamiento lacerante con que le han cercado en la vida. Hace de la risa un instrumento desintegrador. También es la suya un fenómeno social, ciertamente, pero en la forma revertida de ser antisocial.

En una sociedad en la que al trabajo mecánico, sus condiciones materiales y su descalificación legal, lo hacen repudiable para todo aquel que tiene ocasión de rechazarlo; en una sociedad en la que, por muy ampliamente difundido que se halle, el régimen de servir encuentra cerrados todos los accesos a un mejoramiento que abra las puertas a un estadio de mejor consideración económica y social, se comprende que aquellos que sienten bullir dentro de sí las energías individualistas removidas con la época de la modernidad, en ciertos casos, se lo juegan todo a una carta, con tal de no servir, y, claro está, tampoco de no trabajar vilmente.

En la España de la segunda mitad del *xvi* y de la primera mitad del *xvii*, el desarrollo de las energías individualistas que el rápido crecimiento de movilidad horizontal (desplazamientos de lugar y de profesión) había despertado, impulsó a muchos —y el hecho está documentalmente probado— a abandonar su medio familiar. Los excedentes demográficos no absorbidos provocaron una ola de bandidismo (fenómeno común a toda la cuenca del Mediterráneo) o lanzaron sobre las ciudades una turba de gentes desarraigadas (los «desgarrados» los llama Cervantes), entre los cuales, como sucede siempre en tales casos, se produjo un incremento grande de la desviación social, un número alarmante de modos de comportamiento anímico, reveladores de una radical disconformidad.

Claro está que lo que menos se le ocurre al que ha abandonado su medio familiar, por insumisión al sistema establecido, cuyo puesto rechaza, es entrar regularmente a servir. Puede suceder que, fuera de su ámbito, se vea forzado a tenerlo que hacer —pero lo hace sin atenerse a la moral del oficio, negándola en su fuero interno y en muchos actos externos—. Lo acepta transitoriamente y contra su voluntad. Si sirve, sirve mal, y lo que busca es acabar con ello para intentar situarse mejor y más arriba. Podemos comprobar que esta actividad se va desenvolviendo de Lazarillo, a Guzmán, a Justina, a Pablos, a Teresa de Manzares, a otros más.

Desde una mentalidad tradicional, esto es un ataque al orden social: no servir, pretender librarse del peso de servir, por parte de aquellos que por herencia y destino tienen que soportarlo, era para fray Jerónimo Gracián —y con ello expresa la opinión de la sociedad estamental—

un pecado ante la ley divina y un crimen ante la ley humana, que hace de quienes en él incurren una de las especies de «ateístas» modernos<sup>58</sup>.

De todos modos, el pícaro tiene un conato de personalidad. No se somete a heredar un hueco en el «orden» que el pensamiento tradicional de la sociedad jerárquica atribuye en su origen y establecimiento a Dios. En cuanto que personalidad significa dominio sobre las propias fuerzas, dirección del propio destino, autonomía a un sistema organizado de determinaciones sociales, del pícaro lucha por ella.

Como disconforme y desviado, el pícaro no acepta un puesto social dado, protesta de que se le quiera obligar a someterse, trata de romper la malla social a la que ha nacido sujeto, cambiando de lugar y de nombre y rechazando toda definitiva instalación profesional. Es la época en que, en su culminación, Baltasar Gracián —«picaresca pura»— escribe: hay que hacerse la vida, y el pícaro quiere hacerse su vida<sup>59</sup>.

Ahora bien, como no hay más formas de vida que el repertorio de puestos sociales que el mundo entorno le ofrece —recuérdese *Simplificisimus*—: en su peregrinación por el mundo, lo que sale a probar son «estados» sociales: su problema sigue siendo el del puesto social; pero un puesto social autopropuesto y perseguido por él.

El pícaro, para hacerse a sí mismo, no quiere —sabe que no puede, porque lo contrario sería negarse a sí mismo— renunciar a elegir. La vida es elección, dirá B. Gracián. La libertad es elección, dirán Descartes, Luis de Molina. Con este planteamiento, frente a la tradición escolástica, el nuevo personaje se levantaba contra la medieval sociedad estática. Mas como nunca de un pícaro, en el reforzamiento de los resortes conservadores que el Barroco ha impuesto, han de llegar sus fuerzas a poder elegir ser o cardenal, o duque, o miembro de un alto consejo, ni tan siquiera rico o acomodado hidalgo, ni aun capitán de tropas —aunque ésta fuera para él, la esfera más abierta—, elige quedarse en las zonas fronterizas, casi delictivas, de la sociedad —Parker señaló una dirección interesante a investigar<sup>60</sup>—, y ya no podría ser a lo sumo más que criado de un cardenal, de un borócrata, de un mercader o de una entretenida, preferirá y elegirá ser ganapán, vagabundo, pícaro, ladrón si llega el caso.

Una última observación para cerrar la línea de nuestra interpretación: el tipo del gracioso aparece en el teatro precisamente en los años finales de la centuria, en los mismos en que está preparando su aparición en la novela (desde el incipiente *Lazarillo* al maduro *Guzmán*) el tipo del pícaro. Frente a las posibilidades de «desgarro», o dicho de otro modo, frente a la fuerza desintegradora del pícaro —protagonista de una nueva voluntad social, héroe del género literario, moderno y burgués, de la novela—, se opondrá el papel integrador del gracioso, esto es, del criado bajo la «figura del donaire» —placentera y simpática, para el público de su momento—. Ofreciendo este fenómeno de mera «modernización» —para decirlo con un término de la actual sociología que no queda muy alajado del caso—, el teatro cumple una vez más su función conservadora en la sociedad de la monarquía barroca.

## NOTAS

<sup>1</sup> Génesis de la figura del donaire», en *Rev. de Filología Española*, Madrid, 1941.

<sup>2</sup> «Hampa (Antropología picaresca)», Madrid, 1898.

<sup>3</sup> G. Simmel, «Sociología», Madrid, 1927, capt. IV: «La lucha».

<sup>4</sup> «La Comedia espagnole en France», París, 1900, pág. 119.

<sup>5</sup> Edición latina y trad. francesa de L. Halphen, París, 1947; pág. 3.

<sup>6</sup> «Essais sur les origines de la noblesse en France au Moyen Age», París, 1902

<sup>7</sup> Citado por Bloch-Wartburg, en el Diccionario mencionado.

<sup>8</sup> En «Los prados de León», un señor feudal, refiriéndose a los guerreros que le acompañan, a sus «conmillitones», dirá:

«... mis criados

son hombres de valor y hidalgos todos».

Relación semejante podemos observar en «Porfiria hasta morir».

Lope tenía una gran intuición para reflejar la antigua sociedad feudal. De esa tradición del «criado», no quedaba más que algún resto inerte en el lenguaje convencional de la sociedad barroca.

<sup>9</sup> «Algunas observaciones sobre la figura del donaire en el teatro de Lope de Vega», trabajo recogido en el vol. del autor *Estudios sobre Lope de Vega*, Salamanca, 1969, 2.<sup>a</sup> ed.

<sup>10</sup> Ch. D. Ley, *El gracioso en el teatro de la Península siglos (XVI-XVII)*, Madrid, 1954.

<sup>11</sup> «De vita beata», ed. de G. Bertini, en *Testi Spagnoli del secolo XV*, Turín, 1950.

<sup>12</sup> Los informes reunidos en el expediente que se empezó a formar con motivo de la indicada reivindicación, fueron publicados por Cruzada Villamil, en apéndice a su edición de los *Diálogos de la pintura*, de V. Carducho, Madrid, 1865.

<sup>13</sup> Véase mi obra *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, 1972, parte IV capt. III.

<sup>14</sup> Madrid, col. Austral, pág. 191.

<sup>15</sup> «Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II», tomo de *Provincia de Madrid*, ed. de Viñas May y R. Paz, Madrid, 1949; págs. 6, 163, 278, 369, 513, 570, 622, 693, etc. En las «relaciones» de los pueblos de otras provincias o diócesis, Toledo, Cuenca, Guadalajara, Ciudad Real, los resultados que se obtienen son los mismos.

<sup>16</sup> B. Barber, *Estratificación social*, México, 1964, pág. 146.

<sup>17</sup> Hight, *La tradición clásica*, México, 1954, págs. 426 ss.

<sup>18</sup> Citado por R. Mousmier, *Les hiérarchies sociales*, París, 1969.

<sup>19</sup> Domínguez Ortiz, *La sociedad española en el siglo XVII*, Madrid, 1963.

<sup>20</sup> A. Elorza ha publicado una colección de textos relativos a la polémica, en el siglo XVIII, sobre los «Oficios útiles», en *Rev. de Trabajo*, núm. 22.

<sup>21</sup> «La movilización de la nobleza castellana en 1640», en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 1955.

<sup>22</sup> *La cultura del Barroco*, Barcelona, 1975, págs. 118 y ss.

<sup>23</sup> Sombart, *Le Bourgeois*, París, 1926, págs. 18-19.

<sup>24</sup> T. Webber, *Teoría de la clase ociosa*, México, 1951.

<sup>25</sup> *Les trois mondes*, París, 1582, folio 47 del lib. I.

<sup>26</sup> Ob. citada en nota 19, págs. 251 ss.

<sup>27</sup> *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la República de España*, Madrid, 1600, folio 15.

<sup>28</sup> Ed. de B. Damiani, Madrid, 1969, pág. 82.

<sup>29</sup> «Comedia soldadesca», en *La Propalandia*, ed. de D. W. McPheeters, Madrid, 1973, pág. 57.

<sup>30</sup> «Mais les français et presque toutes les nations d'aujourd'hui ont cette mauvaise nature, qu'ils estiment déroger beaucoup a leur qualité de s'adonner a la culture de la terre, qui est néanmoins a peu près la seule vocation où reside l'innocence. Chacun fuyant ce noble travail... et cherchant a se faire gentilhomme aux

dépens d'autrui, Dieu ôte sa benediction et nous voyons la France remplie de gueux et de mendians de toutes espèces», citado por G. Atkinson, *Nouveaux horizons de la Renaissance française*, París, 1935, pág. 185.

<sup>31</sup> Véase mi obra y capítulo de la misma que se citan en nota 13. El pasaje de las Cortes de Toledo que acaba de ser recogido, puede verse en Colmeiro, *Cortes de León y Castilla*, t. V, págs. 856.

<sup>32</sup> «Discurso en razón de muchas cosas tocantes al bien, prosperidad, riqueza y fertilidad destos Reynos y restauración de la gente que se ha echado dellos», Madrid, 1610, pág. 16.

<sup>33</sup> *Restauración política de España*, Madrid, 1619, pág. 30.

<sup>34</sup> «Anónimo a Felipe IV», en el vol. *La Junta de Reformación*, Archivo Histórico Español, t. V, Valladolid, 1932, pág. 245.

<sup>35</sup> En sólo las tres comedias de la ed. citada en nota 28, pueden verse referencias en págs. 128, 134, 138, 145, 146, 148, 149, 150, 151, 157, 173, 175, 191, 195, 220, etc.

<sup>36</sup> Ed. de G. E. Sansone, Barcelona, 960, pág. 90.

<sup>37</sup> «Suelen remunerar muchos señores servicios de toda la vida sólo con exterior voluntad, que, aunque siendo verdadera y grande puede equivaler a las obras, es, con todo, triste cosa entre los hombres el afecto sin efecto. Apenas dan lo desechado, lo inútil, huyendo de continuo el rostro a las ocasiones de liberalidad.» Y más adelante, «razón será les paguéis a tiempos debidos sus salarios, cosa bien merecida pues por tan corto interés vende un miserable destos su libertad», Suárez de Figueroa, *El Pasajero*, ed. de Rodríguez Marín, Madrid, 1913, págs. 46 y 322.

<sup>38</sup> «Día y noche de Madrid», ed. de Correa Calderón, en *Costumbristas españoles*, t. I, Madrid, 1950.

<sup>39</sup> Ob. cit., págs. 32 y 60.

<sup>40</sup> *El curioso y sabio Alejandro, fiscal de vidas ajenas*, B. A. E., vol. XXXIII, pág. 10.

<sup>41</sup> En el vol. *La novela picaresca española*, ed. de Valbuena Prats, Madrid, 1946, pág. 617.

<sup>42</sup> *Novelas amorosas y ejemplares*, ed. de González de Amezúa, Madrid, 1948 y 1950, las citas en vol. I, pág. 300, y II, págs. 72, 217, 459.

<sup>43</sup> Machado de Silva, «Tercera parte de Guzmán de Alfarache», ed. de G. Moldenhauer, *Revue Hispanique*, LXIX, Nueva York-París, 1927, pág. 99.

<sup>44</sup> Ob. cit., pág. 24.

<sup>45</sup> Ob. cit., pág. 160.

<sup>46</sup> Véase mi prólogo a la obra de J. M. Díez-Borque, *Sociología de la comedia española del siglo XVII*, Madrid, 1976.

<sup>47</sup> Francisco de Casales, en sus «Tablas poéticas», todavía aconseja: «para la perfección de la comedia importa que todas sean personas humildes», pero añade: «podría recibir la comedia personas ilustres, como fuese en algunos episodios y no en la acción principal (ed. de B. Brancaforte, en «Clásicos castellanos, Madrid, pág. 213). En el XVII español, los señores protagonizan la comedia, pero quedan apartados de las incidencias cómicas.

<sup>48</sup> Bergson, *Le rire, Essais sur la signification du comique*, reedición de París, 1968, pág. 6.

<sup>49</sup> Véase el vol. de varios autores *La Follie*. Ese planteamiento se encuentra ya en *La lozana andaluza*: «más eso quiere un loco que no tres cuerdos, porque los locos son los que dicen las verdades», pág. 214.

<sup>50</sup> Martinenche, ob. cit., pág. 119.

<sup>51</sup> Estas limitaciones están ya previstas en las preceptivas de la *comedia nueva* y creo que tienen su fundamento en la psicología de la época.

<sup>52</sup> *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Madrid, 1969, págs. 123 ss.

<sup>53</sup> Ed. de J. Millé y Giménez, en «Clásicos castellanos», Madrid, t. II, pág. 164.

<sup>54</sup> *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, Madrid, 1942, pág. 270.

<sup>55</sup> Mucho antes de esta observación, ya F. W. Chandler había expuesto el amplio repertorio de grupos profesionales a los que alcanza la crítica de la picaresca,

a lo que añadiremos que sin pretensión de llegar por ello a un cambio estructural, pero sí poniendo de manifiesto la acritud de su acomodación. Véase, de Chandler, *La novela picaresca*, Madrid, La España moderna, s. f., cap. III.

<sup>57</sup> Antes de los que acabamos de citar, leemos estos versos, dirigidos por el viejo que aconseja con un criterio tradicional al joven que pretende dejar la aldea por la vida urbana:

«¿Qué novedad ha de haber?  
¿Presumes tú que ha de ser  
otro mundo la ciudad?»

<sup>58</sup> *Diez lamentaciones del miserable estado de los ateístas de nuestros tiempos*, Bruselas, 1611, reedición de O. Steggink, Madrid, 1959.

<sup>59</sup> Véase mi ensayo «Antropología y política en el pensamiento de Gracián», en mi vol. de *Estudios de Historia del pensamiento español*, Madrid, 1975.

<sup>60</sup> *Los pícaros en la literatura*, Madrid, 1971.

# La literatura urbana como praxis social en América latina

Alejandro Losada

## 1. INTRODUCCION

El objetivo de estas notas es la formulación de un paradigma que permita comprender el fenómeno literario latinoamericano como praxis de diversos grupos sociales en la etapa de expansión preindustrial.

Entiendo por etapa de expansión preindustrial un fenómeno económico y político, cuyos efectos multiplicadores se localizan en un ámbito específicamente urbano en lo que atañe a sus perfiles modernizantes. Comprende un ciclo más amplio y, por otro lado, uno más limitado de lo que desde un punto de vista socioeconómico se ha caracterizado como la etapa de «expansión hacia afuera», cuando se consolida institucionalmente un nuevo tipo de Estado nacional basado en los recursos de exportación primaria<sup>1</sup>. Lo propio de este período es que, si bien las nuevas naciones latinoamericanas participan en el proceso de expansión económica de la etapa industrial burguesa, no cambian su estructura tradicional ni modernizan de la misma manera sus relaciones sociales. El impacto del proceso, en cambio, se percibe localizadamente en la vida urbana, sobre todo donde se asientan las instituciones del Estado nacional, y en los estratos medios tradicionales que se incorporan a su expansión. Habrá que esperar que ese Estado tenga la suficiente posibilidad de dominar las fuentes de recursos y de desarrollar las fuerzas productivas para que su acción transforme toda la formación social<sup>2</sup>; o bien que la ciudad capital se convierta en ciudad «primada», se diferencien los sectores formándose el secundario y el terciario incorporados a la vida de la metrópoli, para que se produzcan significativos cambios cuantitativos y cualitativos que transformen la relación entre las personas y las clases, la forma en que se estructura y comunica la sociedad, las actitudes de los sujetos hacia sí mismos y hacia un mundo exterior y, en general, las funciones que puede cumplir en uno y otro contexto la producción cultural<sup>3</sup>.

Desde un punto de vista social, este período puede ser llamado como el de las culturas dependientes, en cuanto que es una producción reali-

zada por estratos medios articulados más o menos directamente a la vida del Estado y a las élites dominantes tradicionales. Se diferencia, tanto de las culturas cortesanas producidas por la misma élite dominante, como de las culturas relativamente autónomas producidas en la vida metropolitana. Estas últimas, ya sea porque se producen en función de un público anónimo que estimula la demanda como un mercado; ya sea porque se elaboran en la marginación desde una situación de proletarianización o de aislamiento aristocrático; o ya sea porque se integran a un grupo politizado que tiene un comportamiento revolucionario con respecto al sistema social vigente, se diferenciarán esencialmente de las culturas dependientes. En los tres casos —cuando el escritor produce para un público competitivo, cuando lo hace para sí mismo como un personaje aislado, o cuando se integra a un grupo revolucionario— el cambio cualitativo fundamental ha sido la ruptura de la articulación de la cultura y de sus productores con las élites que dominan el poder. Este hecho acontece precisamente cuando comienza a expandirse la metrópoli, a constituirse un Estado burocrático, empresario y represivo, a formarse, diferenciarse y ampliarse los sectores secundarios y terciarios y a padecer una crisis de legitimidad política el dominio de las antiguas oligarquías exportadoras, que no pueden afrontar el liderazgo de un inevitable proceso de industrialización que destruirá la estructura tradicional sobre la que garantizaban su dominio.

A un mayor nivel de generalidad, nuestra tesis afirma que la producción cultural urbana latinoamericana no puede ser comprendida como un hecho social si se la considera directamente referida a un punto de vista macrocultural, es decir, en aquello que tiene de semejante con la evolución literaria de los países industriales. Esto, y no otra cosa, han propuesto quienes han dividido sus procesos siguiendo el desarrollo estilístico de las literaturas de los países industriales (clasicismo, romanticismo, naturalismo, modernismo, vanguardismo, contemporánea). En este trabajo precisamente proponemos un paradigma donde al menos tres de los cuatro primeros estilos —y en algunos países los cuatro— pueden ser interpretados como distintas variaciones de un mismo fenómeno cultural (ilustración borbónica colonial, romanticismo peruano-mexicano, modernismo peruano-mexicano-chileno-argentino). Pero, por otro lado, estas notas afirman que tampoco es suficiente entenderlo como literaturas «republicanas» o «nacionales», ya que se trata de producciones de pequeñas élites ilustradas que, en coyunturas estructuralmente semejantes, intentan una praxis social en unas pocas direcciones que se repetirán sin trascenderse, hasta aproximadamente los años que siguen a la primera guerra mundial.

Desde un punto de vista específico de interpretación de la cultura, nuestra tesis afirma que ella desarrolla el comportamiento de ciertos grupos ilustrados dependientes de las élites soligárquicas, cuya característica básica es la tentativa histórica de representar la modernidad en medio de una resistente estructura social predominantemente tradicional. Estas literaturas representan las diversas actitudes de clientelazgo, de

radicalización abstracta y de coopción reprimida, que han podido desarrollar aquellas élites cuando optaron por la modernidad. Significan, en realidad, la imposibilidad que encontraron de desarrollar una cultura moderna en una vida urbana tradicional. Se dará acá otra faceta de ese choque entre estructura e historia, donde se entiende por estructura un grado relativo de desarrollo de las fuerzas productivas, un determinado modo de producción y un específico patrón de relaciones sociales y de distribución, en el que participan estos grupos productores de cultura; y se entiende por historia los diversos comportamientos y proyectos de cada una de las clases y fracciones de clase, posibilitados por aquella estructura social. La cultura, en la mayoría de los casos, será producida por un pequeño grupo que es una fracción de los llamados estratos medios tradicionales, es decir de aquellos sectores dedicados a la administración, las profesiones liberales y los servicios —sobre todo educativos y artísticos— en una sociedad estructurada rígidamente, en una ciudad cuya vida está determinada en función de las élites y no de otros sectores medios o industriales. En estas notas la cultura será estudiada simultáneamente, como un resultado de la ampliación y dinamización muy relativa de aquella estructura tradicional —que gracias a la expansión de la exportación introduce perezosamente algunos rasgos de la modernidad; y cómo el comportamiento de los sectores medios, que tratan de ampliar esa modernidad y, finalmente, chocan contra los estrechos límites tradicionales donde les está permitido desarrollarla.

La base para la formulación de este paradigma será el estudio de la literatura romántica como praxis social en la primera etapa de afirmación de la República del Perú, tal como se encuentra desarrollada en la obra de Jorge Basadre. Posteriormente, discutiré sus planteos comparándolos con otros casos más amplios, para formular al final el paradigma básico que permita la comprensión de la cultura latinoamericana dependiente de las oligarquías exportadoras como praxis de diversos grupos sociales.

En la obra de Basadre, al nivel más aparente, el romanticismo es la expresión artística de unas pocas docenas de jóvenes en medio de una intensa vida urbana. Nace vinculado a los nuevos centros de enseñanza, al modernizado espectáculo artístico teatral, al cultivo de un nuevo patrón de prestigio social, a la expansión de las actitudes y las doctrinas más radicales de España y Francia en los nuevos países latinoamericanos y a la primera generación ilustrada que ha crecido, se ha formado y se ha incorporado a la élite social durante la afirmación de la República. Se desarrolla acompañando el proceso de autoconsolidación, de diferenciación social y de lucha por su lugar en la sociedad de esa juventud, constituyendo uno de los principales canales por donde pueden desarrollar su comportamiento social. Finalmente, se consolida, después de quince años, como uno de los rasgos principales de aquella generación, condensando un aspecto de la personalidad social que ha producido la específica experiencia republicana.

Sin embargo, a un nivel más general, el mismo hecho aparece articulado a otros dos fenómenos que, aparentemente, tendrían poca rela-

ción con la cultura. Por un lado, como un efecto del proceso general de expansión económica y de consolidación institucional de la nueva nación. Y, por otro, como un comportamiento de aquella generación con respecto a los principales actores sociales de su tiempo. Por lo tanto, el movimiento romántico puede ser estudiado como uno de los tantos fenómenos dependientes de un cambio importante a nivel estructural; puede ser interpretado como uno de los aspectos donde se plantean las contradicciones, las alianzas o la integración entre diversos actores sociales; y se lo puede considerar en referencia a la propia generación productora. En el primer caso, el intérprete se mueve a nivel estructural. En el segundo, a nivel histórico inmediato de la dinámica social permitida por aquella estructura. Y, en el tercero, al nivel inmanente de una conciencia social. Aludiremos brevemente a cada uno de los tres aspectos, tal como se pueden percibir en la obra de Basadre.

## 2. EL NIVEL ESTRUCTURAL

Desde un punto de vista estructural, Basadre describe el período como el momento en que se diseña un nuevo orden social que en parte reemplaza y en parte continúa el orden colonial<sup>4</sup>. Este hecho nos permite articular el proceso de producción literaria con una formación social concreta, de manera que podamos diferenciarlo de otros movimientos románticos que produjeron los países industriales, los países europeos periféricos y otras nuevas naciones latinoamericanas. Los dos hechos relevantes que diferencian este ciclo del anterior son un nuevo modo de articulación y expansión económica asociada a los países industriales y la constitución política de la nación. En este último aspecto, el caso peruano podría ser considerado como semejante al resto de los países de la región. Pero un rasgo fundamental que caracteriza esta etapa de desarrollo se dará en el Río de la Plata o en México sólo algunas décadas más tarde: la reconstrucción del aparato productivo y el acelerado aumento de los recursos del Estado en base a la exportación de productos colocados en los mercados internacionales. Este período, que ha sido llamado de «expansión hacia afuera»<sup>5</sup> vivirá un intenso proceso de modernización social, consolidación del Estado, estabilización de un régimen político basado en algún tipo de participación restringida, la afirmación de la ciudad primada, la asociación al capital internacional comercial y financiero, la mayor demanda de bienes y servicios y, finalmente, la formación de un excedente que se volcará en el orden del bienestar y de la cultura, teniendo en cuenta el efecto de demostración europeo. Todo ello implicará la aceleración del proceso de urbanización, una mayor ampliación del sector terciario, el aumento relativo de la movilidad social y la incorporación limitada de estratos medios a la burocracia, el comercio, la política y la cultura, acompañando un proceso amplio de institucionalización.

Lo que queremos hacer notar es que el romanticismo en el Perú se producirá en una circunstancia estructuralmente similar y con características internas semejantes al modernismo en el Río de la Plata, en Chile o en México. Uno se desarrollará entre 1840 y 1880 y, los otros, entre 1890 y 1910. De manera que el factor fundamental para determinar las características de un movimiento cultural —aun desde un punto de vista expresivo, estilístico y formal— no es la difusión que se desarrolla a partir de los países dominantes del proceso de expansión del capitalismo, sino de las posibilidades y cambios que se realizan en cada formación social. Aquel proceso económico e institucional, en el Perú y más tarde en los otros países, creará nuevas demandas ocupacionales e instituciones para formar los nuevos cuadros administrativos y profesionales, amplía un poco el proceso de participación democrática y de movilidad social, produce una relativa especialización de la cultura y da nueva importancia al talento individual y al papel que puede desarrollar la personalidad moderna en la vida social. El movimiento romántico en el Río de la Plata (1840-80), en cambio, está integrado a una matriz diferente. En el país del Pacífico se produce a partir de la expansión de la riqueza y de la consolidación del Estado y se articula a sus dinámicos. En el Río de la Plata, al contrario, es una reacción en contra de la anarquía institucional y el estancamiento económico. En un caso acompaña a un particular proceso de modernización del orden establecido y, en el otro, es una lucha contra la estaticidad del orden establecido para introducir la modernidad. En el Perú se dará como un modo de integración a la clase dirigente y, mediada por ella, a Europa; en el cono sur, en cambio, como un combate contra la clase dirigente que no quería ni podía incorporarlos, con el auxilio de las flotas y los comerciantes europeos. Una y otra situación estructural condicionarán que el romanticismo sea, en uno y en otro país, dos literaturas radicalmente diferentes. Esta es la distancia que va entre Echeverría, Mármol, Sarmiento y Hernández, por un lado, y Luis B. Cisneros, Salaverry, Felipe Pardo, Manuel A. Segura y Ricardo Palma por otro.

El hecho relevante que indica la permanencia del antiguo orden es una estructura social que, en sus componentes abrumadoramente mayoritarios, permanece subordinado a un ordenamiento rígido y jerárquico. A diferencia de como se realizó el proceso de expansión del capitalismo en los países industriales, la incorporación de esta nación a la nueva etapa del sistema no produce un fenómeno general de traslado de la población desde el sector agrícola al urbano industrial; tampoco ocasiona una ampliación significativa de las clases medias. El acceso a la propiedad y a la riqueza, al poder y al prestigio, a la administración, al comercio y a la burocracia, al clero y a la cultura, sigue restringido para un pequeño grupo que se encuentra muy cercano a la cúspide de la pirámide social. Y esta élite, a pesar del desarrollo económico relativo (el presupuesto nacional se duplica varias veces en dos décadas) sigue en su gran mayoría controlada por las pautas coloniales de producción, acumulación de capital y falta de inversiones, distribución de los ingre-

sos y los gastos, relaciones de dependencia con respecto al mercado comercial, industrial y financiero externo, relaciones de clientela, de familia o de pertenencia hacia el propio estrato social. En su proyecto de modernización no se contemplaba la posibilidad de la formación de un mercado interno, la consolidación de un capitalismo nacional y de un proyecto de industrialización que podría romper aquel rígido orden social<sup>6</sup>.

Actualmente es casi un lugar común en el análisis de las causas del subdesarrollo de los países latinoamericano el hecho de que se vincule la persistencia del orden tradicional con la dependencia económica, es decir, con un tipo de economía articulada al orden capitalista industrial como productora de productos primarios exportables. Esta situación dejaría a las élites modernizadoras encerradas en una doble limitación. Externamente, se mantendrán dependientes del mercado y del capital internacional, sin poder reestructurar suficientemente la formación social nacional. Internamente, tenderán a consolidar aquella estructura social rígida, según pautas señoriales de la colonia<sup>7</sup>. Este hecho se produce de una manera más crítica en aquellos países donde el nuevo proceso productivo se organiza en base a la existencia anterior de una fuerza de trabajo amplia, organizada y sometida, ya se trate de las culturas amerindias, del Brasil o del sur de los Estados Unidos. Se encontrará, en cambio, mitigado en aquellas otras regiones donde la nueva producción obedece a una planificación empresarial (*pioneers*), en base a la inmigración o a la contratación de una fuerza libre de trabajo<sup>8</sup>, como es el caso de los países del Atlántico. De allí que en el Perú el proceso tienda a consolidar las pautas dominantes de la colonia, donde existía con anterioridad un patrón de comportamiento señorial basado en la explotación de la propiedad de la tierra y de una mesa de trabajo organizada, articulada a un Estado que consolidaba los privilegios desde el exterior: era una estructura patriarcal, donde la élite dominante ponía todo su empeño para diferenciarse de la masa de la población, consolidar su privilegio con signos culturales de prestigio, emitiendo una especie de veto hacia la participación en los bienes del sistema por parte de las otras clases y razas<sup>9</sup>. Por otro lado, la situación del Perú recuerda aquella otra manera en que se diferencia el desarrollo económico dependiente, ya sea que se realice a partir del control nacional de la producción o bien se lleve a cabo a partir de una economía de enclave<sup>10</sup>. En el primer caso, la élite se convierte en empresarial, tiende a tomar en sus manos las decisiones que se refieren a la inversión y el control de la producción, procura formar un Estado nacional que subordine las fuentes de capital y los recursos a su propio interés y, por consecuencia, produce un dinamismo que hace imposible mantener una estructura social tradicional. En el caso de la economía de enclave, en cambio, la élite tiende a convertirse más en intermediaria y administradora que en empresaria, no asientan su dominio sobre el control de un nuevo sistema productivo que aproveche todas las fuentes de recursos físicos y humanos de su territorio, mantiene las funciones tradicionales del Estado, donde más se trata de distribuir

y gratificar a la clase privilegiada que de transformar y dinamizar la sociedad, tiende a aislarse tanto de los dirigentes regionales, que basan su poder en la hacienda tradicional, como de la masa del pueblo, y cada vez más se diferencia de la mayoría. El resultado último de este proceso de enclave es que, al cabo de algunas décadas, se ha constituido una oligarquía urbana modernizada en base al usufructo de los recursos del enclave disfrutados como un privilegio o una renta señorial, a cuyo alrededor se han incorporado pequeños estratos sociales dedicados a la administración, los negocios, la burocracia, la milicia y la cultura.

El hecho decisivo que queremos hacer notar se refiere a la posibilidad que tendrán los estratos medios modernizadores, en medio de este panorama estructural, para proponerse objetivos revolucionarios que destruyan la estructura tradicional. Su espacio será la ciudad de Lima, es decir un centro cultural y administrativo que alrededor de 1840 tenía aproximadamente 50.000 habitantes, entre los cuales se contaban un tercio de blancos, un millar de clérigos y religiosos, 10.000 entre esclavos e indios y otro tercio de castas intermedias. A finales de la década del cuarenta todo el grupo activo dominante sostenía un periódico por suscripción —*El Comercio*— y ellas no llegaban al millar. Así, Luis Benjamín Cisneros (1864) podrá hablar de las 2.400 familias decentes que componen la sociedad limeña. En esta isla constituida por el influjo de un Estado en expansión, ¿qué tipo de metas, qué problemas y qué comportamientos estarán permitidos para una pequeña burguesía profesional que quiere representar la modernidad?

Comparando la situación del mismo grupo en el Río de la Plata, el contraste se manifiesta claramente. Unos y otros se ven arrastrados a dos proyectos sociales y culturales diferentes que, al final del proceso, llevarán a unos a ser cooptados y asimilados a la clase dominante modernizadora y, a otros, a la revolución para destruirla y suplantarla. Por esta razón, cuando a continuación resumamos el intenso dinamismo social y político donde chocan diversos actores a lo largo del período, tal como aparece en la *Historia* de Basadre, debe ser interpretado como un juego social posible, muy limitado, dentro de las estrechas alternativas permitidas por esta rígida realidad estructural. Porque ese comportamiento, a muy mediano plazo, estará condicionado por esas características del proceso de institucionalización y modernización realizado a partir de una economía de enclave, en medio de una sociedad tradicional predominantemente agrícola, donde se encuentra sometida una enorme masa indígena. En esta matriz básica los nuevos productores de cultura pertenecientes a los estratos medios, a pesar de todos sus programas radicales, sólo podrán hacer planteos individualistas y abstractos y terminarán reprimiendo todas sus expectativas al hecho de que ellos se identifican con ese puñado de dirigentes que usufructúan los privilegios, y se diferencian de la masa tradicional de su sociedad. Para decirlo en una palabra, el hecho de que ésta sea una cultura dependiente de su integración a los grupos tradicionales de poder ocasionará que sus productores reduzcan su horizonte al de la élite dominante. El intelectual parecerá

agredir, tratará de diferenciarse y se mostrará románticamente opuesto tanto a los sectores tradicionales como a las élites dominantes, pero ello no impedirá que se identifique con estas últimas y acomode sus expectativas a su proyecto histórico. Porque, en definitiva, ellos serán también los beneficiarios de los frutos de la expansión como sector que se ha incorporado a la élite y los disfruta como privilegio patrimonial. Por ello no imaginarán realmente ninguna medida eficaz que tenga un efecto estructural y transforme la rígida sociedad en que se movían, moderarán todo planteo radical a lo que le permite la permanencia del sistema e, inclusive, no les estará permitida una producción artística subjetiva que trasgreda la realidad de su incorporación a las pautas sociales de una élite dominante. Y esto influirá radicalmente, quizás como el factor más importante, en las características negativas del romanticismo y la cultura peruana republicana.

### 3. EL COMPORTAMIENTO SOCIAL

Probablemente sea posible simplificar la matriz estructural donde se desarrollará el romanticismo y, en general, toda la producción cultural republicana, entendiéndola como sujeta a una contradicción irresoluble. Los términos se oponen y se neutralizan mutuamente cuando se trata de incorporarse a un proceso de transformación económica y social que, a su vez, consolida la estructura social y las pautas de relación tradicionales; o que se esfuerza en construir un Estado nacional en base a la modernización de un enclave urbano que lo diferencia del resto de la sociedad; o que organiza instituciones democráticas fortaleciendo el privilegio y la diferenciación social. De alguna manera los términos de esa contradicción estaban presentes en la conciencia de las élites republicanas. Sin embargo, no lo estaba de la misma manera la contradicción misma. Ellos podían hablar acerca de la situación moral del indio, de la irresponsabilidad y del despilfarro de la plutocracia, de la violencia en el sistema electoral y, aun, del fracaso de la República; pero no tomaban como materia de elaboración la incoherencia que implicaba la lucha por un orden social moderno que, a su vez, tenía como condición de posibilidad la necesidad de injertarse, como un cuerpo extraño, dentro de un orden tradicional, consolidándolo y diferenciándose de él.

La experiencia social inmediata, en cambio, que se refiere al choque y a las alianzas de varios actores sociales, es la materia propia que será elaborada por la conciencia social. En este nivel es posible interpretar el romanticismo no sólo como el resultado de un condicionamiento estructural, sino como un comportamiento social; es decir, como conducta de un grupo frente a los demás grupos sociales, que tiene conciencia de sus fines, acumula y elabora el resultado social de sus acciones, reformula sus metas y explica ideológicamente su situación en el mundo.

Es posible distinguir tres tendencias en el romanticismo peruano, que se articulan a las tres etapas por las que se desarrolla el proceso de ma-

duración de la primera generación juvenil formada durante la República. Para simplificar, en otro trabajo las hemos llamado populismo ilustrado, utopía revolucionaria y aristocratismo intimista<sup>11</sup>. Señalaremos únicamente las líneas básicas por donde se desarrolla el comportamiento social de la generación. No reproduciremos, en cambio, por razones obvias<sup>12</sup>, cómo ese comportamiento se traduce en la formulación de una estética y en obras literarias.

#### a) *El populismo ilustrado*

El populismo ilustrado es un rasgo del primer momento de producción cultural de este grupo juvenil, cuando se dirige a un público urbano poco cultivado utilizando los recursos melodramáticos que pueden lograr un efecto inmediato en un sector plebeyo dominante de la cultura. El relato de Basadre muestra a este grupo adoptando las nuevas formas románticas, tratando de triunfar delante de un auditorio tradicional que ahora se apasiona por las formas europeas y «modernas» del espectáculo. Fue una producción efectista, que no se dirigía a descubrir un nuevo horizonte sino a conseguir el éxito social. Significaba, más que una tarea profesional o creadora, una búsqueda de prestigio donde la juventud pretendía ser aprobada por la clase dirigente tradicional. Las pautas de su comportamiento les estaban dictadas por la demanda de ese público urbano —vinculado al Estado— que buscaba un espectáculo novedoso y formas delicadamente trabajadas en medio de lo tremendista, lo espectacular, lo fácilmente accesible a su burda sensibilidad<sup>13</sup>. Era un nuevo proyecto artístico moderno y europeo, cuyos límites se encontraban en que, a través del éxito en la escena, podían incorporarse al grupo dirigente tradicional y usufructuar los privilegios y los beneficios de la expansión.

Esta figura puede ser comprendida en las relaciones generales de clientela en que se desarrollan las vinculaciones sociales en los grupos tradicionales. Se da acá dependencia, protección, ascenso y seguridad social por la vinculación a la élite, expectativa de participar en los beneficios del sistema gracias a un comportamiento adecuado. Lo que tiene de interesante la *Historia* de Basadre es que ese comportamiento tiene muy poco de obsecuente y cortesano, en que los actores sociales dominantes no están absorbidos por la élite tradicional y en que el proceso de sanción de la opinión pública urbana es un hecho relativamente anónimo y democrático. Esto dará a la nueva generación la sensación de que su éxito está logrado en un terreno competitivo y democrático gracias al talento. El clientelazgo, como la futura coopción, no procederá con la claridad cortesana de la colonia, sino que se hará presente por la represión inconsciente y, más adelante, por la falta de un instrumento racional adecuado para poder elaborar el significado de la experiencia social. Para decirlo en pocas palabras, creían estar en un ámbito democrático y moderno, mientras vivían integrados a un mundo tradicional y privilegiado.

Por ello, tal será el choque entre sus expectativas y la realidad social, que esta generación abandonará a los pocos años toda tentativa de dar razón —al nivel de la conciencia— de su existencia social. Si hablamos acá de clientelazgo y de coopción, estos conceptos no se podrán desprender directamente de su comportamiento consciente —que significaba precisamente lo contrario— sino de la parábola que describirá ese comportamiento dentro de los marcos estructurales que hemos descrito.

Por esta razón, si decimos que la relación más relevante que tuvo esta generación estaba condicionada por la presencia de los caudillos militares, hay que atender alguna vez a la *Historia* de Basadre para comprender qué significan en la República las palabras «caudillo» y «ejército», superando aquel estereotipo romántico creado por Sarmiento en la persona de *Facundo* (1845), que ha influido tan fuertemente toda la concepción histórica liberal y todavía sigue determinando las interpretaciones contemporáneas<sup>14</sup>. Para Basadre, los caudillos y el ejército significaron la única instancia en que, a través de un proceso de «democracia directa», se logra una cierta permanencia en la vida del Estado en el orden nacional. Desde un punto de vista social, por otro lado, son el canal por donde se pueden cumplir las aspiraciones de sectores mestizos medios para tener acceso a los privilegios de la clase dirigente; es decir, permiten un proceso restringido de democratización de la vida social. En esa época había cambiado la composición de la cúspide de la élite social, quedando desprestigiada, emigrada o vencida la antigua burocracia virreinal y la primitiva aristocracia terrateniente colonial. Ellos no sólo no representarán sus intereses, sino que se opondrán a la influencia política de los plantadores costeños, entrando en alianza con los hacendados del interior para tener poder militar. Están permanentemente rodeados de la clase pequeño-burguesa profesional, los periodistas, los ideólogos liberales y los abogados, que encuentran en ellos un acceso al poder. Por otro lado, no tienen el carisma «machista» que los hace conquistar a las masas. Antes, al contrario, tienen una relación problemática con el pueblo bajo urbano, que les presta sólo un apoyo condicionado, encontrándose desbordados más de una vez por la reacción popular o parlamentaria. Por ello es casi infantil seguir pensando a esos caudillos como absorbidos por la ambición, ya que la mayoría no pretende crear una sólida red de familias o de clientelas. Entregan el poder a sus sucesores, limitan su poder con las Asambleas o los Consejos de Estado, no se enriquecen ni se identifican con definidos intereses económicos. En este período, el caudillo más bien parece un mediador entre los diferentes grupos de presión o de poder que un sujeto que subordina todos los grupos al propio autoritarismo dominador. Si son básicamente pragmáticos no se comprende su conducta si no se los ve comprometidos, dentro de lo posible, con el proyecto de constituir una nación soberana y una sociedad algo más democrática, más moderna y más justa<sup>15</sup>.

La nueva generación no tendrá una relación directa con la clase dominante del poder del estado —militares y profesionales ilustrados—; su incorporación estará mediada por el éxito social delante de la opinión

pública urbana. Es una consagración festiva y democrática, nacida de una ovación espontánea a quienes —como Corpancho, Ricardo Palma o Luis Benjamín Cisneros— demuestran ser jóvenes de talento para poder proponer al público burdos dramas contruidos «a la manera» moderna europea. Acá también hay que superar aquella imagen de la sociedad republicana como de una élite enclaustrada en sus privilegios coloniales y reconocer que el «pueblo» urbano es realmente un nuevo actor social, presionando como opinión pública —a veces armada— para determinar el curso de los acontecimientos, oponerse a los hechos consumados o sancionarlos. Precisamente este tema es una de las constantes de la obra de Basadre. El ha mostrado cómo ese pueblo tenía ya una participación activa, como muchedumbre aulica y religiosa, como participante en el espectáculo artístico, en la fiesta ciudadana o simplemente como opinión tumultuaria, ya en la colonia. Después explica cómo se constituye con una nueva fisonomía social a partir de la Emancipación. Su comportamiento lo hace entronizar o deponer caudillos, tiende a combatir al absolutismo autoritario y provoca la caída de mandatarios (Monteagudo, Bolívar, Gamarra, Santa Cruz, Salaverry, Vivanco, Echenique), aunque a veces se identifique con los mismos. No se encuentra tampoco pasivo frente a la élite plutocrática, como se puede comprobar en la constante oposición al círculo de Echenique, que después renacerá contra el recién fundado civilismo. Es un personaje que se mueve activamente, sosteniendo una intensa vida periodística, una inusitada vida artística (teatro, poesía, ballet, ópera, conciertos, toros), una participación peligrosa en los períodos electorales, un eco al comportamiento parlamentario y una actitud imprevisible frente a los caudillos. Es frente a ese público que se expondrá la nueva generación para, con su aplauso, ganar prestigio y conseguir ser incorporada por la nueva élite dirigente mestiza. Es, como se ve, un clientelazo muy sofisticado, que se puede percibir por las evidencias de que ese público y esa élite imponen una especie de control social con su expectativa que, por otro lado, estaba estimulando la aparición de talentos que representarían la modernidad<sup>16</sup>.

La obra de Basadre permite interpretar la formación y la entrada en escena de la joven generación romántica como un fenómeno directamente articulado a estos nuevos actores sociales —clase mestiza militar e intelectual modernizante y pueblo urbano constituido en opinión—. Todos ellos vivían, en 1848, una situación diferente del pasado. Ahora se trataba de consolidar la nación, afirmar las instituciones, administrar la expansión económica, incorporarse a la modernidad. Todo ello era posible de imaginar gracias a un recurso controlado por una nueva élite social, donde los factores dominantes ya no eran la raza, la sangre, el capital o la familia, sino los caudillos militares, el grupo intelectual ilustrado y la opinión pública urbana. La nueva generación nacerá a partir de su pertenencia a esta situación todavía tan firmemente arraigada al pasado, pero decidida a incorporarse al futuro tomando el camino restringido de la modernización de la vida social de la propia élite urbana. Aquellos dirigentes verán en ellos, con declarada complacencia, su pro-

pia incorporación a la modernidad. Palma recuerda que, en su tertulia, un ministro les decía: «En el certamen del siglo, el que no alza la voz es porque nada tiene que decir. El reinado de la inteligencia se afirma en el mundo, y el hombre de verdadero talento pasa el Rubicón, dejando atrás a la aristocracia de la sangre y a la aristocracia del dinero.» Recordará, también, que casi todos ellos llegaron a figurar ventajosamente en el foro, en los Ministerios o en la diplomacia, mientras que en su época de estudiantes eran sólo «pobres de solemnidad» (1886). Más tarde, cuando maduren, estos jóvenes llegarán a despreciar al pueblo y a esa élite ignorante. Sin embargo, en este primer período, como estudiantes del colegio San Carlos o del Guadalupe, dispuestos a incorporarse al sector dirigente de su sociedad, a ganar prestigio y a asumir todos los gestos que les aseguren el éxito social, su producción tendrá todos los caracteres de una integración social, donde se cumple lo que se espera de una juventud promisoría, bajo el control de una clase tradicional que, en ellos, ve el resultado de su propia opción por dirigirse hacia la modernidad.

#### b) *El radicalismo abstracto*

Habíamos dicho que los dos rasgos característicos de este período son la expansión económica y la consolidación institucional. En su primera etapa (1845-1851) este doble movimiento clausura un proceso de anarquía social y de indefinición nacional. Su efecto más inmediato es la creación de un nuevo espacio urbano, económico y cultural, donde los actores sociales se vinculan entre sí teniendo en cuenta una agenda de cuestiones significativamente diferente de la que dominaba el horizonte de los años anteriores. Ya no se luchará a favor o en contra de la Emancipación; tampoco se discutirá la forma en que se han de constituir las nuevas naciones ni el problema más inmediato será la guerra. Hay un voto más o menos unánime por la forma que tomó la soberanía nacional después del fracaso de la Federación, y por los principios democráticos que comienzan a dominar las instituciones del Estado a partir del primer gobierno de Castilla (1845). Es decir, toma cuerpo una especie de consentimiento en un proyecto básico de modernización. Sin embargo, aceptadas la nación, sus instituciones liberales y las metas del progreso social, producida una relativa calma temporal, comienza una intensa lucha por ganar el poder político. Basadre tiene razón en indicar que, mirando en perspectiva, ésta es una época de normalidad donde los problemas son más administrativos que políticos. Pero esto no contradice que, a lo largo de toda la década del cincuenta, aquella generación todavía esté obsesionada por el problema de las revoluciones, por la anarquía y por la lucha de las facciones partidistas personalistas. Por ello quizás sería más ajustado describir este proceso como determinado por una doble tendencia donde se compaginan el consenso y la lucha. Existiría cierta unanimidad en aceptar el nuevo orden nacional, económico e institucional y en la necesidad de introducir una serie de cambios que transformarían la sociedad. Pero se dará una intensa pugna política por con-

trolar el poder del Estado y por tener en sus manos el ritmo del proceso de transformación. En esta lucha, los dos nuevos actores sociales que se enfrentarán serán la recién reconstituida plutocracia conservadora que se organiza alrededor de la figura del Presidente Echenique, y la pequeña burguesía profesional que constituye, por primera vez de manera independiente, un partido liberal. En medio de esta lucha, la generación romántica supera el primer perfil de su personalidad social, que estaba articulado a los grupos dominantes y al pueblo frívolo urbano, intentando un comportamiento político diferenciado. Las características de esta segunda tendencia, que concreta de una manera muy particular el movimiento general del romanticismo occidental, son un rasgo de las características de la lucha del partido liberal en esta sociedad tradicional. Ambos seguirán el mismo movimiento como un todo indiferenciado y ambos terminarán en el fracaso.

Los hechos dominantes del período podrían resumirse en una doble tentativa frustrada. Por un lado, los plantadores terratenientes costeños y los descendientes de la antigua nobleza virreinal tratan de beneficiarse de la creciente prosperidad del Estado, haciéndose pagar sus propiedades destruidas o los daños sufridos por las guerras. Por otro lado, el Partido Liberal trata de tomar el poder y de realizar una revolución institucional utópica. Los hechos se van sucediendo de manera anecdótica, donde el grupo de Echenique comienza a ser acusado de inmoralidad, exclusivismo y corrupción por gente de su propia clase, hasta que se hace enormemente impopular. Este grupo, por otro lado, se enfrenta a los antiguos caudillos militares (Castilla, San Román, Vivanco), que comienzan a urgir una definición de Echenique frente a una posible guerra con Bolivia. Finalmente, Echenique colabora con los grupos conservadores que desean retomar el poder que había caído en manos de los liberales en Ecuador y en Nueva Granada. En Lima se encontraban algunos liberales chilenos y se vivía una intensa efervescencia ideológica, donde se propagaban los ideales abstractos de una organización social libre, democrática, feliz y productiva nacida de una decisión constitucional. Había que tomar el poder y, por decreto, transformar la sociedad. Los caudillos hacen la revolución, los liberales los apoyan, el pueblo y la masa trabajadora (indios y esclavos) se movilizan decididamente en favor de ese movimiento que les promete la abolición de la esclavitud y del tributo y, después de una intensa lucha militar, el movimiento triunfa. Las instituciones representativas quedan en manos de los liberales, que se dedican a dictar una nueva Constitución, mientras la guerra se prolonga otro año por una lucha de facciones caudillescas. Las medidas liberales eran tan impopulares que, al poco tiempo, se habían enemistado con el clero, con los grupos medios beneficiarios de los derechos adquiridos, con el ejército y los caudillos, con la antigua plutocracia y con el pueblo urbano. Un oscuro coronel disuelve la Convención y, cuando regresa Castilla triunfante, los puede desconocer y organizar su gobierno con grupos moderados conservadores, algunos de los cuales habían sido ministros de Echenique. De esta manera, fracasando los conservadores y los liberales,

el caudillo militar aparece de nuevo tomando las riendas del Estado como un moderador pragmático que trata de mantener el poder personal pero, al mismo tiempo, busca legitimidad en su capacidad para conciliar los intereses, incorporarlos controladamente a la fusión y los beneficios del poder público y representar el papel de árbitro entre ambos.

Lo que deseo hacer notar es que, en medio de esta intensa lucha político-militar-ideológica, para un observador que se ubica en un período que abarque más o menos un siglo, más son los puntos de coincidencia que las divergencias entre los antagonistas. Acá se manifiesta esa contradicción entre conciencia histórica y limitaciones estructurales, que nos permite juzgar desde nuestra perspectiva el hecho de que esa conciencia no podía elaborar la verdadera situación en que se encontraba y se mantenía en un terreno abstracto y utópico, que define tanto al liberalismo como a esta tendencia del romanticismo peruano. El hecho básico era que había un excedente acumulado que debía ser empleado. Para decirlo con la frase de Basadre, se había llegado a la situación de un Estado rico en un país empobrecido. Unos y otros tenían, igualmente, un proyecto limitado de desarrollo económico y de organización social. Simplificando, podríamos decir que, en su visión, el lugar preferencial lo tenían los productos de exportación como fuente de recursos. Entre ellos, el Estado se desentendía del fomento de un nuevo aparato productivo y se dejaba absorber por el problema de la administración de la explotación del guano. La renta producida tenía, como primer destinatario, el aparato remozado y ampliado del propio Estado. Una parte significativa debía ser empleada en obras públicas, donde tenían preferencia los transportes y el ornato urbano. Otra parte debía estimular indirectamente la producción minera y agrícola de exportación, e invertirse en la preparación de cuadros profesionales que llenaran las funciones demandadas por la nueva etapa. Una cantidad no despreciable favorecerá la repartición más equilibrada de los beneficios y de las cargas en sectores no tradicionales, como los grupos mestizos que alguna vez habían servido en la burocracia y en el Ejército (los derechos adquiridos), los esclavos y la masa indígena (abolición de la esclavitud y del tributo). En todo el juego de organización, administración y reparto de estos recursos, el papel predominante lo debía tener el Estado. No entra en su visión una modificación de la estructura económica, un plan de desarrollo industrial, una posibilidad de dominar las fuentes de capital del interior, un plan de acumulación de riquezas para crear un capitalismo agresivo continental, una redistribución de la tierra o un mayor dominio de las fuerzas políticas o productivas.

Los problemas que discutirán los liberales tienen un doble aspecto. Por un lado, se oponen concretamente a que la plutocracia domine y se beneficie como un grupo de privilegiados de estos recursos. Pero, por otro, el plan de Echenique, que él mismo llama liberal, no era muy distinto de esa matriz general que defendía la misma generación que lo combatía<sup>17</sup>. Podían tener diferentes posiciones ideológicas y tratar de

imponer diferente ritmo a los cambios, pero unos y otros se preocupaban por la nación, la democracia, los indios y los negros y ambos limitaban su proyecto a los mismos objetivos. Para decirlo en pocas palabras, la lucha se entablaba por el modo en que se administraban y repartían los recursos, no por los objetivos de la administración. Ni unos ni otros discutieron sobre el modo de posesión de los medios de producción o sobre la modificación de la estructura social tradicional. Los problemas serán la consolidación de la deuda pública, su conversión, los negocios del guano, los adelantos de los consignatarios, los empréstitos, las obras públicas o el modo de liquidar la deuda contraída con la liberación de los esclavos. En el fondo, los liberales pensaban que ellos podían administrar esos recursos de una manera más racional, democrática y moderna y se indignaban que no se atendiera su talento. Pero en la vida cotidiana tenían ya un enorme sentido de autosuficiencia que se basaba no en que ellos fueran más capaces y más rectos que los ricos y los caudillos, sino en que representaban el progreso humano y podían realizar una sociedad ideal.

En esta época es notable el hecho de que la juventud romántica liberal extrae su identidad no del modo en que se articula a su sociedad, de los intereses que representan o del lugar privilegiado que ocupan en la estructura general, sino de un ideal específicamente literario. Era como si se sintieran diferentes, y aun los más aptos para tomar el gobierno, porque representaban ideales librescos y abstractos. Una intensa literatura politizada representa esta actitud, expuesta suficientemente por Basadre: Manuel y Francisco Bilbao, Juan Espinosa, Manuel Alvarado, Luis Benjamín Cisneros, los hermanos Gálvez o Alberto Ureta eran sobre todo ideólogos. Se habían formado en el periodismo y en la cátedra. Sus ideas mantenían una crítica institucional, se deleitaban en la retórica programática que defendía un ideario utópico y grandilocuente, como lo refleja el ensayo de Francisco Bilbao (1855) o la idea de la revolución que manifiesta la vida de Salaverry de Manuel Bilbao (1852). Propugnaban la necesidad de un Estado sin Congreso, sin sistema representativo indirecto que viciaba las elecciones, en base a comicios permanentes donde se consultaba directamente la voluntad del pueblo en cada una de las cuestiones, con un tribunado dependiente y revocable por el mismo pueblo, con la guardia nacional alerta, con un ejército minúsculo cuyos jefes debían ser nombrados por la tropa y cuyas armas nunca debían ser autorizadas a disparar contra el pueblo, con múltiples colegios, asilos, hospitales, cajas de ahorro y otras instituciones de asistencia. Con esto quiero hacer notar que existe casi una inmediata relación entre una ideología abstracta y utópica y, por otro lado, la producción intelectual liberal producida en una sociedad tradicional que se manifiesta imposible de transformar. La expansión del romanticismo y del liberalismo es un fenómeno mundial o, al menos, relacionado con las sociedades nacionales que se encuentran articuladas a la expansión del capitalismo industrial. Los grupos que lo adoptan para definir su propia identidad son ordina-

riamente de pequeña burguesía profesional. Pero el modo en que se realizará esa tendencia en una coyuntura tradicional, o en otra revolucionaria, será totalmente diferente. Los segundos, como Italia o el Río de la Plata, tomarán como materia de elaboración la propia batalla contra el orden tradicional y deberán imaginar un proyecto revolucionario alternativo, donde se edifique otro orden social. De ahí que los emigrados rioplatenses tengan en su agenda problemas como la inmigración masiva, la inversión de capitales, la erradicación de los sistemas políticos y de las clientelas tradicionales regionales, la construcción de un Estado empresario, la educación forzada, la productividad de la fuerza de trabajo tradicional y la seguridad del capital. En medio de esta lucha, el romanticismo intentará configurar la imagen de los antagonistas, atenderá al hombre popular, tomará como tema los grandes ciclos históricos de formación y destrucción del orden tradicional y será, simultáneamente, simbólico y racional, buscando, al mismo tiempo, proponer objetivos políticos concretos y movilizar las pasiones para poder alcanzarlos.

A partir de esta experiencia histórica juvenil, vivida en medio de esta inmóvil estructura social, es posible, en cambio, interpretar la ideología y el destino frustrado que le cupo a la tendencia política del romanticismo liberal en el Perú. Se caracterizará por su contenido ético y principista, utilizando una apasionada retórica revolucionaria, pero no por ello dejará de mostrarse incapaz de utilizar su aparato conceptual para intentar un análisis de la realidad social de su país o de su propio comportamiento y, por lo tanto, de formular un programa político concreto. Este desfasase entre su ideología y vivencia de lo que era la realidad, con la sociedad que ellos pensaban que estaban llamados a dirigir, origina su pronto fracaso. Y su consecuencia será el abandono de todo proyecto político independiente y una resignada retracción de la conducta social. El año posterior a la disolución de la Convención, los liberales intentan otra revolución y aun el asesinato político, debiendo emigrar. Parten los Gálvez, Ricardo Palma y Luis Benjamín Cisneros. Pero pronto los veremos nombrados representantes de su país en el extranjero y, poco más tarde, estarán nuevamente incorporados a la Administración y a los negocios. Se limitarán a colaborar a regañadientes en lo económico-administrativo, divorciados de su pueblo y bajo el dominio del mismo grupo dominante que habían combatido. Desde el punto de vista de la producción cultural, esto ocasionará también la renuncia a la actitud triunfalista frente a la realidad social y, con ello, a utilizar la razón para interpretarla, servirla y transformarla. Reprimirán todo estímulo para elaborar la experiencia histórica, no intentarán comprender la vida social, no se volcarán sobre su medio, sino que se reducirán a la interioridad. Y acá estará la razón más honda por la que las mayores creaciones de la literatura peruana republicana se negarán a nombrar o a elaborar los problemas más importantes de su experiencia social y se dirigirán, en cambio, a compensar, en la interioridad, los desencantos y las frustraciones de la vida social.

c) *El aristocraticismo intimista*

A partir de los últimos años de la década del sesenta dominará en el ambiente social limeño un nuevo espíritu preocupado por lo práctico, lo bursátil, lo atildado y, salvo momentos excepcionales, lo sedentario. Fue un ritmo aburguesado, en una situación aparentemente próspera y confiada. En 1866 se instaura la dictadura de Mariano Ignacio Prado, triunfante en la revolución nacionalista contra Pezet, con un gabinete liberal de «talentos», como lo llama Casós. El 2 de mayo, que se combate contra España, es una jornada cívica multitudinaria que deja una sensación de triunfo no sólo contra la agresión, sino contra el mismo estado de disgregación social que vivía la élite dirigente. Se instaura un reformismo progresista democrático que buscaba reordenar el sistema hacendario, moralizar la vida del Estado, reorganizar el aparato administrativo y enfrentar el grave problema económico de una posible bancarrota del Estado. Al poco tiempo se enfrenta nuevamente el Poder Ejecutivo con el Congreso Constituyente, los liberales se ven hostigados por todos aquellos que defienden sus «derechos adquiridos», por el Ejército, por los hacendados, por los propietarios de predios rústicos y urbanos y, aun, por los indios, pues todos ellos se oponen a las reformas y al nuevo sistema impositivo que intentaba sanear las fuentes de recursos del Estado. Ante el ambiente revolucionario, un ministro liberal manda a deportar a Castilla, a quien llama «el obrero más infatigable del desorden» (1867) y se da una Constitución liberal. A los primeros enfrentamientos con el Presidente, Casós pide el enjuiciamiento del Poder Ejecutivo, presenta un proyecto por el que la Asamblea reasumiría aquella facultad en la persona de su Presidente y convocaría al Ejército para defenderla, hasta que se produce la revolución de 1868, dominada por la reacción caudillesca y conservadora. En esta época termina la presión liberal que se mantuvo constante veinte años, siempre esperando dar la batalla definitiva tantas veces soñada para dominar el poder y lograr la transformación del país. El país, entonces, parece permanecer conminado por el ímpetu de la expansión económica pero, también, por el caudillismo militar y los sectores conservadores, manteniéndose la sensación de corrupción en el manejo de los negocios del Estado, usufructuados por los consignatarios del guano y los beneficiarios con una serie de prebendas conseguidas en las sucesivas revoluciones<sup>18</sup>.

Ante este panorama se consolida el abandono de las posiciones políticas y de los planteos ideológicos de los liberales y se afirma su incorporación a la élite dirigente y al mismo ritmo simultáneamente aburguesado, caudillesco y venal de esa sociedad, justificándose con la colaboración racional, administrativa o ilustrada que aportaban. Se da, por lo tanto, una adhesión a aquel proyecto básico con el que la clase dirigente, que habían combatido, imaginaba la organización de la sociedad y del Estado y el modo en que han de encarrilarse las relaciones sociales, constituyendo un grupo de profesionales, de técnicos, de diplomáticos y de artistas que no sólo no es disidente ni contestatario, sino que es la

faceta moderna donde la misma clase tradicional reconoce su propio progreso social. Esta ambigua reincorporación de los antiguos liberales produce la necesaria reacomodación ideológica y, con ella, la escisión entre la personalidad pública y privada y la referencia del nuevo arte, con nuevos lenguajes, temas y funciones, a esta última. En 1862, por ejemplo, Pedro Gálvez, el antiguo radical, regresa encandilado de la Corte de Napoleón III y se dedica a preparar un proyecto de Moneda y de Banco de emisión, depósito y descuento organizado en forma de sociedad anónima, con grandes privilegios para el Estado, colaborando con tareas de tipo administrativo y mostrando una moderación política tan manifiesta que se hace evidente que, por sobre el revolucionario del Colegio Guadalupe, ahora vive el pragmático, el realista y el administrador de los gobiernos guaneros<sup>19</sup>. Casós, a pesar de su demagogia revolucionaria en las Asambleas, abandona su escaño a cambio de un cargo en Europa en 1867. Ricardo Palma y Carlos Augusto Salaverry, apoyan la revolución de Balta y el primero es su bardo y su cronista; el segundo, su secretario, después nombrado diputado en las Cámaras. El mismo Salaverry cantó las glorias de Castilla, de Balta, del difunto Manuel Pardo, de Francisco García Calderón y publicó sus poemas gracias a una subvención del Estado, mientras cumplía una misión en Europa, en 1872. De esta época, y no de antes, es ese apoyo incondicional de los principales dirigentes de la élite dominante a la literatura —a estos poetas y esta literatura (y no del período romántico liberal)— cuando estos literatos ya pertenecían por derecho propio a la misma élite social<sup>20</sup>.

El romanticismo nació en vinculación directa con el pueblo y con la élite dirigente como un populismo ilustrado; se desarrolló articulado a la lucha del Partido Liberal como un radicalismo aristocrático; a partir del fracaso del proyecto liberal en 1858 se produce una crisis sobre su significado social. Ya no puede vincularse con el público urbano, con la clase dominante o con el partido revolucionario y toda relación con la sociedad se vuelve problemática. Se produce, entonces, una liquidación definitiva de las dos tendencias anteriores y la producción cultural se referirá predominantemente a la vida privada. Aquellas dos etapas duraron escasamente ocho años y no logran constituir una tendencia literaria dominante, crear su propia tradición y madurar hasta dar obras de suficiente relevancia estética. Esta última opción, en cambio, señala la etapa de consolidación de la literatura republicana y formula un proyecto cultural y una doctrina estética que serán reconocidas por la conciencia oficial como «la cultura peruana». Aquéllas no fueron sino tentativas de la joven generación modernizada por asumir un perfil social que terminaron en el fracaso. La modernidad no puede ser realizada vinculada a la antigua élite dirigente ni al pueblo urbano tradicional; tampoco pudieron optar por una personalidad social autónoma que, ganando el ejercicio del poder estatal, impusiera su dominio sobre la realidad nacional. La primera realización del modo de ser republicano, resultado de su opción por la democracia, por la independencia y por la articulación con la modernidad europea, se resuelve en una especie de

compromiso donde el individuo se incorpora resignado a una sociedad tradicional que no puede modificar, pero se identifica íntimamente con una modernidad que no puede tampoco representar. Y este será el perfil esencial que caracterizará a toda la producción cultural de las élites ilustradas mientras se mantengan dependientes de su incorporación a la élite dominante y no se encuentra en situación de intentar una revolución social.

Toda esta generación tuvo el problema de cuál había de ser su relación artística con la sociedad y con la experiencia de la propia individualidad. La primera solución de Cisneros (1861-1864) intentó idealizar la misma vida social limeña, que consideraba repugnante y degradada, seleccionando algunos aspectos bellos y «poéticos», frente a la evolución de un estilo aburguesado que acentuaba la misma corrupción que combatía. La solución no podía persistir alegremente como había ocurrido en los narradores franceses que escribían con la misma intención. Si se leen los poemas amorosos de Salaverry teniendo en cuenta su otra faceta laudatoria e ideologizante con los gobernantes de turno, se podrá percibir el sentido de esa interiorización sensitiva y melodiosa que ha representado el más delicado e intenso lirismo de su época<sup>21</sup>. Su poema «El héroe y el bardo» (refiriéndose a él y Balta) muestra una concepción de la función del poeta como aquel que está en un ámbito superior («Dios... / A vos os abrió el campo de la guerra... / a mí... / Vuelos para dejar la tierra / y lira para cantar ilustres hechos... / Vuestra gloria será en lo venidero / de las leyes salvar el arca santa... / Y mi gloria mayor cantar la vuestra»). Cuya función es idealizar la figura de los que detentan el poder. La misma idealización del yo, de sus sentimientos íntimos y de sus experiencias amorosas empañan la vivencia directa de la vida en una visión idílica, rítmica y armoniosa que lo encuadra en un marco alejado y le trata de insuflar un matiz de amable belleza<sup>22</sup>. Hacer poesía se convertirá —como diría Machado a propósito del Modernismo— en un idear afeites para una tarea cosmética, donde se trata de ocultar la realidad circundante y la experiencia cotidiana con un barniz de idealismo que permite soportarlos. Y de allí que no será muy difícil poder relacionar todo este modo de producción de un tipo peculiar de cultura con su más alta realización en el período modernista. Porque toda ella está soportada por esa escisión entre arte y vida social, entre cultura y vida cotidiana, entre poesía y experiencia inmediata. El modo de producción del Modernismo se consolidará cuando esta tendencia incipiente sea cultivada por profesionales de la belleza y del lenguaje que se dediquen con ahínco a la tarea de abolir la experiencia cotidiana amputando todas sus impurezas hasta convertirlas en una experiencia estética. Serán maestros en el escamoteo deliberado de todas las aristas de la realidad, aun de la propia vivencia, y expertos en el oficio artesanal que sabe encontrar palabras, ritmos, imágenes, contextos y melodías que permitan trasladarlas a una esfera distante, autónoma y casi autosuficiente del canto poético. Se tratará precisamente de suprimir aquello que entrega la vida sin negarlo, a través de un nuevo

lenguaje que la reintegra a un universo orquestal y sonoro. No habrá modo más eficaz de justificar ideológicamente el proyecto de una clase social sin nombrarla ni cantarla —que también lo hicieron— ya que se realizará en base a la escisión entre la existencia y la conciencia, refiriendo la cultura solamente a un reino ideal de belleza y procurando que no interfiera en la vida de la sociedad o del propio yo, sino que las purifique, que las transforme y las idealice<sup>23</sup>. Si tenemos en cuenta que el mismo estadio de frustración y desencanto, seguido por un similar movimiento de interiorización realizado en la marginalidad, ha dado por resultado las memorias de Pruvoneda, las de Echenique, las de Orbezo, las de Mendiburu, las de Valdivia, de Francisco Calderón, de Távara, de Lasalle o de Cáceres<sup>24</sup>, percibimos la oposición que se plantea entre todos aquellos que han apelado a la producción de la cultura para configurar su relación consigo mismos y con el mundo, y aquellos otros que la han utilizado para olvidar, compensar y ocultar esa realidad. No será al acaso, entonces, que estos poetas y escritores se puedan incorporar aproblemáticamente a la antigua élite social que compatieron y que, a su vez, esa misma élite eleve sus producciones a la categoría de la cultura oficial, los reconozca, los prestigie y los recompense, mientras aquella otra producción caiga en el olvido. Esta literatura ya no puede ser llamada legítimamente romántica sino en el sentido peyorativo que tiene este concepto para referirse al emocionalismo sensiblero referido predominantemente a la subjetividad privada. Mientras la etapa anterior, a pesar de su fijación esencialista en el pasado de la ilustración, tenía el carácter definido de un subjetivismo romántico porque significaba la configuración del individuo en su propio lenguaje como opuesto a su mundo, este subjetivismo reblandecido no es sino un vago sustituto para ciertos momentos privados que no define la personalidad burguesa que la produce. No es ya un ideal, sino una idealización forzada de lo real. No implica una relación con el mundo sino que trata de olvidar esa relación. Y si la producción de la crónica y de la costumbre ilustrada buscaba entender el medio; si la sátira pretendió agredir a la sociedad a la que inevitablemente se pertenece; si la memoria apela al recuerdo para dar coherencia a la experiencia pasada —donde se interpreta el destino individual a la luz de sus relaciones sociales y de los procesos históricos— la novela sentimental burguesa no es una explicación, no es una utopía, no es una agresión sino un compromiso, al nivel más superficial de la vida privada, con la sociedad degradada a la que resignadamente el nuevo individuo se reincorpora. Implica la renuncia a que la cultura intervenga en la historia, la renuncia a que las existencias de un espíritu insatisfecho se inmiscuyan en las relaciones sociales, la renuncia a buscar la propia identidad a partir de una problematización de la propia imagen y la renuncia a diseñar un horizonte humanizado de la existencia. Todo ello compensado con la ternura de la vida íntima y la belleza contenida en un lenguaje idealizado. Esta doctrina estética, que como se ve es una toma de posición frente a sí mismo frente a la sociedad y frente a la cultura, dominó el horizonte oficial

peruano los próximos cincuenta años y persistió aún más tarde, por ejemplo en la idea que se tuvo del fin de la enseñanza de la literatura nacional hasta hace muy poco tiempo.

#### 4. LA AUTOCONCIENCIA GENERACIONAL

En su primera etapa, el romanticismo peruano fue un espectáculo social. En la segunda, estimuló un comportamiento político. A partir del fracaso liberal se convertirá en un aristocratismo intimista, referido a la vida privada. Desde entonces, esta generación define una nueva posición social y se consolida la finalidad de su producción cultural. Sus gestos no significarán la búsqueda de prestigio como en el primer caso; tampoco se articularán a la lucha por el dominio del poder, como en el segundo; desaparecerán de su horizonte la opinión pública urbana, la relación de clientelazgo con respecto a los representantes del Estado y el apetito de poder. La cultura se convertirá así en una especie de código diferencial, propio de un sector social cultivado, que lo distingue de la misma manera que lo podría hacer un cargo burocrático, la posesión de una fortuna, la pericia profesional y una cátedra en la universidad. La cultura ya no será un puente para fundar una relación social, ni un instrumento para conseguir un objetivo político, sino una cualidad de la subjetividad. Lo más notable, sin embargo, de esta inversión, es que perderá también todo sentido afirmativo, indagatorio o crítico, y dejará de ser la proyección de una personalidad social, para reflejar solamente una crisis de identidad. No definirá al sujeto social que la produce, sino que es la tentativa por la que ese sujeto evita autodefinirse, escamotea de su conciencia su propia experiencia social y le asigna a la producción cultural la tarea de suprimirla, desfigurarla y configurarla nuevamente, trasladándola a un fingido reino de belleza, ironía, rencor o melancolía.

A partir de mediados de la década de 1860 se estabiliza la fisonomía del llamado romanticismo peruano como idealización interiorizada de la vida privada, tal como lo percibimos en el espacio cultural que presuponen las novelas de Cisneros, los poemas de Salaverry o las tradiciones de Palma. Estas obras tienen como supuesto básico la oposición entre la vida artística y la vida social, entre la cultura y la vida cotidiana. Este desenlace del movimiento no resulta imprevisible si tenemos en cuenta el marco estructural en donde debió desarrollarse este dinamismo histórico. Lo que resulta más difícil de explicar, en cambio, es la aparente contradicción entre la progresiva radicalización política y el fracaso de esta generación, por un lado, y la distinta resolución artística con que formalizó esa experiencia en el nivel del arte y de la cultura, por otro. Si esa generación luchó contra los caudillos, contra el poder clerical y contra la plutocracia; si intentó reemplazar al Ejército con las Guardias Nacionales y con la Convención; si urgió la liberación de los esclavos y luchó por la abolición del tributo y si se opuso a que las instituciones del Estado fueran administradas como una posesión patrimonial: ¿cómo

es posible que esa misma generación no dirija la reflexión sobre esa frustrada experiencia social para narrarla, explicarla o elaborarla, y defienda en cambio que la función del arte consiste en la espiritualización de los sentimientos privados y en la creación de un ámbito que obtiene su validez de su independencia de su medio social? Los párrafos anteriores nos entregan la explicación que, como hemos visto, no se encuentra solamente a nivel estructural sino que es el resultado de un comportamiento histórico en esa situación estructural.

La obra de Basandre nos permite estudiar la producción cultural como un proyecto social. No se trata sólo de obras literarias sino también de conductas, es decir, de relaciones sociales diseñadas a partir de una determinada posición en medio de una concreta formación social. A la búsqueda de prestigio en un momento de consolidación institucional y de expansión económica correspondió una producción espectacular, melodramática y efectista. El apetito de poder y la autoafirmación generacional proyectó símbolos utópicos y eligió lenguajes que le permitieran diferenciarse como grupo de los demás sectores sociales, imaginándose a sí mismos como mártires y como héroes, capaces de forzar el curso de la historia. El fracaso político significará la muerte de los ideales sociales modernizadores y, también, el vaciamiento ideológico. El comportamiento ahora estará dominado por el pragmatismo político colaboracionista que se justifica hablando del aporte de la razón en una sana administración de los negocios del Estado y, no menos, teniendo en cuenta que allí está también su propio interés económico y social. El pragmatismo desilusionado, cuando puede ser cooptado por una élite que administra una sostenida expansión económica, formula la escisión entre la vida pública y privada como dos órdenes irreconciliables y obliga a la cultura a no trasgredir sus nuevos límites. Será, por eso, una cultura cooptada, más que represiva, reprimida. La tónica cultural de la primera etapa de consolidación de la República (1860-1910) no sólo estará determinada por el subdesarrollo económico y social —éste sería el elemento estructural— sino también por el fracaso del proyecto liberal y por la coopción de la antigua clase que la asocia, la identifica con sus propios horizontes y la compromete con un proyecto de modernización limitada que les prohíbe nombrar todos los elementos que quedan fuera de su acción.

Además de aquella dimensión estructural y de este perfil histórico social, las diversas etapas del romanticismo constituyen la cambiante autoconciencia de una generación. En un primer momento, ellos se pensaron a sí mismos teniendo en cuenta el efecto que producía su comportamiento frente a las expectativas de sus jueces benevolentes, que esperaban ver en ellos el ejemplo de su propia incorporación a la modernidad. En el segundo período, la imagen con que se interpretan a sí mismos está tomada de símbolos ideales abstractos, buscando legitimar su pretensión de tomar el poder, no en el hecho de que representan concretos intereses sociales, sino aquellos elevados ideales que eran el verdadero motor de la historia. En el tercer período no se definirán en función de la élite dirigente, ni tampoco alegrarán que ellos concretizan

históricamente hechos ideales. Más bien se podría decir que, a partir de 1860, ellos se niegan a formular su propia imagen, no quieren definirse a sí mismos y se muestran incapaces de establecer una relación ingenua entre su conciencia y su experiencia social, reflejando una crisis de identidad. Ser una generación moderna, en el Perú republicano, significaba simultáneamente pertenecer y sentirse ajena a la realidad social. Desde su punto de vista ilustrado, ellos podían definir exactamente los términos de la oposición en que se debatía la coyuntura histórica, representados por una sociedad tradicional volcada hacia el pasado y una sociedad moderna europea tensionada hacia el futuro. Pero no se podían definir a sí mismo ya que, al mismo tiempo, pertenecían y eran ajenos a uno y a otro, sin poder sentirse espontáneamente identificados con ninguno de los dos. La producción romántica representa la tentativa de un grupo social para darse una personalidad social y definir la propia identidad, produciendo en sus obras diversos comportamientos para alcanzar precisos objetivos sociales. Esto es ya una cultura burguesa que ha de ser articulada, no a una raza, un tipo o una síntesis cultural, sino: (a) a una evolución estructural, donde esta producción cultural secularizada se encuentra sostenida por nuevos estratos sociales, que cumplen con ella nuevas funciones sociales; (b) a un comportamiento social de esos sectores con respecto al poder, a las clases, a las posibilidades de desarrollo histórico de su sociedad y a las funciones que puede cumplir la *propia* cultura para sostener ese comportamiento; y (c) al esfuerzo de formular una autodefinición de la propia identidad. Es por lo tanto una producción específicamente restringida a una élite ilustrada fracasada y, finalmente, cooptada por los representantes del poder.

Las características del romanticismo peruano, por lo tanto, deben ser explicadas por la imposibilidad que tuvo una élite ilustrada de desarrollar una cultura moderna en una sociedad estabilizada con pautas tradicionales —causa estructural—, en una determinada coyuntura histórica modernizante que provocó el fracaso y la coopción de la tentativa liberal —causa histórica—. No es sólo un movimiento imitativo, que tiende a parecerse a un país central. Ni es la expresión de un tipo social regional, que muestra cómo ha elaborado la fusión de razas en un nuevo medio, produciendo un nuevo tipo cultural. Es una praxis de un pequeño grupo social, donde entraron en conflicto la tentativa de imitación de la modernidad y el choque contra la realidad tradicional. Y por ello tampoco puede llamársela una literatura «nacional».

Es convincente la reiterada tesis de Basadre, donde afirma que la gesta emancipadora y las sucesivas luchas nacionales tuvieron eco multitudinario<sup>25</sup>. Esto significaría que, a nivel de la producción de la cultura, las tendencias y los productos intelectuales, ya sean las Constituciones, los periódicos, los discursos o las obras literarias, significarían la cultura de toda la nación. Las cosas, sin embargo, podrían ser planteadas de otra manera. No se trata de que la gran mayoría indígena y la ya amplia clase urbana iletrada no pudiera tener conciencia actual de todos estos

problemas sino que, en definitiva, si toda esta producción podría representar sus intereses históricos confusamente entrevistados cuando participaban en las luchas nacionales. Este argumento tendría que explicar la diversidad de intereses a los que se incorporaban y se siguieron sucesivamente incorporando hasta que la lucha toma un acento anticivilista y antioligárquico con el pierolismo costeño y, más tarde, clasista con las rebeliones indígenas y las luchas obreras de este siglo. Pero, más que eso, se trata de comprender que el movimiento por la emancipación y, después, por la organización de la República a lo largo de los últimos dos siglos, ha sido un fenómeno inducido por la revolución democrático-burguesa de los países industriales. Y si es posible decir que la nación como totalidad se articula progresivamente a ese movimiento con el inicio de la República, hay que tener en cuenta que el impacto de esa ola expansiva no es el mismo en la élite ilustrada, en la que se incorpora a parte de la antigua clase dominante y dirige los negocios del Estado, ni en la mayoría popular. El dinamismo con que se forman estas élites ilustradas, con que progresan y ascienden rápidamente a los altos niveles de la sociedad, con que se reclama su colaboración, con que se vinculan a la sociedad europea y se desvinculan de la nacional es tal, que pronto se produce un grave desfase entre ellos y su realidad social. Es en ese momento cuando se plantean con agudeza el tema de su propia identidad y de una imagen del mundo, de la historia y de sí mismos que de alguna manera elabore su experiencia social, que no es sino la manifestación, al nivel de la conciencia, del gravísimo problema de su modo de pertenencia a la sociedad nacional, a la élite dirigente y a la moderna sociedad europea. Por ello, la producción de su cultura se ve también problematizada y no puede ser directamente referida a la sociedad nacional y, tampoco, a la élite dominante, sino que ha de ser vista como la producción de un horizonte de un grupo diferenciado y sometido a graves contradicciones con su medio social<sup>26</sup>.

La producción romántica no agota la cultura del Perú republicano, ni siquiera la del sector social ilustrado. En el mismo nivel social encontramos aquellos otros que no tuvieron una experiencia ni de truífo, ni de cooperación social, y que producen la sátira, la memoria o la novela crítica. Vinculado al público urbano medio se producen la costumbre, el relato de viajes y la comedia nacional. La gran masa indígena y campesina, mientras tanto, seguía viviendo y recreando la cultura tradicional. Basadre ha tenido el mérito enorme de llamar la atención sobre toda esta producción que, en su conjunto, muestra hasta qué punto un concepto de cultura nacional que tratara de incluir la idea de síntesis armónica, de expresión de un tipo de comunidad homogénea, puede resultar inadecuado. Y muestra también el proceso de selección de los textos que puede realizar la «cultura oficial», donde se consagran como «canónicos» una serie de producciones irrelevantes, quedando en el olvido todas aquellas otras que obedecen — o pueden provocar — otro tipo de comportamiento y sustentar un diferente proyecto social.

## 5. LOS ESTRATOS MEDIOS EN LA ETAPA DE EXPANSION PREINDUSTRIAL

¿En qué matriz básica se desarrolló el comportamiento de los estratos medios ilustrados en la segunda mitad del siglo XVIII? <sup>27</sup> A partir del ascenso al trono de Carlos III (1759), comienza en el Imperio español un proceso de modernización desde arriba, que tiene su origen en una decisión política de quienes se encuentran en la cúspide de la pirámide social y es instrumentado por un programa estatal. Los dos principales objetivos eran solucionar la dependencia y el estancamiento económicos y fortalecer el poder militar. Para lograrlos, el rey escoge un cuerpo de administradores desvinculado de los intereses dominantes, que no pertenecen a los sectores privilegiados tradicionales, reclutándolo entre la baja nobleza, la clase burguesa acomodada y entre sectores medios que habían hecho carrera en el ejército, el clero o en pequeñas universidades de provincia. La ideología ilustrada de este grupo lo prepara para revisar las instituciones, sanear la administración, racionalizar la producción, fortalecer la economía del Estado y fomentar un nacionalismo económico expansivo. Cuando se comienza con las reformas se produce una oposición decidida entre quienes estaban interesados en mantener el *status quo* tradicional. A partir de entonces el programa se restringe a una serie de ajustes administrativos dentro del sistema imperial tradicional, sin dañar los intereses ni los privilegios establecidos. En medio de este cuadro global, los estratos medios tienen las siguientes posibilidades: 1) En un período de expansión y de cambios, se produce una demanda de nuevos tipos humanos para llenar nuevas necesidades y funciones. Este grupo encuentra entonces la posibilidad de ser incorporado a la élite dominante gracias a que han cumplido una «carrera» que muestra su competencia y su talento. Sin embargo, a quien sólo tenía talento y no títulos de nobleza únicamente se le abría esa posibilidad a través de la protección de un hidalgo, un noble o un personaje influyente. El talento disponible para cumplir una nueva función social se encuentra condicionado, desde un principio, por la realidad del clientelazgo. 2) La posibilidad que tienen estos nuevos estratos de desarrollar una acción se deriva del hecho previo de que existe una decisión del poder político absoluto, que tiene necesidad de llenar nuevas funciones administrativas, económicas y militares. Es decir que el programa de modernización que ellos deberán cumplir nace de una decisión «desde arriba», frente a la cual los estratos medios dependientes no tienen poder de decisión. 3) Por ello, el límite de sus posibilidades estará dictado por el sistema social en cuyo conjunto se integran y, en particular, por los sectores privilegiados que componen la élite a la que se incorporan. Ellos eran llamados para realizar algunos ajustes, no para transformar el sistema o para derrocar a las clases dominantes. Ellos vivirán esa contradicción donde se los llama para representar la modernidad dentro del horizonte de una

clase que los promueve, les pide su iniciativa, los estimula, pero, en definitiva, los constriñe como condición de sobrevivencia. Resumiendo, estos estratos, unidos al poder político, son los instrumentos de ese poder para realizar algunas reformas. Sin embargo, los condicionamientos básicos en que deberán desarrollarse nacen de su posición dentro del sistema general de estratificación, donde sólo pueden desarrollar comportamientos de clientelazgo, de radicalismo dependiente y cooptación. Serán los representantes de una modernidad limitada por un encuadre tradicional.

Germani<sup>28</sup> analiza la situación de los estratos y de las clases medias, comparando los efectos del proceso de expansión en los países industriales y en los de América Latina. Los elementos comunes a una y otra región se derivan de la similitud en cuanto a la ubicación en la estructura social global. Sin embargo, mientras el proceso se cumple en Europa a partir de una economía industrial que transforma rápidamente la organización social tradicional, en los países de economía primaria de exportación se retrasan los efectos modernizadores de la expansión. Los elementos básicos del sistema son los siguientes: 1) En la cúspide de la pirámide social se encuentran las oligarquías modernizadoras que se benefician del proceso de exportación, manteniendo el poder en base a una democracia restringida y limitando los cambios al horizonte que les permite sus propios intereses de clase. Se da acá una inversión de la situación europea, ya que los intereses de clase de una y otra región se dirigen hacia metas diferentes: la urbanización, la industrialización, la liberación de la fuerza de trabajo, la formación del sector secundario y terciario, en Europa, y a mantener la rígida estructura social tradicional y el dominio sobre la tierra, en América Latina. 2) Los estratos medios tienen una relación contradictoria con esas oligarquías. Por un lado, mantienen una actitud de oposición que tiende a ampliar el proceso de participación democrática, defender la justicia social y proponen doctrinas ideológicas más avanzadas (legales y constitucionales), llegando inclusive a liderar movimientos populares en contra de esas mismas oligarquías. Una vez incorporadas al aparato del Estado, tratarán de aplicar medidas reformistas que tocan al modo de administrar sus recursos, tendrán cierta inquietud nacionalista, tenderán a dictar leyes sociales que contemplan la situación de las clases bajas y a favorecer la movilidad social, sobre todo dando mayores oportunidades de educación. Pero, por otro lado, su lucha contra la oligarquía se limita a favorecer la democracia formal o la reforma constitucional, sin herir realmente su posición de predominio; sus pautas de prestigio los hace identificarse con esa misma oligarquía diferenciándose de la gran mayoría de abajo y teniendo con ellos actitudes paternalistas o vicarias; y el límite de sus reformas se encontrará precisamente en que nunca se plantean la posibilidad de modificar esencialmente el sistema de propiedad de los medios de producción, o la forma privilegiada en que se distribuyen los bene-

ficios y las oportunidades en una rígida estructura social. En síntesis, representan una tendencia progresista en su sentido democrático y social, luchan contra las injusticias y desean favorecer la movilidad, pero se identifican con el sistema social y con la élite dominante. Esta identificación, y la consiguiente constricción de su propio horizonte a los intereses de la clase dominante, son los rasgos más nítidos para definir que su aparente radicalización ideológica, democrática y social, termina cooptada por una élite dominante que los admite en su seno y los hace participantes de sus privilegios. Como se puede comprender, la matriz básica no ha variado esencialmente: 1) Se da acá también un movimiento de transición y de expansión, donde se crean nuevas demandas de sectores medios vinculados a la acción del Estado; 2) se realiza un programa restringido de modernización, pronunciado «desde arriba», que tiene como límite la situación privilegiada de una élite en medio de una estructura social que resiste rígidamente a los cambios; 3) El movimiento de modernización está representado por los sectores medios ilustrados que han hecho carrera gracias a su talento. Pero ellos también constituyen una élite dentro de una inmensa mayoría que no ha tenido esa posibilidad. Y aunque sean más progresistas, democráticos y tengan una mayor inquietud social que sus pares del siglo XVIII, en definitiva unos y otros se identifican con la élite dominante, y encuentran el límite de su propia actividad en el horizonte de esa élite y del mismo sistema social estratificado que no imaginan transformar, terminando incorporados a la cúspide privilegiada de la pirámide social.

Podemos volver ahora a nuestra distinción entre condicionamientos estructurales y acontecimientos históricos. No hay duda de que Basadre ha dado un importante llamado de atención, para que en adelante se evite la simplificación con que la gran mayoría de los científicos sociales aluden a la transición de la colonia a la República. Al menos para el Perú, no se puede afirmar que la independencia sólo significó una toma del poder político por parte de las élites privilegiadas criollas<sup>29</sup>. Pero, por otro lado, nos parece que esta matriz básica puede ser utilizada para trazar la parábola que, como conjunto, describe el empeoramiento de los estratos medios del período y, aún, de otros períodos siguientes que se desarrollan durante esta misma etapa hasta la aparición de los movimientos revolucionarios de clase media de los años 20 y 30 de este siglo. En este sentido, la descripción de Germani conviene más para el movimiento pierolista y para tendencias culturales como el primer indigenismo, la novela crítica urbana de principios de siglo y el modernismo, incluyendo algunos aspectos del radicalismo de González Prada. El romanticismo, en cambio, se parece más al siglo XVIII (clientelazgo, radicalización abstracta, coopción) que a la primera década del siglo XX, aunque los tres mantienen los rasgos básicos de su cultura como un comportamiento social. Inclusive, las reflexiones sobre las élites liberales que realizara el mismo Basadre<sup>30</sup>, y que después continuó realizando una y otra vez<sup>31</sup>, se acercan explícitamente a esta interpretación.

## 6. PARADIGMA DE LAS CULTURAS DEPENDIENTES DEL PODER COMO PRAXIS SOCIAL

Aprendiendo en la obra de Jorge Basadre cómo es posible interpretar un movimiento cultural como proceso histórico dentro de una determinada matriz estructural, podemos ahora formular un paradigma que permanecerá válido mientras se den las mismas condiciones. Las variables serían las siguientes:

1) Un sistema social en proceso de estructuración a causa de la expansión económica y la consolidación del poder central, incorporando sectores intermedios tradicionales a un programa restringido de modernización.

2) Una estructura social rígida, sin demasiadas posibilidades de transformación global, manteniendo el predominio de la organización tradicional.

3) Un grupo intelectual productor de cultura, identificado con la élite dominante modernizadora dentro de esa estructura tradicional, perteneciente a estratos medios también tradicionales.

En esta situación, el intelectual se mantendrá incorporado a las élites dominantes, diferenciándose del pueblo mayoritario. El romanticismo peruano será el primer movimiento republicano que mostrará cuál es la posibilidad de realizar una cultura burguesa moderna en una situación de dependencia de las élites dominantes tradicionales. No será el primer movimiento de este tipo, ya que en condiciones semejantes se produjo la cultura colonial durante la Ilustración. Ni será el último, ya que esta matriz se reproduce casi exactamente en las diversas tentativas culturales que se realizan hasta el movimiento modernista, mientras la cultura se mantenga producida en un ámbito urbano restringido y se encuentre dependiente de la oligarquía tradicional.

La permanencia de esta matriz también explicará la persistencia de las posibles variantes de esta cultura específica, articuladas a las posibles actitudes que le está permitido tomar al estrato intelectual medio frente al poder, frente a las posibilidades de desarrollo histórico y frente a las diversas clases de su sociedad. Ellas son las siguientes:

a) Cuando predomina una situación de clientelazgo dependiente, la tendencia a producir una cultura «moderna» de tipo aproblemático, efectista y espectacular, que llame la atención a la sensibilidad del público sin cuestionarlo.

b) Cuando se intenta asumir una actitud de independencia, se trata de producir actitudes radicales, críticas, contestatarias, utilizando la prédica emotiva más cercana a la retórica que al análisis racional, buscando escandalizar o agredir más que fundar un nuevo horizonte.

utilizando la analogía dramatizante para convencer. No intentarán, en cambio, una actitud revolucionaria donde se diseñe una alternativa real al sistema vigente, se analice la realidad social y se escoja un nuevo público desvinculado de la élite dominante.

c) Cuando este estrato se encuentre cooptado, o sea incorporado a la élite dirigente, se dará una cultura reprimida, interiorizada, referida a la vida privada, con tendencia al aristocratismo purista y espiritualista.

Estas tres tendencias básicas pueden percibirse ya en el período de la Ilustración, pero se repiten con mayor claridad en el período siguiente al romanticismo, tanto en el Perú como en los otros países que viven un proceso de expansión limitada.

La cultura dependiente dentro de esta etapa de modernización significa la cultura de la transición entre aquella cultura cortesana, estereotipada y producida por los miembros de la clase privilegiada que se dio durante la colonia; y la futura producción cultural del intelectual proletarizado, que dentro de una metrópoli que tiene una nueva estructura social diferenciada en clases y sectores, escribe de manera anónima para un público o, desdichadamente, sólo para sí mismo. Es la cultura de la modernización restringida y controlada por la élite tradicional dentro de la urbe preindustrial y que fue el rasgo más característico de los grupos intelectuales del primer período republicano. Tendrán que entrar en crisis el sistema social y el liderazgo de las élites oligárquicas privilegiadas y aristocráticas, formarse los sectores secundario y terciario, movilizarse políticamente las clases medias para que aparezcan nuevos grupos de intelectuales —esta vez tratando de articularse, no a las élites oligárquicas, sino a un cierto internacionalismo cultural y a los nuevos movimientos sociales que trataban de superar aquella situación social— para que se produzca un nuevo sistema cultural.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Gino Germani, *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1969, pág. 53; Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, siglo XXI Editores, S. A., 1971, págs. 38-53.

<sup>2</sup> Richard Newbold Adams, *Energy and Structure: A Theory of Social Power*, Austin, University of Texas Press, 1975, págs. 266-274.

<sup>3</sup> Richard P. Schaedel, «El tema central del estudio antropológico de las ciudades hispanoamericanas», *Revista de Indias*, Madrid, núm. 127-130, enero-diciembre, 1972, págs. 56-86.

<sup>4</sup> Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, 5.ª ed., Lima, Editorial Universitaria, 1968, VII-X, XXVI-XXIX.

<sup>5</sup> Germani, *op. cit.*, págs. 53-56.

<sup>6</sup> Stanley J. y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina*, 2.ª ed., México, Siglo XXI Editores, S. A., 1971.

<sup>7</sup> Theotonio dos Santos, *Dependencia y cambio social*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Socioeconómicos, Universidad de Chile, 1970.

<sup>8</sup> Richard Morse, «The Development of Urban Systems in the Americas in the Nineteenth Century», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Miami, vol. 17, núm. 1, febrero 1975, págs. 4-26.

<sup>9</sup> Sergio Bagú, *Estructura social de la colonia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1952, págs. 49-51, 72-77.

<sup>10</sup> Cardoso y Faletto, *op. cit.*, págs. 48-54.

<sup>11</sup> Alejandro Losada, *La producción romántica y la formación de la sociedad republicana (El caso peruano, 1840-1880)*, en preparación.

<sup>12</sup> Alejandro Losada, «La consolidación del romanticismo como afirmación del modo de ser de la aristocracia intelectual republicana», *Apuntes*, Lima, en prensa.

<sup>13</sup> Basadre, *op. cit.*, págs. 630-634.

<sup>14</sup> Eric Wolff y E. C. Hansen, «Caudillo Politics: A Structural Analysis», *Comparative Studies in Society and History*, Nueva York, vol. IX, págs. 168-179.

<sup>15</sup> Basadre, *La iniciación de la República*, Lima, F. y E. Rosay, 1929, I, 109-130; II, 411-413. *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, 2.<sup>a</sup> ed., Lima, Editorial Huascarán, 1947, pág. 238. *Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú con algunas reflexiones*, Lima, Editorial P. L. V., 1971, págs. 305-309, 401-411.

<sup>16</sup> Basadre, *La multitud, la ciudad...*, págs. 139-264; *Introducción a las bases documentales...*, págs. 311-312, 365, 403-407.

<sup>17</sup> José Rufino Echenique, *Memorias para la historia del Perú*, Lima, Editorial Huascarán, 1952, I, 196-201.

<sup>18</sup> Basadre, *Historia*, págs. 1395-1458, 1687-1703.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 1395.

<sup>20</sup> Luis Alberto Sánchez, «La literatura peruana», *Derrotero para una historia cultural del Perú*, Lima, Editorial Ediventas, S. A., 1966, págs. 960-963.

<sup>21</sup> Alberto Escobar, *Carlos A. Salaverry*, Lima, Editorial Universitaria, Biblioteca Hombres del Perú, 1966, XXXV.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 64.

<sup>23</sup> Angel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970, págs. 105-124.

<sup>24</sup> Basadre, *Introducción a las bases documentales...*, págs. 93-104.

<sup>25</sup> Basadre, *Historia*, págs. 256-274.

<sup>26</sup> Alejandro Losada, «Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, núm. 1, primer semestre 1975, págs. 39-61.


<sup>27</sup> Stein, *op. cit.*, págs. 96, 161, 177.

<sup>28</sup> Germani, *op. cit.*, págs. 218-221.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 219; Stein, pág. 156.

<sup>30</sup> Basadre, *Perú: problema y posibilidad*, Lima, F. y E. Rosay, 1931, páginas 49-104.

<sup>31</sup> Basadre, *Introducción a las bases documentales...*, pág. 185.



# FOUNDATIONS OF A SOCIOCRITICISM

## Methodological Proposals and an Application to the Case of the Buscón

(Part II) \*

Edmond Cros

*Université Paul Valéry, Montpellier  
Centre d'Etudes et de Recherches Sociocritiques*

### GENERAL METHODOLOGICAL PRINCIPLES EMPLOYED

A. 1. The sociocritical analysis of literary production proposes as its goals:

*a)* on one hand, to analyze the deep structure of texts in relation to the societal structures (socio-economic, socio-political, socio-cultural and mental structures) which determine it,

*b)* on the other hand, to bring about a simultaneous grasp of history and semantics, of history through semantics and of semantics through history, stating as our principal hypothesis that the transformations of one only reproduce the upheavals of the other.

The semantic phenomena studied will be considered throughout as specific to the text and, being such, as integral parts of its deep structure.

2. Actually, the structures of society and, consequently, their evolution (or their upheavals) are creators of meaning, inasmuch as they have repercussions on the paradigmatic axes (whose hierarchies they are liable to upset), on the lexicalisations, and on the structures of the texts, among other elements.

B. In the search for the deep structure of these texts we will allow that:

1. Similar signs can serve as vehicles for different messages; one and the same message can be transmitted with the help of different signs.

2. Consequently, the utterance is meaningful, but is not the meaning.

3. The sign is, in turn, meaningful not only through what it says but also:

— through what it is and what it transcribes,

— through the way it is combined with other signs, beyond any utterance,

— through the way in which it functions in relation to this utterance and in relation to the code.

\* La primera parte de este trabajo fue publicada en el número anterior de esta revista. El texto objeto de análisis es el comienzo del capítulo «En que se cuenta quién es y de dónde», reproducido en el número 3. (*N. del E.*)

## I. THE SIGN APART FROM THE UTTERANCE

## 1. THE LEXICAL MAP

A. *Principles employed*

1. The lexical map looks towards establishing the network of convergences of signs, not at the level of what they express, but at the level of what they are; it is not interested in the participation of the sign in the utterance, but rather in what it means in connection with other signs, independently of what the text says.

We will avoid, therefore, looking for relationships with the text before the complete establishment of the system. Only after establishing the lexical map will we raise questions about the way in which this map functions in relation to the utterance.

2. The lexical map has thus its own goal and the domain to which it applies is specific; it does not try to give a first approximation of the text which later phases of the analysis would have to deepen; nor need it confirm earlier conclusions. It can be placed at any stage of the explication and one's reading of it will be taken into consideration at the moment of drawing up the complete account of our study of the text.

3. The lexical map resolves provisionally the semantic polyvalence of the signs involved. The semantic reduction is not brought about by the content of the message, as in the case of the utterance, but by the concordance which the different signs establish among themselves. Each comparison of one sign with another reactivates certain meanings of both signs, but neutralizes the greater part of their meanings; the multiplication of these comparisons gives to the whole system a coherence of meaning which should not be confused with the coherence of meaning of the utterance.

4. We will keep in mind, in the examination of these comparisons, the eventual evolution of the semantic fields concerned and only the historically pertinent meanings will be used. This concern forces us to define beforehand the historic connotations—or anchorage points—of the text. These latter are of various kinds: historical, socio-economic, socio-political, and socio-cultural, references, levels of discourse, etc. They can be more or less immediately perceived depending on what the reader does or does not know, but they always require the establishment of tables of concordance. In the proposed passage, the expression *cristiana vieja* constitutes one of these anchorage points, which give direction to the semantic reduction of signs like *caballo* or *trabajos*, for example. These two cases allow us to perceive in a particularly clear fashion, moreover, how the changes in the social structures have repercussions in the semantic fields and, by means of these, in the paradigmatic axes. For Covarrubias, the *caballo* is essentially the instrument of the nobility, in relation to the exercise of war, as opposed to the *rocín* «o caballo viejo y cansado quales suelen ser los de los molineros y los demás de servicio que no son para cavallería de gente noble ni para la guerra». The definition which he gives of *trabajo* is even more interesting: for him the term evidently cannot designate a product, nor an operation, nor human effort applied to the production of wealth, as opposed to capital (which is the first meaning certified by the dictionary of the Real Academia), but rather

it is defined as «el *cuydado y diligencia* que ponemos en obrar alguna cosa...». Here we find admirably reflected a concept of human effort directed toward the production of the object, based on use value<sup>1</sup>.

The necessity of pointing out these connotations beforehand may not appear evident in a signed text of the Golden Age, where things are seemingly clear; we are not dealing with a problem of signature or of authentication of an author, but of knowing whether the lexical map should be established synchronically or diachronically. This necessity becomes more particularly unavoidable when we approach contemporary literary production and, among other literatures, that of Hispano-América, where the problems are doubly complicated, inasmuch as notions which bring out cultural syncretisms are added to those of epochs and of time. Let us take several examples: in a poem by Octavio Paz such as «Himno entre ruinas» (*La estación violenta*) we witness the revelation of several systems of connotations which refer first to the Golden Age on account of the slant given by explicit references to Góngora, secondly to the pre-Hispanic cultural context, and thirdly to the contemporary epoch. This requires that the lexical map be established by orienting the semantic reductions in several directions; in the framework of these diverse socio-cultural contexts I must decode a lexical item such as *agua de vida* (precious water, sacrificial blood, in Aztec thought) which establishes, consequently, diverse concordances on the level of pre-Hispanic ritual and beliefs just as much as on the level of Christian ritual and beliefs (the antonymy of water and wine, for example).

This procedure is just as indispensable when we try to define the levels of discourse, the appraisal of which can have, in certain cases, a direct influence on the establishing of lexico-semantic fields. I am thinking here of a text of Vasconcelos, «Un llamado cordial», marked by a short series of Mexicanisms in which the author speaks to his readers or listeners whom he addresses individually as *tú*, with the form *vosotros*, while we know that the plural of *tú* is expressed in Mexico by *ustedes*. So in Mexican Spanish, this transition from *ustedes* to *vosotros* indicates a highly exalted level of language. This connotation (level of discourse), derived from the discovery of a first connotation (Mexican Spanish), will help us to orient the semantic reductions in a certain direction, if such a case arises.

One could object to the validity of the lexical map, such as we have just defined it (reconstitution of a totality of signs stripped of all sign/meaning relationships to the utterance) that it is not meaningful in time and that it is an exercise of pure formalism. This map, however, recovers a diachronic perspective if one agrees, as I propose:

a) to preface the lexico-semantic groupings with a search for the kind of connotations which authorize us to clothe the sign with a meaning linked to circumstances.

b) to complete it by applying certain instruments of analysis which are apt to arise from what might constitute a transformational semantics (cf. *infra*). The latter should of course be distinguished from generative semantics in this case.

We believe that we can assert, on the other hand, that once these conditions are established the system of signs, which is autonomous with regard to the content of the text and which this phase of the analysis permits us to reconstitute, is meaningful not only in its system-to-system relationships with the utterance but even in its relationships as a system with history.

B. *The lexico-semantic fields*

a) In the following table, all the signs of the text are taken into account except possessive pronouns and adjectives, personal pronouns, prepositions and prepositional phrases, coordinating particles, and demonstratives. Their total number comes to 225, but certain ones (sixteen of them) are grouped twice, others (*tercera* and *oros*) three times. (The double and triple groupings are indicated by a \*.) This yields, as a basis for calculating the respective frequencies of the different fields, a figure of 245 occurrences.

The fields are presented in the order of decreasing importance and, as many times as possible, in the form of dialectical contracts; in this last case, the first term is the one that groups the greatest number of signs.

Certain terms do not seem to be relevant to the group which we have proposed for them. They can be connected to the group, however, through what we call derived polarizations, starting from a sign which itself belongs in the field concerned. Such is the case of *poner* and *meter* which are implied by *sacar*. Within the various fields, these terms are presented between parentheses. We have underlined those terms in the text which are affected by a negative sign (for example, *no ... cristiana*).

b) 1. *Structuration/Destruction*: (53)1.1. *Construction/destruction*: (8)

→ reedificaba, resucitaba \*, hacían, hacía, hiciere  
 desconcertadas → algebrista \*, zurcidora \*

1.2. *orthodoxy/heterodoxy*: (15)

→ Dios 2, cielo, letanía, lavatorio, cardenales, San Pedro, San Juan, San Cristóbal, resucitaba \*, angelico, creer.  
 ← cabrón, hechizar, *cristiana*.

1.3. *social order/transgression*: (30)

→ cepa \*, casado, casada, honra \*, doncellas, altos, fama \*, dinero \*, oros \*, señor, cardenales, *señoría*, damas, caballo, oficio, barbero, tundidor, sastre, algebrista \*, zurcidora \*.  
 ← alcagüeta, *tercera* \*, (navaja), sospechábase \*, probósele \*, preso, cárcel 2, azotes \*, salvo.

2. *Essence/Designation*: (50)2.1. *Enunciative function of the verb ser*: (14)

soy, fue, eran, era, era, es, era, era, (fue), ser, soy, era, era, era.

2.2. *Vocabulary of designation*: (17)

nombres, sobrenombres, nombre- se llamó, le llamasen, llamaban 2, dicen 2, diciendo, decir, dicho, diz 2, decía, se dijo, digo.

2.3. *Designated objects*: (6)

Aldonza, Diego, Andrés, Clemente, Pablo, cosa, cosas.

2.4. *Collective or personal points of view*: (11)

sospechábase \*, probósele \*, saben, celebrada, alabándomela, sé, copleros, público, honra \*, *vanagloria*, fama \*.

2.5. *Appearance*: (2)

parecer, pareció.

3. *Quantification/qualification*: (37)

→ mucho, tanta, todos 7, cuantos, unos 3, otros 3, siete, doscientos, dos, mil, primera \*, tercera \*, ninguno.  
 ← tan 2, grandes, buena, buen, malas, bien 2, cuan, niñerías, (agrado).

4. *Give/take*: (17)

→ daban, daba, dieron, diesen, dar, gracias, tenga, tuvo, faldriqueras, oros \*, dineros \*.  
 ← Sacaba, robaba, volar, levantándoles (metía, puso).

5. *The human body and its functions*: (15)

mejillas, barbas, lenguas, barba, cara 2, tuétanos, cabellos, canas, pie, ver 2, oía, bebía (agua).

6. *Family origin and geographic origin*: (14)

padre 3, madre, hija, nieta, pasados, casado \*, casada \*, hermanico, natural, cepa \*, crió, descendiente.

7. *Time*: (14)

vivió, tiempo, recién, después 2, mientras, siempre, día, años, murió, vieja \*, aún, hubo.

8. *Conformity/non-conformity*: (12)

→ mismo, tal 3, según 2, así, mientras.  
 ← casi, cerca, ajeno, encubría.

9. *Feelings*: (7)

se corría, pensamientos, sintiólo, voluntades \* 2, gustos, quiso \*.

10. *Vocabulary of card games*: (6):

bastos, oros \*, tercera \*, primera \*, flux, as

11. *Suffering/joy*: (6)

→ padecer, trabajos, azotes \*, murió \*.  
 ← risa, calamidades.

12. *Space*: (5)

Segovia, pueblo 2, ventanas, España.

13. *Movements/absence of movement*: (4)

salió, salían, acompañaron (→ trataban).

14. *Will*: (4)

quiso \*, esforzar, voluntades \* 2.

*Remarks on the formulation of these lexico-semantic fields and their presentation:*

1.1. *Algebrista* (in the sense of «bone-setter») and *zurcidora* show a breaking up of wholeness and a desire for restructuration.

1.2. *Cristiana*, which in the text is affected by a negative sign (*no ... cristiana*) is presented in the sub-field of heterodoxy and in italics.

1.3. We will single out the values (ascent, marriage, consideration, virginity, nobility, money) on which is based this social structuring of references that pertain to a society of estates: nobility, clergy, the *oficios*. To the direct references (*señor, cardenales...*), we have added signs in which these elements are equally present (*damas, caballo* → nobility).

*Sospechar* is included here inasmuch as, by convergence with *probósele*, it belongs to the vocabulary of juridical inquiry.

2.1. We are putting in parentheses the only use of *ser* as an auxiliary verb.

2.2. *Cosa* is an empty form of designation which may be clothed at any moment with a variable content according to the context. It thus belongs to this group.

2.5. In this network of signs, *parecer* expresses the failure of the attempt at designation.

3. *Agrado* could be grouped equally well with the social values. We consider it here as an indication of qualitative valuation.

4. *Oros*, along with *tercera*, is the only sign that is grouped under three different series. *Meter* does not apply to this field except insofar as it is a correlative sign to *sacar*; one can speak here of derived polarization, as in the case (cf. below, 6) of *agua* (< *beber*).

8. The formulation of this field may be surprising; we are really taking into account concepts of identity (*mismo, tal* ←  $\text{VS}$  → *ajeno*), of temporal superposition (*mientras*), of spacial (non-) superposition (*cerca*), of conformity (*según, así*), that is, of the expression of the presence or absence of deviation in relation to entities or norms. In this group, *encubrir* describes an action productive of deviation. We could have added the occurrences of *aunque*, in opposition to *según*; it seems, as we shall see later, that these various occurrences reflect at another level the problems (problématiques) of structuration and of designation.

9. *Calamidades* is in italics for the same reasons as *cristiana* (1.2.).

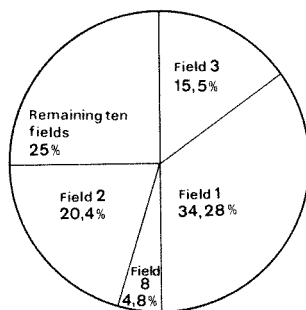
### C. A proposed reading

a) If one is only interested in the lexico-semantic fields which we are presenting under the form of dialectical contrasts, a first observation becomes unavoidable: at the level of the utterance, it is the world of social marginality and religious heterodoxy which we find represented and denounced; on the other hand, the lexical map shows a clear imbalance to the detriment of the vocabulary of transgression (5/1; 12/3). This remark applies to other domains; the vocabulary of suffering outweighs that of joy (4/2) in a text with a burlesque bent; the criteria of value give way to quantification (11/23) under the pen of an author such as Quevedo.

The lexical map thus shows an interesting distortion between the sign and the utterance, as well as a sort of system (*systematique*) which might consist in transmitting meaning, at all levels and in all domains, by means of the negative.

b) Certain fields must be grouped together: we will include in Social Order (field 1) both field 4 (Give/take) and field 6 (Family origin and geographic origin), noting the affinity between this first group and the third which puts into question (problématique) criteria of value. Field 3 may be related either to field 1 or to field 2 (cf. below).

All in all, fields 1, 2, and 3 include 146 occurrences, that is close to 60 % of the totality of signs (34, 23 %; 20,4 %; 4,8 %). (If we add field 3, we obtain 75 %).



c) We will complete the table with a recounting of the relative frequency of the repeated signs:

Used twice: casado(a), Dios, parecer, saber, cárcel, ver, pueblo, después, vieja, tener, salir, bueno, tan, bien, según, voluntades.

Used three times: padre, hacer, tal, unos, otros nombre.

Used four times: llamar.

Used five times: dar.

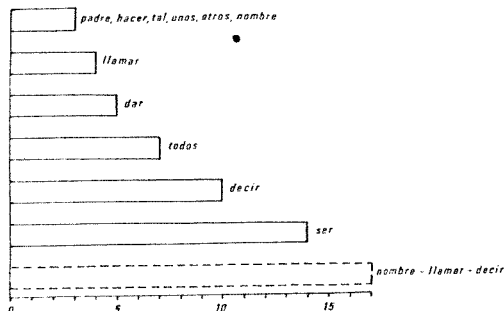
Used seven times: todos.

Used ten times: decir.

Used fourteen times: ser.

If we consider these frequencies to be significant, beginning with triplication, we will be surprised to find that, in the majority of cases, they are grouped around the axis *essence/designation* which outnumbers here the axis *structuration/de-structuration* (31/11).

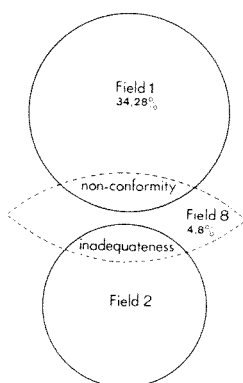
Keeping in mind the affinities that hold between *nombre, llamar, decir*, such a pattern shows the importance in the text of the problem *ser/nombre* (14↔17).



d) The data gathered in such a way are not negligible, since two large polarizations, seemingly void of all connection, share the majority of the signs and become predominant, each in its turn, according to the criteria of analysis employed.

Let us return to the way in which these two polarizations are arranged around field 3. We can observe on this head that the instability of the sign or rather its problematization in terms of inadequateness applies essentially to marginalized individuals (*barbero* → *sastre de barbas*; *alcagueta* → *zurcidora de gustos*) from whom and around whom the diffraction of the signified (*cepa*, *celebrada*, *angelico*, *robaba*, *cardenales*, *hechizada*...) is established in such a way that there seems to be written into the text a correspondence between the non-conformity of a sociological type and the inadequateness of the sign.

Can we deduce from this that there is a relationship (whose nature would still have to be specified) between phenomena of social destructuring and the re-questioning of the enunciative function of discourse, produced precisely by structures in process of transformation? If in an absolute sense this relationship seems evident, since every transformation of social structures is productive of meanings, as already stated, yet one would still have to specify its modalities, its functioning and its meaning within the whole of Quevedo's works.



## 2. LEXIAE AND FIXED SYNTAGMS

The formation of these lexico-semantic fields, however, does not completely solve the problem posed by the convergences of meaning of the signs which are independent of the utterance. In the text, let us take the example of the multiple uses of *dar* in different meanings. It is certainly not insignificant that, on the various paradigmatic axes which are evoked, it is repeatedly the solution *dar* + ... which has been employed (*Daban en decir*, *daba con el agua*, *diesen plumas*...). Thus a sort of collection of signs organizes itself, one which beyond the utterance may bring forth a complementarity at the moment of establishing the text, whether this complementarity be on the order of an antinomy or not. (The positive and negative convergences of signs involving *dar* are found in field 4 (*dar* → *gracias* but *dar*  $\overset{vs.}{\leftrightarrow}$  *robar*, *levantar*, etc.). Whence the need, to justify our present procedure, of taking apart the combinations *daban en decir*, *daba con el agua*, *diesen plumas*. Finally, this operation removes certain semantic contents (= *empeñarse*, *proyectar*, *emplumar*...), which we will have to recover at another level. This is why I propose to complete the establishment of the lexical map with the grouping of lexiae, which are characterized by the fact that the different terms which compose them do not add their respective meanings, but construct a new one. We will point out here:

- a) *soy de...*  
 (+natural *de*: simple reinforcement of the meaning)  
*daban en...*  
*daba con*  
*diesen plumas*  
 (In these cases, the preposition clothes the verb with a new meaning.)
- b) *cristiana vieja* (—————→ purity of blood)  
*malas lenguas* (—————→ slander)  
*dar plumas* (—————→ repression of witchcraft)

This first list hardly modifies at all the preceding conclusions, with a slight difference, however: *daba con...* and especially *malas lenguas* and *dar plumas* reveal an idea of repressive violence which can be grouped on one hand with field 11 (suffering/joy) and on the other hand with field I (repression of transgressions).

2. We are likewise interested in the «ready-made» expressions or fixed syntagms. The way in which these expressions are lexicalized seems really to transmit in a much more readily perceptible way the systems of social values and the alterations which they undergo, the ways of life and of socio-economic access in the environments which produce them, as well as the evolutions of mental structures. Let us take a few particularly striking examples: the progressive frequency of the use of the expressions *vieux garçon*, *vieille fille* (which tend to be used only in describing character traits and no longer in designating marital status), just like *fille-mère*. These tendencies reflect the evolution of France's concept of marriage or of virginity as social values; likewise, the French university protest movement of 1968, which questioned the principles of authority and hierarchy, has produced spontaneously certain lexicalizations grouped around a differentiation of functions (*enseignants/enseignés*), while rejecting those signs which until now described social relationships (*professeurs, maîtres, étudiants, élèves*). The latter had come to appear ideologically meaningful. This lexical schema has extended to other domains (*soignants/soignés; pénétrant/pénétré...*) but one can notice interestingly enough that the sectors involved have been those in which the problem of subjection remained most acute. Like all social movements, May 1968 has therefore produced meaning and it would not be without interest to study, on this point, how the fluctuations of these lexicalizations convey the dominant ideology of values which were challenged at one time. We may also speculate on the connection which may have existed between the crisis of colonialism and the expression «...à part entière» which, originating in a famous political speech, was spontaneously applied to other domains than that from which it sprang... Let us consider other epochs and other structures: the expression «*piso principal*» which is not registered by Covarrubias but which is found in the *Diccionario de autoridades*, seems to correspond to an early stage of urban expansion in Spain where, restricted within the old city limits, the «bourgeoisie» opt for segregation of a vertical type before exploring the possibilities of horizontal social segregation. *Piso principal* (the noble floor, etymologically) bears witness even in our own day, in the same right as the type of architecture it continues to describe, to a determinate phase in the history of modern urbanism and, beyond this history, through a series of linked causes and effects to certain upheavals of the socio-economic structures of the period.

In addition, we are interested in the following fact: that the way these expressions are often delexicalized only to be relexicalized under new forms within a text and that in doing so they are clearly affected by the deep structures of the text, all this sheds light on the criteria of selection which the message performs on the paradigmatic axes when it becomes established.

For clarity's sake, I will consider quickly here an example drawn from *Guzmán de Alfarache*: when in a given text (which I have analyzed elsewhere) I discover that the fixed syntagm *pedras preciosas* becomes delexicalized under the form «*pedras de precio*», I believe it is permissible to say that this change, by blurring the virtualities of metaphoric meanings of the original expression, restores all its semic fullness to *precio* and makes the concept of an exchange value stand out. If we then speculate on the deep causes of such a transformation, we may make converging remarks along several lines, observing that, on the paradigmatic axes called for, the text has repeatedly used a similar solution. But these similar solutions show how a criterion of selection has been operating, a criterion imposed by a certain type of discourse which refers to the mental structure of the mercantile environment (*Estar por escrito, ser contados, guardar en fiel depósito...*). I would consequently say that, by applying principles of analysis which are prone to arise from what might constitute a transformational semantics, one can grasp the fundamental structures of a text by means of the changes which affect the lexicalizations.

But there is another category of «ready-made expressions», those which gather around a schema which itself includes a variable. The interest of these variables for socio-criticism lies in the fact that, through the slant given by these last, the different social environments adopt a linguistic schema dependent on the modes of social access which belong to them alone and thereby give it the status of discourse. I see one example of this in the following passage from the *Buscon*: «No hay para mí [*perdiz*] que se le iguale». It is conceivable that, in order to describe the excellence of an object in comparative terms, certain trans-individual subjects who are out of contact with rural life might choose differing signs which are better related to the various fields of experience which constitute their specific environments. This does not mean in any way that every adaptation of this kind is done exclusively by trans-individual subjects. This is how Quevedo, in the text we are studying, handles the schema *meter... para sacar*, where the variables he introduces [*dos de bastos, as de oros*] seem at first sight to be signs imposed by criteria of a personal nature; one can apply perspectives other than sociocritical ones to the examination of these variables. In the text under examination, must we consider *cosas* and *niñerías* as variables in «*hacían cosas sobre ella*» (in the background, *glosas*, for example) and «*por estas y otras niñerías* (instead of *razones*)?»

Whether they have been transformed or not, these different expressions, in one and the same text, can not only make up a coherent whole, but they can also have the same origin, belong to the same kind of discourse, and describe the same ideological situation. These wholes mark the text in a certain way and suggest intertextualities. Such is the case, for example, in the quotations we have taken from the above-mentioned passage of *Guzmán de Alfarache*, a passage which is held together by the development of a commonplace concerning the praise of the earth and is connected to the myth of the Golden Age. By pointing out how this mediation of mercantile discourse reorganizes from within the traditional structures which express prolongations derived from a myth, we hope to be able to grasp, on a much more general level, one of the apparent mechanisms that permit the socio-economic structures to produce meaning in the same way they intervene in the reproduction of the great myths.

It is also true in the text under consideration, where the following expressions, slightly transformed by the narrative context, can be grouped together as indications of a discourse which can be described as that of administrative and juridical investigation:

«Soy de... Mi padre se llama (-ó)... natural de... Es (fue) de oficio... Está (estuvo) casado con... hija de... nieta de...»

Does the intertextuality which thus arises concern the procedure of the investigations of common law offenses (as Gómez Moriana would have it<sup>2</sup>) or of those inquiries which are carried out upon a request for recognition of *limpieza de sangre*, as one could argue equally well? Is there not also here a game of references to signs which point equally to both these hypotheses? Personally, I would prefer to say that all of the lexicalized expressions which emerge in this way and which are ideologically marked when they constitute a system, by that very fact mark the beginning of the *Buscón* in the same way, since this series reflects the strong presence of structures of social order in the text (cf. above, the lexical map). This occurs by means of a discourse which has been transplanted in a certain sense.

To summarize, I propose to use *provisionally* the following categories of fixed syntagms, besides the *lexiae* which we have defined above:

1. those which are untransformed
2. those which are transformed
3. those containing a variable
4. those (transformed *OR* untransformed) which are organized into meaningful groups which mark the text.

This phase of the analysis will eventually be applied to the phenomena which originate from rhetoric, from the poetics of genres, and from different levels of discourse.

## II. COMBINATIONS OF SIGNS, CODE, UTTERANCE

### 1. PRINCIPLES EMPLOYED

1. Just as the text chooses signs at the moment of its establishment, it also chooses combinations of signs from the various constructions «syntactic constructions, among others) that the code suggests to it.

2. These combinations are not entirely at the service of the utterance. They are meaningful in themselves and function at an autonomous level, at which they establish their own laws and their own concordances. Therefore we will study them under this double relationship of autonomy and dependence on the utterance.

3. By reproducing the deep structures of the message under other forms, the text makes choices which in turn point more or less directly to certain social structures.

We will study here two types of combinations:

— semantic contaminations

— syntactic phenomena (so as not to make this study excessively long, we will only study them in the text of the *Buscón* and will select only two cases from this text).

A. *Semantic contaminations*

The term we have chosen may be misleading insofar as it may lead one to think that we are trying to show the eventual re-divisions which would be performed between the different lexico-semantic fields previously defined; this is not the case.

Actually, we will be interested in the relationships of identification not recognized by the code (the language) but established by the text between entities, objects, images, and various fields of human activity.

This scrutiny will allow us to list recurrences which can be seen as elements constituting a particular imaginary universe, to which we will eventually be able to apply a psychoanalytic perspective, and/or these recurrences can be seen as defining the world view of a trans-individual subject, which will draw us once again into the area of socio-criticism.

We will use as principles the notions that:

a) the totality of semantic contaminations generally comprises a coherent system which is reproduced in one and the same text according to one or more laws that are always identical.

b) this system functions in a certain way in the text.

We will distinguish here several categories:

1. *Contaminations through derivation* or false contaminations: such is the case of all «plays on words» (era de muy buena cepa, levantándoles la cara para el lavatorio, robaba las voluntades, doscientos cardenales). These do not even rest on a non-pertinence but on an unresolved polysemia of the sign or, if you wish, on the functioning of an unstabilized sign. They are contaminations of a connotative type. This first group deserves attention because it converges around the desacralization of social values (ascent, hierarchy, feelings) and religious values (liturgy, in *lavatorio*). It is to be observed that these expressions only appear as contaminations if one leaves them in their context or if one links them to the utterance.

2. I suggest that we allow two sub-groups of *contaminations*:

a) *reedificaba doncellas, resucitaba cabellos*: both of which evoke the creation or rather the re-creation of beings and objects, while noting the mechanism of inversion that designates the reproduction of the object (*cabellos*) by a sign set apart for the description of divine action and presents the resurrection of human beings (*doncellas*) in the form of a human fabrication.

b) the study of the second sub-group offers many possibilities, as seen in the following tables:

Table I

tundidor de mejillas

sastre de barbas

zurcidora de gustos

tuétanos de las faldriqueras

/algebrista de / voluntades  
desconcertadas*Creates an identity between:*craftsmanship related  
to the textile  
industry*idem**idem*

skeleton / clothing

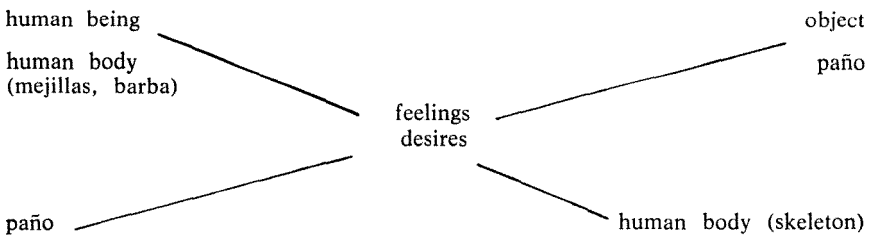
skeleton / feelings

barber's  
activity

Table II (totality of contaminations)

<p><i>The object of an implicit metaphor:</i></p> <p>mejillas                  barbas                  paño (faldriqueras)                  gustos                  voluntades                  human being (doncellas)                  object (cabellos)</p>	<p><i>The implicit metaphor:</i></p> <p>pañó                  paño                  skeleton                  paño                  skeleton                  object (stone)                  human being</p>
--	---

We then discover that all these contaminations operate in accordance with the law of systematic inversion:



Remarks: 1. I am not examining here the following expressions: *meter el dos de bastos, sacar el as de oros, tercera, primera y flux*, which I do not consider to be semantic contaminations and which I will return to later.

2. I am led to formulate a convergence point (*pañó*) for *lana, tejidos, vestidos, faldriqueras* so as to make this system (*système*) more apparent.

But the socio-critical perspective is also concerned with what these contaminations convey.

Observe the projection of textile activity into the text. This should be linked to the major situating element of the passage, *Segovia*. From this point of view, when we speculate on the meaning of this phenomenon in the textual context, we observe that this metaphoric transfer may indicate the attraction this activity exerts on the barber's mind. This puts into question his ambition, as he *identifies* with a professional group which he places above himself; in this way some outlines of social stratifications appear. On the other hand, however, from an opposite perspective, it is an ironic view which *incorporates* the busy-body witch into this same group. We see therefore how this sector of activity is taken in two different textual contexts, which are emphasized by the two parallel expressions: «él se llamaba tundidor... sastre  $\leftarrow$ <sup>vs.</sup> $\rightarrow$  Unos la llamaban zurcidora...».

Textile activity or handicraft associated with textiles are presented thus as a center of internal attention (the character's view), but also as a point of repulsion at the level of the objectivity of the narrative (the view of the other characters who oppose their own social hierarchy to that projected by the barber).

The protagonist's effort at identification is echoed by the will to incorporate, which is the narrator's action. Desirous of *identifying* with this group, the character is also thrown back (*rejeté*) into this group. Incorporation into the group is here a certain form of rejection.

## 2. SYNTACTIC PHENOMENA

### A. *Expression of time/theme of exclusion from the group*

#### 1. Contrasting usage of the imperfect and the preterite

a) Certainly the imperfect reflects here the iterative aspect of the action, but we notice that several times it is not the only possible form, especially in the case of «según él bebía», and even more so in the case of «hacía la barba a navaja», where *hacer*, made dependent on a verb that expresses a verification of a fact, should logically appear in a form with a value of accomplished action; one can only prove (*probósele*) what has really happened and by choosing a non-terminative aspect with *hacía*, the construction borders on incoherence. This preference for the non-terminative, though, produces effects of meaning which recur throughout the passage under different forms (por ser *tal que...* que era *tal* su agrado *que...*): the central characters appear then in what they are capable of doing and not in what they have actually done. In this way, the search for a globalizing effect becomes evident, a search which, far from caring about the balance-sheet of a life, tends above all to define a short series of *character traits*.

b) The text has likewise a choice between imperfect and preterite when it describes an unrepeated action that comes into the foreground, as in the following examples:

«... aunque salió... Las damas... *salían*... que siempre pareció...»

«... Un día, alabándomela una vieja... *decía*...»

Here the non-iterative nature of the two episodes makes us expect a preterite with equal reason (*salieron*, *dijo*); we discover that the distribution of forms does not depend on the aspect to be expressed but on the nature of those acting. This choice is even clearer in «fue tan celebrada que, en el tiempo que ella vivió, casi todos... *hacían* cosas...», where the meaning of the sentence ought to impose *hicieron*. But as in the preceding example, this incoherence is meaningful: the preterite, the tense of the foreground, is reserved for Pablos' father and mother, while the other characters are thrown back (*rejetés*) into the imperfect, which is the tense of the background in narration.

We can see then the construction of an initial tension in the text: whereas the imperfect merges not only in the iterative but also in the group, the preterite picks out not only the past but also the individual.

#### 2. *The present*

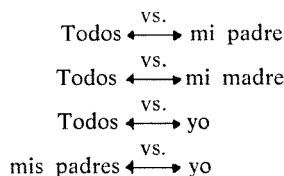
To the real present, which specifies a situating element (*soy de Segovia*), we will connect the immediate past of «a mí me han dicho después».

Thus the past of the *yo* becomes separated from his parents' past, although it is included in the latter (cf. «alabándomela una vieja...»); between the two stretches the border of the indefinite *después*. The *yo* is situated in the present or in the immediate past and places his parents in the completed past, thus em-

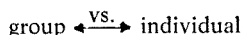
phasizing a break which at first sight is essentially temporal. One can see, however, that this past is not exclusively drawn from the narrator's memory but that it is likewise reconstructed by the collective memory («*dicen que era de muy buena cepa... según a mí me han dicho después... Las damas diz que salían... una vieja... decía que... sólo diz que se dijo... Hubo fama...*); and inasmuch as the past of the *yo* is drawn now from his own memory, now from the collective memory, we are justified in considering that past in question here is or is not assumed, that is, that it is a transcription of a phenomenon of identification or non-identification with oneself. The fluctuations of distancing therefore go beyond the simple problem of transcribing time.

The completed aspect of past time, instilled in the preterite, is protected both by the zone of imprecision of the iterative imperfect which surrounds it and by the mechanism of collective memory which recreates it; but this same rejection expresses the relationship which the narrator sustains with his past and with himself: just as the preterite permits the extraction of the individual from the group, so resorting to collective memory allows the narrator to extract himself from his past.

The remark is related to the contrast formed in the text between, on one side, indefinite and the collective forms and, on the other side, the personal pronouns (*todos; se; third person plural, unos, otros, etc.* ←*vs.*→ *él, ella, mí, yo, a mí*); just as Pablos' father and mother are contrasted with all the others (pueblo, copleros, malas lenguas, damas, etc.), Pablos in turn stands out from all the rest or simply from an indefinite collectivity («*según a mí me han dicho... que bien saben todos*») or he separates himself from his parents, according to the following schema:



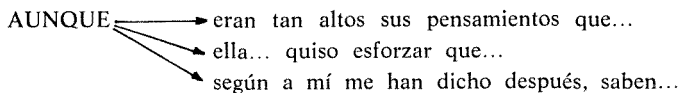
where we find a recasting at different levels of the contrast:



So we will accept the principle that the grammatical embodiments of point of view reflect a theme of exclusion of the individual from the group (the individual excludes himself or is excluded) not on criteria of actions but on criteria of character. Depending on the point of origin of the refusal, we will speak of non-recognition (rejection by the group) or non-identification (rejection of the group).

### 3. A SYNTAX OF INVERSION / THE INADEQUATION OF THE DISCOURSE

1. Along with the three uses of *aunque*:



we will add:

SINO QUE → a ningún-o llamaban señoría...

as well as:

SOLO DIZ QUE → se dijo no sé qué...

noting that we are dealing with inversion either of a point of view (the three instances of *aunque*) or of what is meant by a word (the other two cases). This double inversion reduces to one system which only affects the word (*barbero, cristiana vieja, cardenal, hechizaba*); in the first case it is the signifier that changes; it is the signified in the second; in other words, what is at stake here is the inadequation of signifier and signified, that is, the border that separates the object from its projection into the discourse. The word hides reality or transforms it (tundidor de mejillas, sastre de barbas, muy buena cepa, nombres y sobrenombres de sus pasados, doscientos cardenales, hechizaba, zurcidora de gustos, algebrista). But this concealment operates at different levels and according to different modes: the father and mother make known their desire to hide a reality behind a word, while at other times, it is the narrator who in a burlesque tone pretends to disguise a reality under a word, before destroying this mask unequivocally. In yet other cases, it is the others who expose the character's reality by means of the procedures which the latter has used to disguise himself (cf. «diciendo que él se llamaba ←<sup>vs.</sup>→ Unos la llamabas...»). The kind of discourse which the character uses, to transform the reality of what he is, is used in turn to expose him, so that this discourse becomes the indicator which designates and exposes the character who hides himself. Hiding oneself means giving oneself away. The problem which then arises is that of knowing who is hiding what?

### C. *The inadequation of the discourse/breaking of social statute*

At the center of this tool of concealment which is discourse, we find precisely three groups of expressions that work like «codes of substitution», that is, particular codes that are only decipherable if one knows their keys and behind which the exact meaning of the text gets lost:

1. tundidor de mejillas, sastre de barbas, zurcidora de gustos,
2. Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal,
3. meter el dos de bastos para sacar el as de oros, primera, tercera y flux.

The first two codes are attributed to the pair *barbero/alcagueta* and, given what we have just seen (that camouflage is a clue for finding out), they contain the keys to their decoding in their very coding.

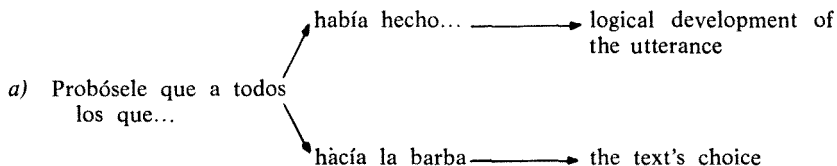
In this matter, we know what is exposed (ridiculous affectation, concealment of origins) but we do not know, at least in the first case, what the exposed element is connected to (What does this affectation hide? Why is it ridiculous?) nor do we know who is exposed (for it is quite evident that the barber and go-between are both *substitutes*). As an attempted elucidation of the problem, I propose resorting to certain distinctions which the semiologists have introduced and which allow us to establish the following correspondences:

	<u>Code No. 1</u>	<u>Code No. 2</u>
Substance of the signifier	Lexical field of crafts connected with textiles	Lexical field of religion
Form of the signifier	Inadequation of the discourse	Absence of a patronym
Form of the signified	Ridiculous affectation	Concealment of one's origins
Substance of the signified	/Breaking of social statute/	no cristiana vieja

Based on the correspondence which exists in code no. 2 between the substance of the signifier and that of the signified we seem to be justified in considering the former as a mode of reflection of social reality in code no. 1 as well. Consequently, I feel authorized to say that the text exposes attempts at overthrowing a society of estates (breaking of social statute) which are carried out by certain elements that belong among the manufacturing merchants (crafts related to textiles).

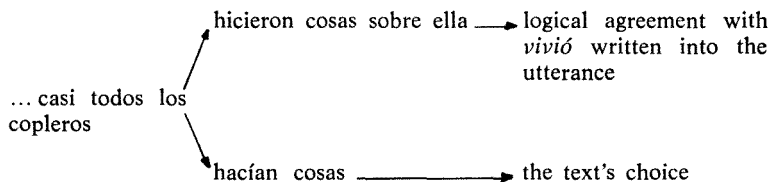
We will draw another, no less important conclusion: the crisis of discourse, seen as no longer fulfilling its enunciative function, is once again linked here (with what bonds?) to problems of social structuring and destructuring.

Our reasons for proposing these previously defined principles will most likely be more apparent if one agrees to return to the few preceding remarks. Let us reconsider two of the examples studied and show the possible double combinations:



It is to be noticed that the text's choice mortgages a future not included in *probósele* and that it is therefore not presupposed in the beginning of the utterance.

b) Fue tan celebrada que, en el tiempo que ella vivió...



One can see clearly here that the syntax does not adapt to the utterance and that it obeys its own laws which we hope to be able to say are imposed by the deep structures of the text. In these two cases, the deep structures bend the message in a certain direction which duplicates what the utterance expresses

through what is said in the solution employed in the choice of point of view; this solution reproduces once again the image of a society or orders and estates in which the individual is defined not through what he does but through what he is (the selection of the non-terminative). This society creates problems in group-individual relations, in terms of social exclusion or incorporation (contrasting usage of the imperfect and the preterite).

It is noteworthy that whereas the semantic contaminations' way of functioning in relation to the utterance leads us to speak of the juxtaposition of two perspectives, one founded on a desire of identification (the barber), the other on an incorporative vision (the go-between in the public eye), the grammatical embodiments of point of view, at a less immediate level of the text, take up these problems again but affect them with a negative sign (refusal of incorporation, refusal of identification).

I beg leave to see, in the conclusions which arise from this analysis, the confirmation, at the microtext level, of the interpretation I have given of the *Buscón* in *L'aristocrate et le carnaval des gueux*.<sup>3</sup> I am pointing out in these first lines of the narration the presence of all the structuring elements which I brought out then by perceptibly different methods of approach, namely: a system of inversion, contrasts centered around concepts of incorporation and identification, and lastly an insistence on the inadequation of the discourse, all of which constitute so many components of the popular carnivalesque holiday that in Quevedo's text put phenomena of social destructure into question. I can only refer the reader back, then, to an interpretation which in its broad outlines, still seems valuable to me, even though I hope to be able now to add certain correctives to it.

I would like, nevertheless, to emphasize the following point in this analysis: namely that we have seen the structures of social order merge with discursive structures by means of an intertextuality that becomes established with a discourse of identification which conservative pressures (*limpieza de sangre*) or repressive pressures (judicial investigations) force the individual to make about himself (of the type: «I am... born in... son of... grandson of... married to... profession...», where the mention of one's profession only confirms one's position). To this «Who is who?» the text responds by creating systems of concealment and of diffraction of meaning («Everything is capable of being everything else»). These systems, through reference and opposition to the first discourse, indicate a re-questioning (dealt with elsewhere than in the text) of the dominant social structures that the first discourse expresses and perpetuates. One can link this crisis of designation, which is excellently reflected in the beginning of the narrative, to the phenomena of social mobility (vertical and geographic) which are attested by the Spanish picaresque novels in general, and in particular by the *Buscón*.

(Translated by David J. Hildner.)

#### NOTES

<sup>1</sup> In the establishment of the lexical map we have kept the second meaning which he provides: «cualquier cosa que trae consigo dificultad o necesidad y aflicción de cuerpo o alma...».

<sup>2</sup> I refer here to the brilliant and thought-provoking paper which he presented at the First International Congress on the Picaresque, Madrid, junio 1976, unpublished text.

<sup>3</sup> *L'aristocrate et le carnaval des gueux, étude sur le «Buscón»*, Montpellier, 1975, Centre d'Etudes et de Recherches Sociocritiques.

DE PROXIMA APARICION:

CARLOS BLANCO AGUINAGA, JULIO RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS e IRIS ZAVALA, *Historia social de la literatura española* (en lengua castellana), 2 vols.

Se trata de la primera historia de la literatura con intención rigurosamente metodológica en que la literatura se estudia en su auténtico contexto histórico-social, desde el feudalismo al franquismo, como una «rama de la historia». Así, se integra la literatura con la sociedad, la política, la economía, en las coordenadas de la dinámica histórica.

Un acontecimiento en la historia de nuestra crítica base para nuevos estudios, un libro polémico con el que, a partir de ahora, será preciso contar.

SUMARIO: Explicación previa. Bibliografía general. I. Edad Media. 1) El feudalismo. Desde los orígenes hasta el siglo XIII. 2) La crisis del siglo XIV. 3) La disgregación del mundo medieval. II. Edad conflictiva. 1) El imperio y sus contradicciones. 2) Del humanismo a la mística. 3) Crisis y decadencia imperial. III. El despotismo ilustrado. IV. El siglo de la burguesía. 1) Liberalismo y contrarrevolución. 2) Triunfo de la burguesía. Tradición y revolución. 3) Afirmación e inseguridad burguesas. V. El siglo XX: Monarquía en crisis, República, Guerra Civil. 1) Arte deshumanizado y rebelión de las masas. 2) La Guerra Civil. VI. La dictadura: del nacional-sindicalismo a la sociedad de consumo. 1) La postguerra inmediata o los mitos frente a la historia. 2) Continuismo y pueblo en marcha.

---

En el próximo número:

Javier Herrero, «The Great Icons of the *Lazarillo*: The Bull, The Wine, The Sausage and The Turnip».

Francine Masiello, «The Other Francisco: Film Lessons on Novel Reading».

John Beverley, «The Language of Contradiction: Aspects of Góngora's *Soledades*».

Eduardo Forastieri, «Morfo-logía e Ideo-logía en el teatro del Siglo de Oro».

---

REVISTA TRILINGÜE Y BIMENSUAL, IMPRESA EN ESPAÑA Y PUBLICADA POR EL INSTITUTE FOR THE STUDY OF IDEOLOGIES AND LITERATURE (MINNEAPOLIS, ESTADOS UNIDOS) CON EL FIN DE PROMOVER Y DESARROLLAR ACERCAMIENTOS SOCIOHISTORICOS A LA LITERATURA DE LOS PUEBLOS HISPANICOS Y LUSOBRASILEÑOS

# I&L

En este número:

*José Antonio Maravall* —pionero en España de los estudios histórico-sociales de la literatura y maestro de jóvenes generaciones— analiza en un detenido ensayo el tratamiento dramático y narrativo de criados, graciosos y pícaros en el conflictivo mundo social del Barroco, al tiempo que desvela el signo ideológico de su configuración teatral y novelesca. *Alejandro Losada* establece las bases para la formulación de un paradigma que permita el acercamiento a la producción cultural hispano-americana como praxis de los diversos grupos sociales en la época de expansión preindustrial (1780-1920). El hispanista francés *Edmond Cros* desarrolla en este número los fundamentos para una nueva exploración sociocrítica en la que confluyen la historia y la semiología —proposiciones ya enunciadas en el número 3 de *I&L*—, sometiendo a prueba la utilidad de sus elaboraciones frente a un texto de Quevedo.